

LÍNEA ROJA

NÚMERO 6 | SEPTIEMBRE 2018



De este número:

Iniciativa Comunista

Correo electrónico

iniciativacomunista@gmail.com

Twitter:

@IniciativaComun

Facebook:

Iniciativa Comunista

Obras representadas

portada: **Ern Brooks, Zeus and Europa [Zeus y Europa], c. 1950 /**

p. 4: **George Grosz, Die Stützen der Gesellschaft [Los pilares de la sociedad], 1926 /**

p. 5: **Anselm Kiefer, Walhalla [Valhalla], 2016 /**

p. 29: **Anselm Kiefer, Heroische Sinnbilder [Símbolos heroicos], 1969**

Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)

Usted es libre de:

Compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

Adaptar, remezclar, transformar y crear a partir del material

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

NoComercial: No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

No hay restricciones adicionales. No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Avisos:

No tiene que cumplir con la licencia para aquellos elementos del material en el dominio público o cuando su utilización esté permitida por la aplicación de una excepción o un límite.

No se dan garantías. La licencia puede no ofrecer todos los permisos necesarios para la utilización prevista. Por ejemplo, otros derechos como los de publicidad, privacidad, o los derechos morales pueden limitar el uso del material.



Índice

Una breve introducción a la Unión Europea.	5
Reformismo en la Unión Europea	9
I. La función del imperialismo para la socialdemocracia	9
II. Desarrollo de Europa y caída de la socialdemocracia (años noventa).	12
III. La socialdemocracia en la actualidad	13
Nacionalismo e independentismo en la Europa contemporánea.	19
I. Coyuntura	19
II. La Unión Europea.	20
III. El problema nacional	21
IV. El resurgir del nacionalismo en Europa	22
V. Independencia en la UE	25
VI. Independencia y soberanía nacional.	26
VII. Conclusiones	28
El fascismo y la crisis del imperialismo en la Unión Europea.	29
I. La base material del fascismo contemporáneo	29
II. Defend Europe. La extrema derecha tras la última crisis del capitalismo	35
Una estrategia socialista para Europa	49
I. De los desequilibrios de la eurozona al predominio alemán	51
II. De la crisis de la balanza de pagos a la hegemonía alemana	54
III. El desastre de Syriza y la promesa del Brexit	60
IV. El diseño de una estrategia basada en la clase para la izquierda	65





Una breve introducción a la Unión Europea

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en 1945, la mayoría de los estados capitalistas europeos se encuentran en ruinas. En algunos casos, como el de Alemania y Francia, su PIB ha caído hasta niveles de principios del siglo XX. Estados Unidos, que es con diferencia el país en una situación más pujante tras la guerra, traza un plan para reflatar el imperialismo europeo y frenar así el empuje de los partidos comunistas, que se habían fortalecido durante la guerra. En pocos años, entre 1947 y 1950, se ponen en marcha el Plan Marshall (12.700 millones de dólares), la OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico) y la Unión Europea de Pagos. El capital de Estados Unidos y estos organismos de coordinación sirven para que los países europeos hagan frente al pago de sus deudas y compren maquinaria y servicios con los que reconstruir el continente, pero el plan tiene tam-

bién la intención de posicionar el capitalismo europeo bajo la órbita hegemónica de Estados Unidos y frente a la Unión Soviética y su área de influencia. Los buenos resultados dan pie a planes de integración más ambiciosos, siempre con el visto bueno de Estados Unidos. Así, a la conformación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (1951), entre el Benelux, Francia, Italia y Alemania, le sigue la firma del Tratado de Roma (1957), que inaugura oficialmente la Comunidad Económica Europea.

Aupados por la época de bonanza del capitalismo mundial, los resultados son espectaculares. La liberalización en la circulación de mercancías y capital dispara el comercio interno europeo hasta un 630% en los doce años que siguen al Tratado de Roma y supera así en términos puramente cuantitativos, que

Línea Roja

Una breve introducción a la Unión Europea

no necesariamente de flujo de valor real, el comercio con el resto del mundo. Ante esto, nuevos países deciden unirse al proyecto y, en 1973, Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca firman su adhesión. En este año, sin embargo, tiene lugar la crisis del petróleo, que afecta de manera particular a Europa. Aquí se comienza a ver la contradicción, que será una constante en el futuro, entre los intereses de los capitales nacionales y el «interés general» del capital europeo como un bloque. Ante la falta de efectividad de todas las recetas económicas, una caída constante del comercio interior y la tozuda persistencia de la crisis (Estados Unidos y Japón consiguieron salir de ella de manera mucho más rápida), los intereses nacionales acaban cediendo y, después de acuerdos puntuales contra la fluctuación monetaria, se crea el Sistema Monetario Europeo (1979).

Ya en la década de los ochenta se empiezan a prefigurar unas tendencias que todavía hoy permanecen activas. La

estabilización de la política monetaria se consigue al otorgar la hegemonía al Bundesbank alemán, a pesar de las protestas y contrapropuestas de países como Francia. El intento de relanzamiento de la economía europea se realiza ahora bajo el dominio creciente de la ortodoxia neoliberal de «liberalización y flexibilización». Los planes antisindicales y de privatización emprendidos por Margaret Thatcher en Reino Unido son recibidos con conformidad en Europa (en este frente no hay parálisis a la hora de tomar decisiones) y los modestos intentos de forjar una alianza socialdemócrata-comunista en Francia a través de un programa común son aplastados por una acción concertada de todo el capital europeo e internacional. A todo ello se une la puesta en marcha de la locomotora de la «globalización», en la que tiene un papel de importancia creciente la deslocalización de la producción fuera de Europa. Esta integración económica global hace cada vez más difícil a la periferia europea la permanencia fuera de dicha alianza, así



que, durante esta década, Grecia (1981), España y Portugal (1986) se unen también a la CEE.

En los años noventa, la caída del bloque soviético y la unificación de Alemania refuerzan todavía más el papel de esta última y, a partir de este momento, se aceleran los acontecimientos. El 7 de febrero de 1992, en la ciudad holandesa de Maastricht, se firma el Tratado de la Unión Europea, que es la base fundamental de la estructura política supranacional que conocemos hoy y del diseño económico actual; Austria, Finlandia y Suecia se unirán en 1995 a la Unión Europea ya como tal. Sus cuatro «libertades fundamentales» no dejan lugar a dudas respecto al objetivo capitalista liberal que lo sostiene: libre circulación de mercancías, de capitales, de servicios y de mano de obra para la consecución de un mercado interior común. El Estado (salvo en caso de tener que rescatar a la banca) debe

abandonar toda actividad y regulación pública de carácter económico y, según la Directiva Bolkestein, los servicios públicos deben desaparecer. Este enorme mercado interior y la integración política que lleva aparejada aspiran a conformar una potencia mundial (la primera en tamaño económico en competencia con Estados Unidos, Japón o China, y con un 20% del comercio mundial) y, para ello, se suceden de forma casi frenética nuevas incorporaciones a la Unión: en 2004, República Checa, Estonia, Letonia, Lituania, Hungría, Polonia, Eslovenia, Chipre y Malta; en 2007, Rumanía y Bulgaria; en el 2014, Croacia. Para ese mercado interior común hace falta una moneda única que actúe como valor de reserva internacional en abierta competencia con el dólar y que se mantenga gracias a una estricta «disciplina fiscal» impuesta a toda costa. Las dos políticas económicas básicas de que dispone un Estado para regular la economía (monetaria y fiscal) quedan por



tanto intervenidas con la introducción del Euro en buena parte de los países de la Unión Europea y con la asunción por parte del Banco Central Europeo de las competencias exclusivas en política monetaria, un paso dado con el objetivo único de controlar la inflación y que anula la capacidad de los Estados de ajustar el valor de una moneda para adaptarse a las situaciones económicas cambiantes. El instrumento de la devaluación o el recurso a la compra de deuda soberana desaparecen; ahora deciden los mercados y la gran banca. Igualmente, el Pacto de Estabilidad firmado en Maastricht para la denominada zona euro, que ordena la supervisión fiscal de los Estados y el régimen sancionador que consagraba el déficit cero y los recortes, entrega la política de ingresos y gastos públicos a las directrices del capitalismo europeo. La socialdemocracia, que con el keynesianismo había hecho de la inversión pública y el endeudamiento cíclico una de sus señas de identidad, firma su propia acta de defunción al apoyar esta medida, llegando al punto de buscar la consagración de este engendro en forma de Constitución Europea (en agosto del 2011 el PSOE y el PP incluyeron este punto en el artículo 135 de la Constitución Española).

Con el neoliberalismo económico afirmado como ideología dominante y sacralizado en acuerdos internacionales y con los Estados nacionales desarmados y sin recursos para aplicar una política económica autónoma y democrática, alcanza su punto más alto el proyecto de la Unión Europea como polo imperialista construido sobre los intereses de la burguesía industrial y financiera de los países centrales y sus socios periféricos.

La crisis del año 2008, redirigida con habilidad por Estados Unidos hacia la Unión Europea, vuelve a demostrar la debilidad relativa de la burguesía europea. Las políticas fiscales impuestas desde Bruselas golpean con especial saña a la periferia, que consigue articular una aparente respuesta política en Grecia con el auge y victoria electoral del partido socialdemócrata Syriza en 2015. Ante esto, la llamada Troika (formada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional) moviliza toda su capacidad en un verdadero ataque de *shock and awe* financiero que acaba llevando al nuevo gobierno griego a la rendición total y a su transformación en un ejecutor si cabe más fiel de las políticas de austeridad que han sumido a aquel país en la ruina. Esta aparente brutalidad, lejos de ser una aberración, es la confirmación

del carácter de clase del proyecto de integración europea en su forma actual. Después de la demostración de fuerza y de dejar claros los límites políticos tolerables, se abre una etapa de mayor flexibilidad gracias a una política masiva de intervención institucional liderada por el Banco Central Europeo: el llamado Quantitative Easing, o QE, a través del cual enormes cantidades de deuda pública y privada son adquiridas a fondo perdido para, supuestamente, estimular la economía. Sin embargo, casi inmediatamente se abren nuevas grietas: la llamada «crisis de los refugiados» reaviva pulsiones derechistas que algunos creían ya enterradas con el «fin de la historia» y provoca concesiones constantes del bloque liberal financiero a los sectores más reaccionarios de las burguesías nacionales. Esta tendencia explota en 2016, cuando en pocos meses se suceden el referéndum de salida de la Unión por parte de Reino Unido —el Brexit— y la inesperada victoria electoral de Donald Trump en Estados Unidos. En ambos casos, las campañas están completamente dominadas por la retórica antiglobalizadora y anticosmopolita, supuestas señas de identidad del orden liberal. El hecho de que la primera y la quinta economías mundiales voten en contra del orden del que son piezas fundamentales señala una tendencia que ya parece imparable.

El proyecto de integración europea se halla en su momento de mayor fragilidad desde hace mucho tiempo. Su grado de perfección como aparato burocrático y legislativo al servicio de los intereses del núcleo capitalista dirigente europeo es quizás admirable, pero la falta de estructuras democráticas formales con un mínimo contenido y la coherencia política necesaria para la formación de un *demos* europeo pueden convertirse en su condena de muerte. Esas políticas habrían requerido de concesiones a los intereses de las clases populares europeas —aquí los paralelismos con la etapa inicial de la posguerra son evidentes—, pero quizás habrían dotado de mayor legitimidad a un proyecto que pierde apoyos en cada cita electoral de trascendencia. Ante el sufrimiento popular y la evidente falta de control sobre sus vidas de una parte creciente de la clase trabajadora, las fuerzas derechistas están sabiendo agudizar todas las contradicciones de un sistema mundial ya en crisis terminal. Otra vez el capitalismo demuestra su incapacidad para resolver las contradicciones fundamentales de la época y, de nuevo, parece abrirse en el horizonte la elección entre una carnicería imperialista o la abolición, esperemos que de una vez por todas, de la miserable lógica que nos ha traído hasta aquí.



Alexis Tsipras y Pablo Iglesias Turrión

Reformismo en la Unión Europea

I. La función del imperialismo para la socialdemocracia

Una capa privilegiada del proletariado de las potencias imperialistas vive, en parte, a expensas de los centenares de millones de hombres de los pueblos no civilizados.

V. I. LENIN, *El imperialismo y la escisión del socialismo*

En 1900, Rosa Luxemburgo distingue entre revolución y reforma como los dos programas fundamentales en los que se divide el movimiento obrero de la época. La vía reformista se había convertido en hegemónica dentro de la II Internacional y cristalizó en, por un lado, el pliegue a la vía electoral y, por otro, en la comprensión del cambio social

como un conjunto de pequeñas conquistas. Tras la bancarrota de la II Internacional y el apoyo de la socialdemocracia a la Gran Guerra imperialista (materializada en la votación en 1914 del SPD, el partido socialdemócrata alemán, a favor de los créditos de guerra), buena parte del movimiento comunista abandona el término *socialdemocracia* y llama a convertir la guerra nacional en guerra civil de clases y apela al internacionalismo proletario frente al chovinismo. De esta forma, y a través de la posterior constitución de la III Internacional, se instituye la vía revolucionaria que tendrá como hito la Revolución de Octubre.

La socialdemocracia rompe de facto con la revolución al intentar acabar con las contradicciones del capitalismo a través de meras reformas, «como si de la suma de acercamientos infinitesimales en las reformas del capitalismo se terminase

culminando en la sociedad sin clases».¹ Mediante su discurso, pretende hacer creer que sus objetivos y su fin último son los mismos que los de la clase obrera, a pesar de haber abandonado la vía revolucionaria. Su condición de existencia se remite a las relaciones imperialistas, que permiten a los países occidentales ofrecer ciertas mejoras en la situación de la clase obrera gracias a las ganancias extraídas de países imperializados. El objetivo de la socialdemocracia, por tanto, es el mejoramiento de la situación de la clase obrera *dentro* del orden dominante, esto es, bajo formas imperialistas en alza. En la peor de las situaciones, la socialdemocracia se erige como el gestor «más humano» de la crisis del imperialismo.

El eurocentrismo que acompaña a la ideología liberal tiende a ver en el orden europeo un modelo universalizable al resto del mundo, obviando las diferentes condiciones que se dan en otros países. Sin embargo, no podemos extrapolar el sistema europeo, cuyos países cuentan con un mayor margen de acción gracias a las ganancias extraídas a través de estas relaciones imperialistas, a países periféricos. Por ello, es fundamental resaltar el hecho de que un modelo socialdemócrata y la constitución de un Estado de bienestar no son universalizables ni en el tiempo, pues no siempre se obtienen las ganancias necesarias para mantener esas mejoras en las condiciones de vida de la clase obrera, ni en el espacio, pues su existencia solo es viable en países imperialistas. Sería totalmente absurdo y demencial, por ejemplo, comparar el sistema educativo sueco con el haitiano: uno de los países extrae beneficio del intercambio de plusvalía mundial y el otro no. Uno es imperialista, otro es imperializado (y esta relación está detrás del argumento obvio de que ambos países tienen presupuestos muy distintos). Además, no debemos olvidar que una de las características de las relaciones imperialistas es que las contradicciones se atenúan en occidente como consecuencia de la agudización que se da de las mismas en los países periféricos. Frente a la idea que el oportunismo trata de extender de que el capitalismo tiene un carácter adaptativo y que mediante el reformismo es posible atenuar las contradicciones, lo que realmente está haciendo es obviar el desplazamiento de dichas contradicciones a países imperializados. Tras la colaboración interclase en los centros imperialistas, tras el desarrollo de clases medias y de una aristocracia obrera, se halla una agudización de las contradicciones en la frontera centro/periferia. Esto se puede ver, por ejemplo, en la deslocalización de los centros

de producción de mercancías a periferias más fácilmente explotables, con un mayor ejército industrial de reserva y con niveles de pobreza más elevados.

Vemos, por tanto, cómo es imposible que la socialdemocracia tenga un interés real de acabar con el capitalismo. Al participar de los beneficios del sistema imperialista, la vía socialdemócrata se convierte en el atenuador de los males del capitalismo, en la tirita sobre la herida de bala; apela a la moral y clama al cielo pidiendo ayudar a los refugiados mientras se convierte en cómplice estructural del sistema imperialista mundial. Mandel escribió que la clase obrera no podía recuperar en la esfera de consumo lo que había perdido en la esfera de la producción.² La socialdemocracia intenta buscar soluciones de consumo, ideológicas y monetarias a problemas estructurales, productivos. Por eso mismo, su existencia permite —tanto de forma consciente como inconsciente— la reproducción del sistema capitalista.

Las condiciones de vida en los países occidentales han mejorado considerablemente en las últimas décadas debido al aumento y perfeccionamiento en la prestación de servicios que trajeron la socialdemocracia y el Estado del bienestar. Esto ha logrado que se instaurara definitivamente en el proletariado la idea de que el pacifismo y la reforma eran la única vía para acabar con las contradicciones del capitalismo. Este planteamiento trae aparejada la defensa de que todo cambio social y político se debe acoger al ordenamiento jurídico del momento, pues es visto como el marco legítimo en el que desenvolverse, así como la negativa a trascender este marco jurídico, cayendo en una suerte de fetichismo de la legalidad.

El reformismo, unido a la idea de progreso, fuertemente instaurada en Europa desde la Ilustración, trae consigo el abandono de la posibilidad de la revolución, pues la democracia y el marco legal habrían llegado a tal punto de desarrollo que serían suficientes para acabar con las contradicciones de clase. La socialdemocracia, de esta forma, acomoda a la clase obrera, que deja de lado toda opción revolucionaria. Sin embargo, a pesar de que la socialdemocracia, una vez se ha constituido, supone un freno al avance del proletariado y después de analizar cuál es la base material que permite llevarla a cabo, no hay que dejar de lado el hecho de que sus conquistas son, en realidad, conquistas de la lucha obrera.

1 Iniciativa Comunista, *El reformismo clásico alemán*, 2016 (<http://www.iniciativacomunista.org/documentos/1001-revisionismo-y-reformismo>).

2 Ernest Mandel, *La formación del pensamiento económico de Marx*, Madrid, Siglo XXI, 1968, p. 125.

Esto afirmaba Rosa Luxemburg al respecto en *Reforma o revolución*:

La reforma no posee una fuerza propia, independiente de la revolución. En cada periodo histórico la obra reformista se realiza únicamente en la dirección que le imprime el ímpetu de la última revolución, y prosigue mientras el impulso de la última revolución se haga sentir.³

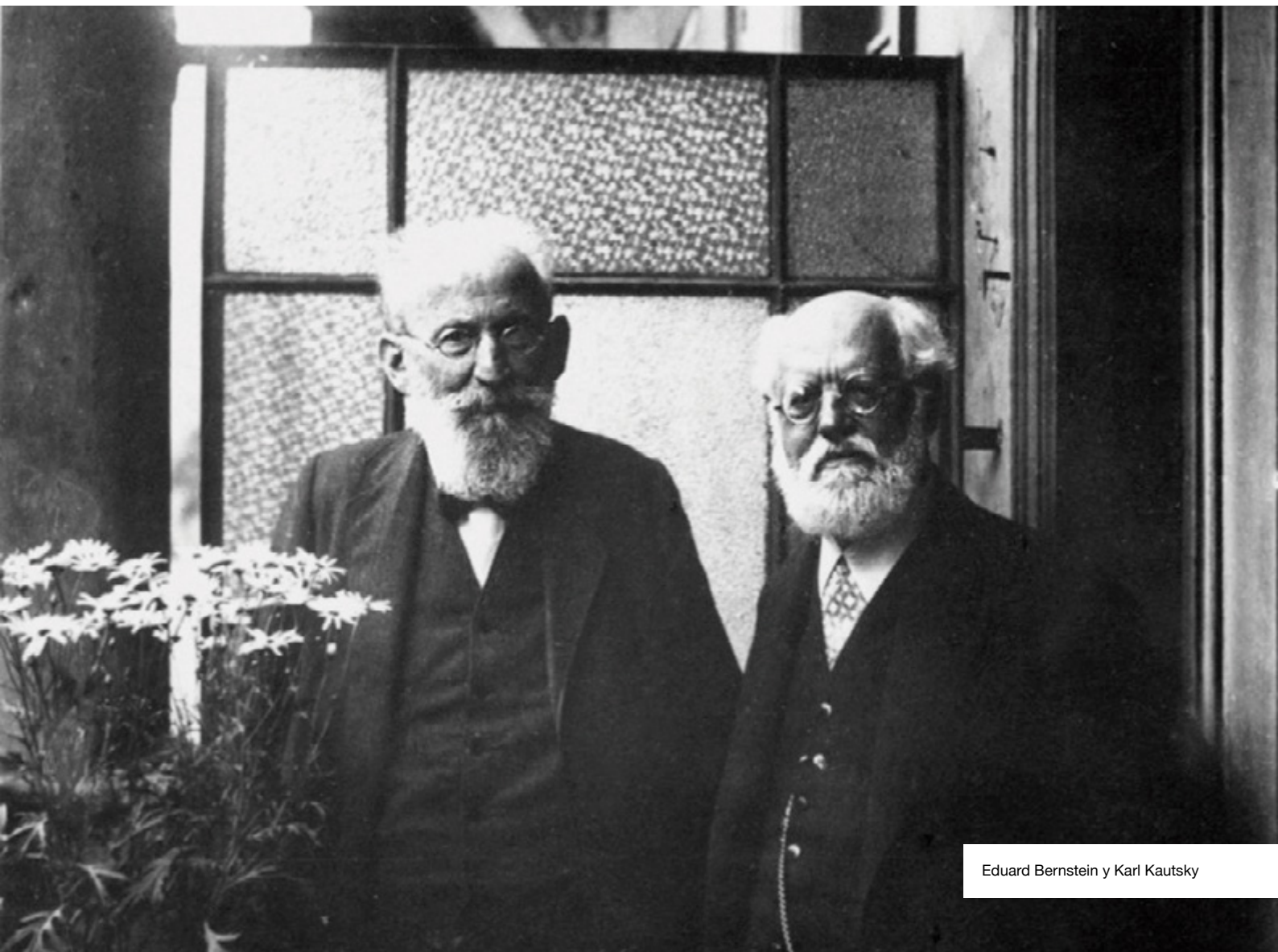
Paradójicamente, las grandes victorias históricas del pacifismo reformista han tomado su impulso del empuje de proyectos revolucionarios. Este hecho marca totalmente el desarrollo y posibilidades del reformismo en un marco histórico, pues sus victorias atienden a la existencia de un auge de la lucha de clases revolucionaria, ya sea aprovechando su ímpetu en positivo (promoviendo reformas) o como válvula de escape del imperialismo en periodo de crisis (asumiendo una gestión «más humana» de la barbarie).

³ Rosa Luxemburg, *Reforma o revolución*, 1900 (<https://www.marxists.org/espanol/luxem/1900/reform-revol.htm>).

Al eliminar la lucha de clases como elemento esencial del escenario político, el reformismo «tenderá a eliminar parte de la razón del éxito de anteriores luchas del presente, y para ello no hay más que ver el absoluto fracaso de las “nuevas políticas” contemporáneas».⁴ Es por ello por lo que el proyecto reformista en Europa se encuentra entre dos límites infranqueables: el de la necesidad de la lucha de clases para consolidar su proyecto y el de los límites que impone el imperialismo a la concesión de reformas. Esto termina resolviéndose por la vía de reformas dirigidas en su totalidad hacia la consolidación del imperialismo y la explotación internacional del capital.

La lucha por reformas y mejoras tangibles a corto plazo es legítima y en muchos casos es parte de la concreción de un programa para la revolución. Sin embargo, dentro de las organizaciones revolucionarias no se ha prestado la suficiente atención al hecho de que las tácticas concretas del reformismo

⁴ Iniciativa Comunista, *Sobre el concepto de revisionismo*, 2016 (<http://www.iniciativacomunista.org/comunicados-y-convocatorias/1003-sobre-el-concepto-de-revisionismo>).



y de las organizaciones revolucionarias fueran básicamente idénticas. El sindicato, el parlamento y la lucha por reformas son prácticas habituales del reformismo y de las organizaciones revolucionarias aunque se enmarquen en programas políticos opuestos. Para el reformismo esta práctica política es *estratégica*; «los sindicatos, la reforma social y la democratización política del Estado son los medios para la realización progresiva del socialismo», afirmaba Bernstein. Sin embargo, para los destacamentos revolucionarios, esta práctica atiende a cuestiones de *táctica*, de cómo integrarse con las masas y elevar el nivel de conciencia.

Esto plantea una dificultad histórica relevante: ¿hasta qué punto se puede distanciar eternamente la política presente de los objetivos revolucionarios a futuro? Como afirmaba Lenin, las masas avanzan en su conciencia a la revolución viviendo la propia revolución en su práctica política; la absoluta disociación entre práctica reformista y teoría revolucionaria plantea brechas en nuestra praxis que permiten que el reformismo gane en la práctica tras haber perdido, en su historia con el marxismo, todos los debates teóricos.

Este fenómeno es aún más acusado si se tiene en cuenta que las grandes masas obreras se han movilizadopor la resolución de sus intereses concretos, por sus problemas más acuciantes. En el caso de la socialdemocracia clásica esto ha significado, por ejemplo, que la afiliación al SPD alemán se sustentase en sus victorias concretas y no en sus objetivos revolucionarios, lo que desplazó aún más el eje de lucha de la militancia diaria hacia el reformismo.⁵ Engels, por ejemplo, consciente de esta dificultad, llegó a plantear la posibilidad de renunciar a éxitos inmediatos a fin de obtener objetivos estratégicos más importantes de cara a la revolución y criticó duramente al reformismo alemán:

«Todas las fuerzas y todas las energías» se dedican a futilidades sin cuento y a un remiendo miserable del régimen capitalista, para dar la impresión de que se hace algo, sin asustar al mismo tiempo a la burguesía.⁶

Una organización revolucionaria debe ser consciente de que precisamente tras los problemas acuciantes de las masas obreras se encuentran las contradicciones más agudas e irresolubles del capitalismo, de que es posible establecer un

vínculo entre la resolución de estos problemas que movilizan a las masas y los objetivos revolucionarios, pues aquellos solo se resolverán plenamente en una sociedad sin clases, en una sociedad comunista. En la práctica política las propias masas deben experimentar y vivir la revolución, no podemos permitir la disociación de la línea de masas del proceso revolucionario. La línea de masas debe ser capaz de tomar estas reivindicaciones parciales de las masas y proyectarlas hacia la revolución y de que la conquista de victorias parciales se convierta en la consecución de victorias estratégicas que debiliten al imperialismo y refuercen la lucha de clases. Debemos estar prevenidos porque, aún hoy, el reformismo nos sigue llevando ventaja y la revolución sigue siendo el problema más urgente de la vida diaria de nuestra clase.

II. Desarrollo de Europa y caída de la socialdemocracia (años noventa)

El mayor desarrollo e institucionalización de la socialdemocracia se da en Europa. Como ya hemos visto, la socialdemocracia desempeña un papel claramente contrarrevolucionario. Se inicia en la segunda mitad de la década de los cuarenta del siglo pasado y durante los años cincuenta, en época de bonanza económica, ya está plenamente instaurado. Es en la década de los setenta cuando poco a poco comienza a fragmentarse para hacer frente a la crisis.

La caída del bloque soviético a principios de los noventa supone un punto de inflexión para las políticas socialdemócratas en Europa: el sistema capitalista se presenta como único referente mundial y desaparece, por tanto, la necesidad de mantener políticas redistributivas. Este declive de la socialdemocracia trae consigo, principalmente, la privatización de industrias estratégicas, de servicios públicos y de la asistencia social. Además, la creación del modelo de consumo elevado que se está constituyendo exige poder dar salida a las mercancías producidas para evitar una crisis de sobreproducción. Este gran aumento que se da en la producción se puede sostener debido al mayor nivel adquisitivo. Esto no implica necesariamente un mayor nivel de vida, sino que sencillamente se pudo sostener a través de la burbuja crediticia.

El mercado y la democracia liberal se extienden y llegan a los antiguos países socialistas. Esta época se caracteriza por la desregulación de la economía, la apertura del mercado y la libre circulación de capitales. Las facilidades que se están concediendo al flujo de capitales acentúan además la

5 La militancia de base del SPD no era capaz de distinguir entre la práctica política de la línea revolucionaria y de la línea reformista.

6 Karl Marx y Friedrich Engels, *De la carta circular a A. Bebel, W. Liebknecht, W. Bracke y otros*, 1879 (<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/1879circu.htm#n1>).

competencia entre Estados por el establecimiento de políticas más favorables para su acumulación. De esta forma, el Estado cada vez se ve más condicionado a orientar su actuación a este objetivo y a dejar de lado el ámbito social.

En 1992 se firma el Tratado de Maastricht, que entra en vigor el 1 de noviembre de 1993, con el fin de encontrar una mayor estabilidad y seguir trabajando en la apertura de mercados. Este tratado continúa con el proyecto de unificación de 1986 y con él tiene lugar la fundación del Banco Central Europeo y la creación de una moneda única, que no entrará en vigor hasta 1999. Esta unificación implica que los Estados miembros ceden su capacidad de gestión económica, pues estaban adscritos a la política económica de la Unión Europea.

Se anularon los poderes de los parlamentos nacionales en una estructura supranacional de autoridad burocrática protegida de la voluntad popular, tal como había profetizado el economista ultraliberal Friedrich Hayek.⁷

Europa se ve fuertemente influenciada por el modelo estadounidense. Durante la década de los noventa, Estados Unidos tiene una tasa de crecimiento mayor que la de Europa, que durante esos años sufre un mayor nivel de desempleo. Esta comparación se utiliza como justificación para acabar con los resquicios de las políticas socialdemócratas que aún conservan los países europeos. A todo ello se viene a sumar que con el llamado Consenso de Washington se impulsan medidas que fomentan esa apertura de la economía a través de instituciones como el FMI o el Banco Mundial. La fuerza que adquiere la ideología liberal en estos años es impresionante: ataca a la utilidad del Estado, resalta su ineficacia a la hora de regular la economía y exalta la capacidad del mercado y del ámbito privado para forjar una estabilidad. Se desprecia, así, toda intervención del ámbito público en la economía y queda anulada la capacidad reguladora del Estado.

La pérdida de capacidad interventora del Estado, unida a la facilidad que se está otorgando al flujo de capitales, provoca que, durante esta década, se acentúe la desigualdad en la distribución de la renta —una tendencia que ya se había iniciado en los ochenta—. Para hacer frente a la desregulación de la economía, los Estados introducen reformas para flexibilizar el mercado que fomentan la reducción de los salarios y el empeoramiento de las condiciones laborales. Las libertades que se están concediendo a la economía dificultan la capacidad

negociadora de las trabajadoras con el capital y hay una tendencia a la disminución de la sindicalización, que pierde, en parte, su capacidad de acción.

Las políticas socialdemócratas llevadas a cabo durante la década de los ochenta no estaban tanto orientadas a disminuir la desigual distribución de la renta, como a paliar las situaciones de pobreza de la clase obrera. Por ello, en el momento en el que estas políticas dejan de llevarse a cabo, esta desigualdad ya existente se hace más explícita. La pérdida de presencia de la esfera pública se ve, por ejemplo, en el recorte de prestaciones, con el cual se pretende fomentar que se recurra al ámbito privado para disfrutar de dichos servicios, lo que agudiza la desigualdad entre clases debido a la incapacidad de acceso a ellos por parte del proletariado.

La Unión Europea daba un motivo claro para su existencia: la tendencia a la centralización de la gestión económica, que tiene como finalidad lograr una mayor cooperación y aunar fuerzas. Sin embargo, tras la máscara de la cooperación se oculta un entramado de relaciones imperialistas que ella se encarga de perpetuar. La entrada en la unión monetaria trae consigo una serie de requisitos que en distintos países funcionan a modo de presión. En el caso del Estado español, debido a la necesidad de ajustarse a los criterios de acceso, se cambia la línea de creación de un Estado de bienestar y se siguen las políticas económicas del resto de Europa. Estas políticas se llevaron a cabo con cierta independencia al supuesto carácter ideológico del gobierno. Fue el PSOE, el partido socialliberal⁸ más relevante, quien se encargó de dismantelar el Estado de bienestar. Además, las dos grandes reformas laborales que en este Estado siguen la línea predominante en Europa de flexibilización del mercado se dan en 1994, con un gobierno socialdemócrata, y 1997, con un gobierno conservador. La inmediata creación de la zona euro conlleva, para todos los países miembros, una pérdida de autonomía con respecto a la política monetaria y cambiaria.

En 1997 ya se ha instaurado la idea en Europa de que el ámbito público supone un peligro para el crecimiento económico. Es en este año cuando se aprueba el Pacto de Estabilidad

8 Elegimos el término *socialliberal*, y no simplemente *socialdemócrata*, para referirnos a un partido como el PSOE; lo hacemos no únicamente por su abandono de la lucha revolucionaria para transformar la sociedad capitalista sino porque, además, ha abandonado la pretensión misma de transformar la realidad. Históricamente esto quedó demostrado en los años ochenta, tras el proceso de reconversiones económicas, la entrada en la OTAN y el trabajo por la plena integración del Estado español en los órganos imperialistas mundiales.

7 Perry Anderson, «Por qué seguirá ganando el sistema», *Rebelión*, 16 de marzo de 2017 (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=224148>).

y Crecimiento, por el que se insta desde la Unión Europea a los países miembros a llevar a cabo medidas que permitan una aún mayor flexibilización del mercado. Para garantizar la estabilidad de la unión monetaria, dos años más tarde se establece una moneda común. La introducción del euro en Europa supone un incremento de las desregulaciones, sobre todo en lo que respecta al mercado laboral y a las prestaciones del Estado de bienestar, ahondando en la ruptura con todo comportamiento establecido durante la etapa de auge socialdemócrata.

De esta forma, el neoliberalismo y la socialdemocracia pueden verse como contrarios dentro de una misma totalidad, como dos momentos que no trascienden el marco de la misma estructura capitalista: ambos terminan interconectándose y haciendo evolucionar la totalidad concreta de acuerdo con una coyuntura determinada. Así, la socialdemocracia, sea o no de forma inconsciente, se convierte en una forma de salvación para el capitalismo en época de crisis, en algo que pretende «salvar al capitalismo de los propios capitalistas», como formulaba Keynes acertadamente.

En los primeros años de este siglo surgen tímidos intentos de mantener el Estado de bienestar. En marzo del año 2000 se aprueba la Estrategia de Lisboa, un proyecto de la Unión Europea que trata de mejorar la productividad con el fin de mantener salarios elevados y prestaciones públicas. Consiste en mejorar el nivel de competitividad de Europa dentro de la economía mundial. Para ello, se basa en la eliminación de una serie de regulaciones y ayudas estatales. Sin embargo, el resultado en los distintos países europeos no llegó al esperado y se siguió la línea de recortes y liberalización propia de los noventa.

A partir de 2004 tienen lugar una serie de importantes ampliaciones de la Unión Europea hacia el este, con las que se incorpora «una vasta zona de bajos salarios».⁹ Además, la libre circulación de trabajo que promovió el Tratado de Roma provoca que estas ampliaciones conlleven un aumento importante de la migración interna de la Unión.

III. La socialdemocracia en la actualidad

La pérdida de autonomía de los gobiernos de los países que constituyen la Unión Europea y las imposiciones de políticas neoliberales que conlleva han provocado el surgimiento de nuevos partidos —tanto

socialdemócratas como de derechas— que, si bien es cierto no son críticos con el capitalismo, sí centran su discurso político en una fuerte crítica al neoliberalismo y tienen en la diana la austeridad, cómo se está afrontando la cuestión de la migración y la pérdida de soberanía que se deriva del asentamiento de la estructura supranacional europea.¹⁰

A pesar de su postura, los nuevos partidos socialdemócratas son incapaces de elaborar una oposición con cierta radicalidad al sistema europeo. A falta de alternativa, no se ha elaborado ningún planteamiento que defienda la salida de Europa o el abandono de la moneda única. Únicamente los partidos populistas de derechas han recogido este planteamiento, al menos en su programa, así que la perspectiva de caer en una regresión al nacionalismo hace que los partidos socialdemócratas, dentro de una postura, en parte, crítica, no contemplen la salida de la Unión. Hasta el momento, mantienen la lógica de reformar la Unión Europea y plantean una serie de «ajustes técnicos a la moneda única»,¹¹ pero estas no dejan de ser leves reformas que no tienen mayor repercusión: hay una imposibilidad de llevar a cabo políticas de ajuste económico debido a la rigidez y las imposiciones que supone la unidad monetaria.

España, Grecia e Irlanda son ejemplos de países en los que ha predominando la socialdemocracia reformista en estos partidos de oposición al neoliberalismo, como Podemos, Syriza y el Sinn Féin. Pero mientras que los dos primeros son resultado de la crisis —Podemos surge en 2014, Syriza como coalición de distintos partidos de izquierdas en 2004 y como partido ya en 2012—, el origen del Sinn Féin se remonta a 1905.

Por su parte, tal y como vemos en la tabla, hay una tendencia a la pérdida de apoyos entre los partidos tradicionales socialdemócratas, salvo en algunos casos excepcionales, como los de Reino Unido y Portugal.

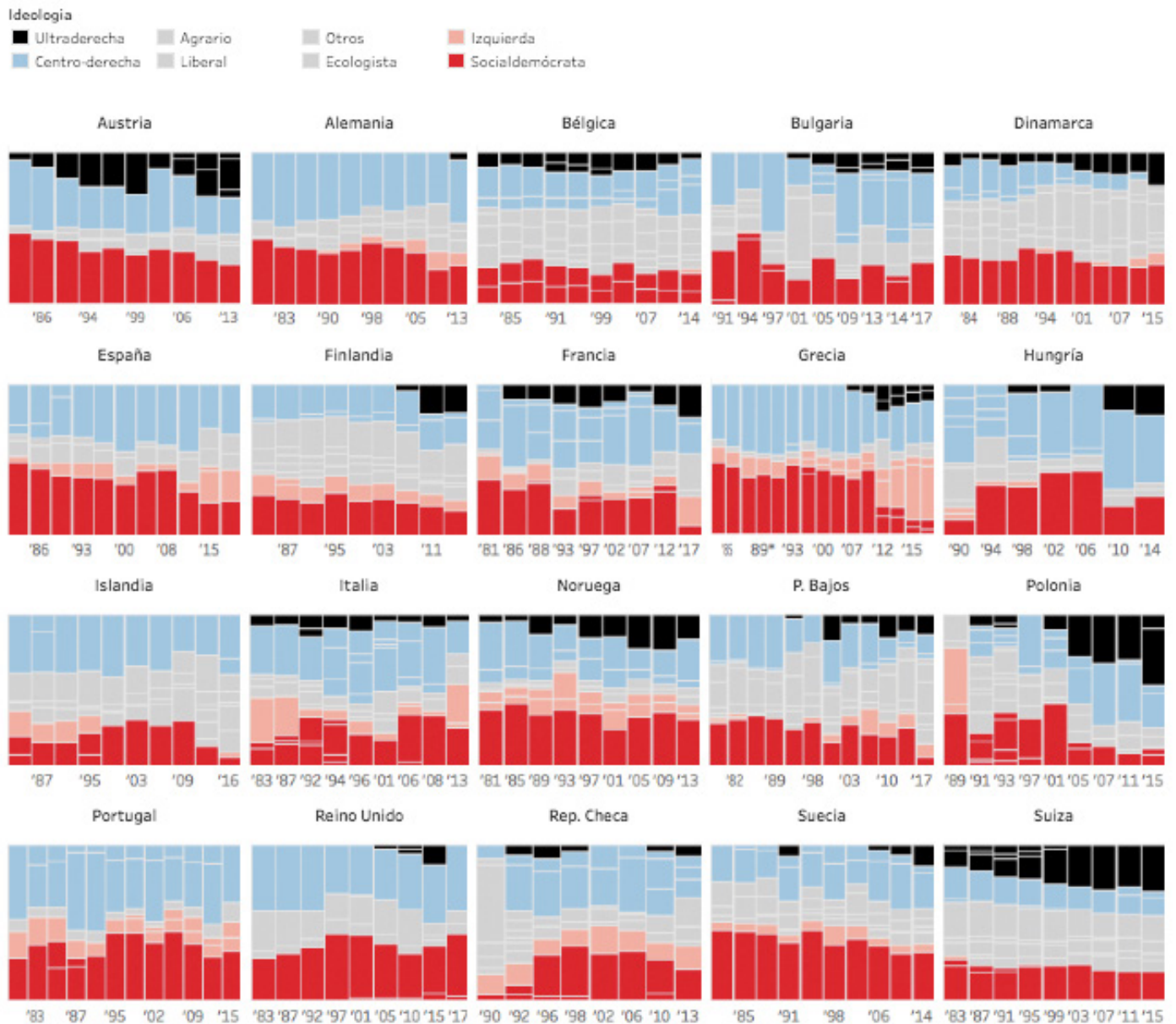
A continuación, queremos desglosar por países el desarrollo de la socialdemocracia en el contexto de Europa, para intentar extraer rasgos comunes que nos permitan trazar unas conclusiones generales. Queremos destacar en este análisis el caso griego, ya que el partido socialdemócrata Syriza ha logrado llegar al gobierno del Estado.

9 Ídem.

10 Ídem.

11 Ídem.

Evolución del voto en elecciones parlamentarias de los principales países europeos por ideología del partido desde 1980



Reino Unido

En la actualidad, la socialdemocracia británica ha adquirido una nueva posición con el liderazgo de Jeremy Corbyn en el Partido Laborista. El pilar lo conforman las críticas a los principios del neoliberalismo, que en Reino Unido se han materializado en buena medida. Sin embargo, cabe destacar —teniendo en cuenta el carácter imperialista del país— que los laboristas no llegan a dar el salto necesario para atacar la base capitalista de esos principios, sino que se quedan anclados en esa crítica al neoliberalismo. El voto socialdemócrata en Reino Unido

ha logrado un aumento electoral paulatino desde que en 2010 alcanzase un 29%. En las elecciones de junio de 2017, el Partido Laborista recibió el 40% de los votos —prácticamente los mismos resultados que en 2001— a solo 2,4% de diferencia del Partido Conservador.

Durante la década de los setenta se habían llevado a cabo numerosas e importantes movilizaciones obreras en Reino Unido, especialmente en el sector público, que intentaron recuperar ese «espíritu del 45» del que hablaba Ken Loach. A consecuencia de esto, una de las medidas que llevó a cabo el gobierno conservador de Thatcher fue



Jeremy Corbyn, líder del Partido Laborista

la privatización de sectores públicos, iniciando esa tendencia neoliberal que caracterizaría las políticas del resto de países de Europa. Estas políticas de privatización conllevarían la pérdida de poder de los sindicatos, pues era precisamente en los sectores públicos donde tenían una mayor inserción.¹²

Las medidas establecidas durante la década de los ochenta cambiaron la estructura de organización de la economía en Reino Unido. Se redujo considerablemente la producción y, en cambio, el sector servicios se vio fuertemente incrementado. De hecho, las críticas a las políticas neoliberales que mantienen los laboristas traen aparejada una serie de medidas para reorganizar la economía tratando de reactivar la productividad. Además, en oposición a la tendencia a la privatización iniciada a finales de los ochenta, los laboristas de hoy plantean la necesidad de nacionalizar empresas de servicios públicos, como las compañías ferroviarias, las redes de suministro de energía, el sistema de distribución de agua o el Royal Mail —servicio postal—. Tal y como se recoge en su manifiesto: «Muchos bienes y servicios básicos han sido

sustraídos al control democrático mediante la privatización. A menudo esto ha implicado precios más altos y peor calidad, ya que los precios se elevan para pagar dividendos». ¹³ Esto, junto a la inversión pública, serviría para fomentar el incremento de productividad.

Las privatizaciones no fueron la única medida que afectó duramente al movimiento obrero. Las reformas que se empezaron a llevar a cabo en 1980 tenían como objetivo reducir el poder sindical. El Partido Conservador, entre otras medidas, acabó con el régimen jurídico especial —*immunities*— del que estaban dotados los sindicatos. De esta forma, su margen de acción a la hora de convocar huelgas y hacer uso de piquetes se vio fuertemente reducida. Este no ha sido el último ataque al sindicalismo en Reino Unido. Además, la Ley de Sindicatos aprobada por el Partido Conservador en 2016 endureció aún más las posibilidades de organizar una huelga y ha requerido del 50% de los votos de los afiliados y del 40% en el caso de los sectores públicos clave. Los laboristas tratan de revertir esta situación al plantear la derogación de esta Ley de Sindicatos con el fin de promover una mayor capacidad negociadora de los trabajadores, aunque

¹² Véase José V. Sevilla, «El declive de la socialdemocracia», Barcelona, RBA, 2011, p. 161.

¹³ Manifiesto del Partido Laborista (<https://labour.org.uk/manifesto/creating-economy-works/#eighth>)

en ningún momento ha puesto sobre la mesa la recuperación del régimen jurídico especial de los sindicatos.

Como consecuencia de la falta de autonomía —entre otros motivos— que, como explicábamos en la introducción, se deriva de la pertenencia a la Unión Europea, comienza a desarrollarse una fuerte postura en oposición a Europa. En 2014 arrancan las primeras manifestaciones con dicha postura en Escocia y empieza a plantearse la posibilidad de llevar a cabo un referéndum, que tiene lugar finalmente en 2016 y se confirma la salida de Reino Unido de la Unión Europea, lo que se conoce como Brexit. Si bien es cierto que se trata de una propuesta promovida por un gobierno conservador, esta posición aglutina tanto posturas de izquierdas, que rechazan seguir los dictámenes antidemocráticos impuestos por Europa, como posturas de derechas, en las que prima el racismo que señala a la inmigración como principal causa de la crisis económica y de los problemas de empleo. Sin embargo, lo que ambas posturas ponen de manifiesto es una oposición a la globalización tal y como se está dando en la actualidad.

La posición de la izquierda ante este proceso no ha sido unitaria. A pesar de las diferencias internas dentro del laborismo, mayoritariamente se defendió la permanencia de Reino Unido en Europa. La misma postura defendió el Partido de los Verdes, aunque esta organización no se mantuvo unida ante el referéndum.

Francia

Francia ha sido otro de los países con una importante presencia socialdemócrata. La crisis de 2008 promovió un gran descontento con las políticas de austeridad llevadas a cabo. Este es uno de los principales factores explicativos de la posterior victoria de la socialdemocracia en las elecciones de 2012.

El deterioro de la economía, a medida que el crecimiento se reducía y el desempleo aumentaba, hacía que los duros remedios del mercado fueran aún menos tolerables para los que sufren en los escalones más bajos de la sociedad, pero aún más urgentes para que Francia volviera a ser competitiva, como único camino para una prosperidad generalizada a ojos de quienes ocupan los escalones más altos.¹⁴

14 Perry Anderson, «El centro puede aguantar», *New Left Review*, 105, mayo-junio de 2017, p. 12.

Ese año gana las elecciones el Partido Socialista (32,8% de los votos) con un discurso crítico con el neoliberalismo europeo y, en concreto, con el Pacto de Estabilidad, pero la incapacidad que mostró después de actuar consecuentemente con su discurso provocó la caída de sus apoyos. En las elecciones presidenciales de 2017 el partido obtendría únicamente el 6,4% de los votos.

En 2016 se funda Francia Insumisa (FI), una coalición de izquierdas con un discurso euroescéptico y antiglobalización, y así se refleja en su programa: «Tenemos que retirarnos de los tratados europeos que nos obligan a llevar a cabo políticas de austeridad, a abolir la acción del Estado y las inversiones públicas».¹⁵ FI mantiene una gran similitud con Podemos, que recoge planteamientos similares en su programa y también se ha visto influenciado por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Esta cercanía los ha llevado a firmar, en abril de 2018, junto al Bloco de Esquerda de Portugal, la Declaración de Lisboa «por una revolución democrática en Europa» y en la que invitan al resto de fuerzas socialdemócratas europeas a oponerse a la austeridad y la pérdida de soberanía.

En las presidenciales de 2017, FI obtiene el 19,6% de los votos. A pesar de los altos resultados que obtiene la plataforma política frente a la socialdemocracia tradicional que representa el PS, no logra el apoyo suficiente para pasar a la segunda vuelta y el partido liberal En Marche! (EM) llega al gobierno y Emmanuel Macron se convierte en presidente de la República.

Grecia

El ejemplo más claro de las limitaciones de la socialdemocracia para acabar con las contradicciones del capitalismo a través de meras reformas lo encontramos en Grecia. En 2015, en un contexto de crisis económica, se hicieron evidentes las presiones por parte de países miembros de la Unión Europea. Europa obligó a Grecia a implantar una serie de políticas de austeridad para hacer frente a la deuda y el país llegó a un estado en el que era inevitable el posicionamiento: o bien se elaboraba un programa que condujera a la cancelación de la deuda evitando el programa de austeridad o bien se incumplía con el pago por considerar la deuda ilegítima, aunque con la posibilidad de una posterior expulsión o salida del euro.

15 Página web de Francia Insumisa (<https://laec.fr/chapitre/4/sortir-des-traits-europeens>)

Syriza llevó a cabo un referéndum para comprobar la posición de la población sobre la aceptación del memorándum que recogía las políticas económicas que Europa imponía a Grecia. En un momento de movilizaciones e importante descontento social, el referéndum tuvo una participación del 62,5%. A pesar de que el 61,3% votó en contra de aceptar las medidas que pretendía imponer la troika, tras la reunión de Syriza con la Unión Europea, Alexis Tsipras, líder de Syriza y presidente del gobierno griego, acabó por aceptar las medidas. Esto provocó su dimisión como presidente del gobierno (aunque luego sería reelegido) y la escisión de una importante parte del partido, partidarios de mantenerse firmes frente a la Unión Europea.

Syriza no tuvo un discurso político en el que se señalara al capitalismo como principal problema de la situación. Por el contrario, continuó con la lógica de la posibilidad de una Europa distinta al plantear como principal problema las presiones económicas que ejercían los países de la Unión Europea, que se deberían solventar con una mayor igualdad de influencia entre los países miembros y con unas dinámicas más transparentes y democráticas.

Durante este proceso se planteó la posibilidad de una salida de Grecia de la Unión Europea, que era vista como necesaria por ciertos sectores del pueblo griego que sufrían las políticas de austeridad y las achacaban a la permanencia del país en la Unión Europea, como por sectores de extrema derecha, que apelaban al nacionalismo y rechazaban seguir formando parte de la Unión. Nueva Democracia, el PASOK, To Potami y el Movimiento de Socialistas Democráticos defendieron seguir formando parte de Europa. Cabe señalar el caso del Partido Comunista de Grecia (KKE), que tampoco apoyó el referéndum por considerarlo una estrategia de carácter reformista, pese al apoyo que la clase obrera había demostrado al mismo.

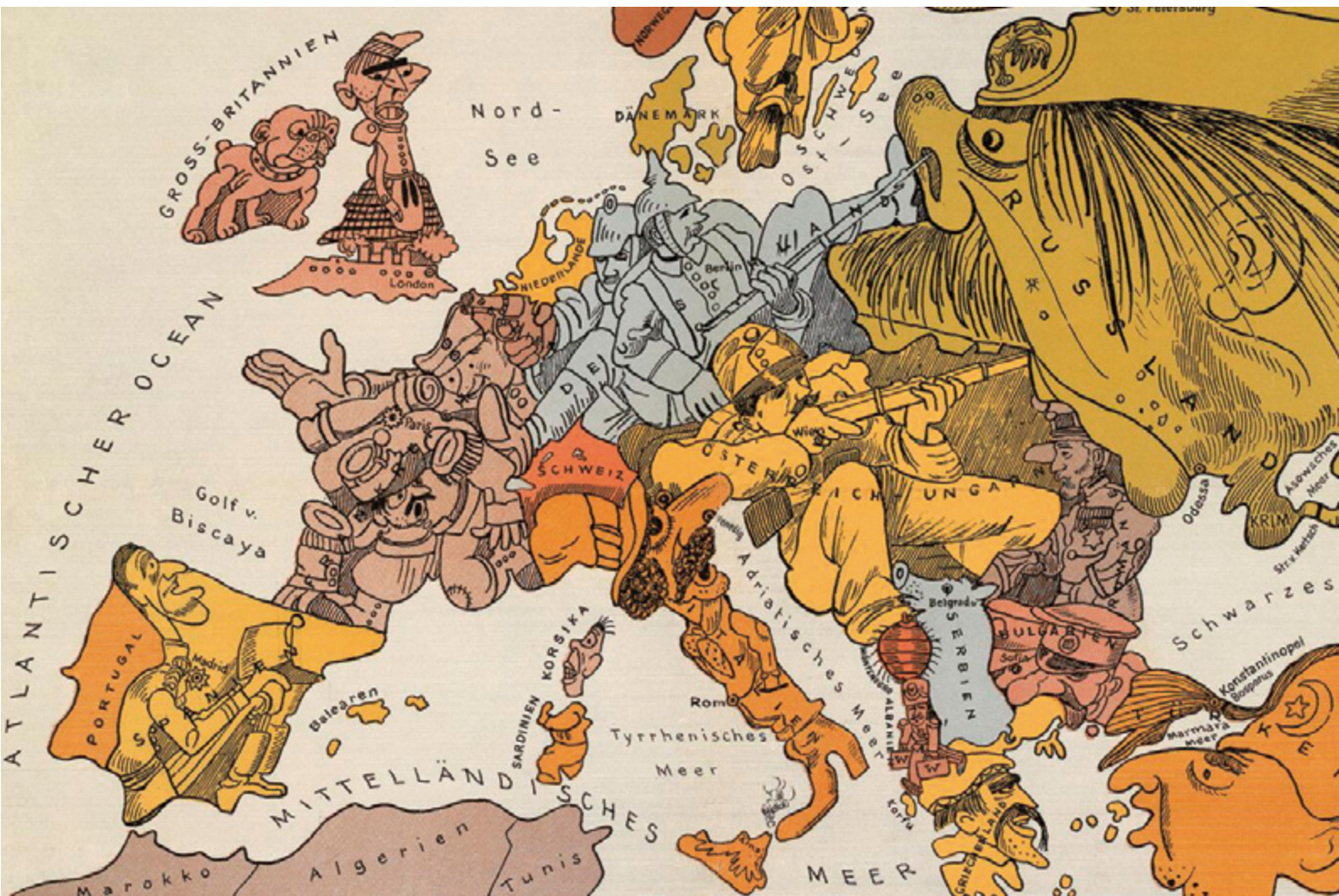
Carentes de una organización previa, el pueblo griego vivió la imposibilidad de llevar a cabo este proyecto, confiado a las fuerzas reformistas, cuando Syriza terminó por aceptar el programa de rescate financiero propuesto por Europa, con las duras condiciones que implicaba. Es importante señalar que no se trata de apelar meramente a la voluntad de un partido, sino a las fuerzas reales y necesarias que tiene para llevar su plan a cabo. De esta forma se evidencia que, pese a que formalmente el poder se encuentra en el pueblo griego, el poder real se encuentra en las fuerzas económicas de la Unión Europea, capaces de anular la voluntad de la población. En este proceso vemos, por tanto, cómo se rompe esa ilusión de que la soberanía reside en el pueblo.

Conclusiones

A pesar de que el discurso de los partidos socialdemócratas pueda llegar a parecer que muestra una fuerte oposición al capitalismo, vemos cómo la única aspiración que tienen es la conservación de este sistema, aunque con algunas mejoras en las condiciones de vida de las clases medias de los países imperialistas cuando la fase del propio sistema capitalista se lo permita. No cabe pensar que a través de la agudización de esas reformas se pueda dar el salto a una postura revolucionaria, pues su propia esencia es fuertemente contrarrevolucionaria. Por ello, es fundamental resaltar la idea antes señalada de que la socialdemocracia, junto con las políticas de carácter más liberal, conforman una fase más de una misma realidad.

Hay que tener en cuenta que no se puede apelar a la voluntad de los partidos socialdemócratas. A pesar de que quizás en algún momento puedan haber tenido unos objetivos revolucionarios, al final no dejan de cumplir una función objetiva, ya sea de forma consciente o inconsciente, y las intenciones reales que tenga el reformismo no cambian esa función. Apelando a la voluntad no se pueden superar las limitaciones objetivas, tal y como pudimos ver en el referéndum griego. Dentro de este voluntarismo podríamos poner como ejemplo recurrente el de ese fetichismo del parlamentarismo que habla de la vía electoral como la única posible; cientos de ejemplos históricos nos muestran que ganar unas elecciones en ningún caso es garantía de nada.

También podemos extraer la conclusión de que las políticas socialdemócratas son exitosas siempre en centros imperialistas y en un contexto de bonanza económica. Ejemplos históricos como el Chile de Salvador Allende nos enseñan que intentar construir una experiencia socialdemócrata en una periferia imperialista tiene siempre una respuesta por parte del capital en forma de masacres y golpes de Estado. Esta es la ficción de los éxitos socialdemócratas, hasta el punto de que cabría preguntarse si no son, también, éxitos del capital. Un modelo redistributivo democrático-burgués que no es universalizable ni en el espacio (únicamente es posible en centros imperialistas) ni en el tiempo (como hemos afirmado, ha de darse en una época de bonanza económica, de fuerte inversión pública y de una reconstrucción de posguerra) es incapaz de ofrecer una solución para la clase obrera mundial. Un «socialismo» sostenido sobre el trabajo de proletarias de periferias imperializadas no es un socialismo; será, en todo caso, un maquillaje progresista del sistema imperialista mundial.



Nacionalismo e independentismo en la Europa contemporánea

I. Coyuntura

Vivimos en un escenario histórico donde las posiciones teóricas y prácticas del marxismo-leninismo, como es evidente, no solo no han quedado «desfasadas», sino que constituye una necesidad cada vez más urgente reivindicarlas para avanzar en la construcción de un movimiento revolucionario capaz de derrumbar el orden social capitalista. Como veremos aquí, las renovadas tensiones internas en el seno de algunos Estados plurinacionales y el repliegue de un capitalismo en

crisis hacia opciones ultraconservadoras en otros han puesto de nuevo a la orden del día la *cuestión* nacional y plantean un horizonte turbulento donde es tarea de los y las comunistas enarbolar una posición política acorde con las exigencias del momento actual.

Dentro de este horizonte cobra especial importancia, como no podía ser de otro modo, el claro repunte del *nacionalismo* y los *movimientos nacionales* al que venimos asistiendo desde hace un tiempo en Europa. Esto pasa, en algunos casos,

por la revitalización de luchas nacionales históricas que parecían haber caído en un *impasse*; en otros, por la fragua de proyectos secesionistas de origen más o menos reciente. Y a un nivel más amplio resulta evidente que se está produciendo también, no solo un auge en las reivindicaciones de ciertas minorías nacionales, sino un intenso y preocupante resurgir del nacionalismo de gran nación.

Está claro que la agudización de todas estas contradicciones deriva de una compleja trama de factores económicos e históricos. El resultado de ello es que aquí caben desde posiciones democráticas —como en el caso actual de Catalunya— hasta las políticas reaccionarias, racistas y ultraconservadoras de los diferentes partidos y organizaciones que habitualmente se suelen aglutinar bajo la confusa etiqueta del «euroescepticismo». La diversidad de planteamientos es, como se puede ver, muy amplia.

Pero existe un fondo común sobre el que se desenvuelve toda esta problemática: la coyuntura *imperialista* global, en la cual se apoya, en última instancia, dicho repunte del nacionalismo y del independentismo en ciertos Estados de Europa. Por lo tanto, si buscamos una especie de eje vertebrador a partir del cual comenzar a explicarnos esta renovada agitación nacional, debemos señalar precisamente *al entramado imperialista europeo y a la cristalización de su gran proyecto económico-político: la Unión Europea*.

En realidad no se trata aquí de establecer si la Unión Europea representa o no, propiamente hablando, el *origen* de estas contradicciones. Pero el hecho de que se haya convertido en un tema central de debate y en el blanco recurrente de muchos programas políticos (lo mismo para el reformismo socialdemócrata que para fascistas de todo cuño), se debe justamente a su papel como herramienta privilegiada del gran capital monopolista europeo. Es por ello que en los rasgos definitorios de la Unión Europea —entre los cuales podemos contar sus directrices económicas, sus políticas migratorias, su ideología democrático-liberal, etcétera— y en la difícil adecuación de una enorme multiplicidad de Estados a esta unidad desigual, artificiosa e inestable, se enmarcan la mayor parte de los conflictos que salpican el escenario europeo actual.

Otro aspecto que debemos tener muy en cuenta es que el imperialismo divide forzosamente a todos los países en opresores y en oprimidos. No de manera mecánica, por supuesto (pues cada país no es necesariamente opresor y *solo* opresor, o

bien oprimido y *solo* oprimido), sino en relación con el plano concreto al que se refiera en cada situación. Así, un Estado globalmente imperialista como el español puede encontrarse en una posición relativamente «periférica» con respecto a las potencias hegemónicas dentro de la Unión Europea, al mismo tiempo que oprime tanto a varias naciones en su seno como a distintos pueblos de la periferia mundial y a «su» propio proletariado. Es fundamental tener claro este punto al analizar la situación concreta de la Unión Europea y las contradicciones que se desarrollan tanto dentro de ella como en su relación con la economía imperialista mundial.

Todo lo dicho genera varias cuestiones: ¿de qué maneras distintas se ha ido desenvolviendo este repunte del nacionalismo y el independentismo en Europa, y por qué razones? ¿Cuáles son los detonantes que han dado lugar al auge renovado de movimientos nacionales históricos y a la precipitación de nuevos proyectos independentistas? ¿Qué perspectivas políticas se abren en el marco de una Unión Europea cuya legitimidad parece menguar diariamente? ¿Cómo se articula este resurgir nacional con las estrategias del gran capital monopolista europeo y qué papel desempeña la lucha de clases en semejante coyuntura?

II. La Unión Europea

La idea contemporánea de una Europa hermanada en armonía sobre unos valores «cívicos» y «democráticos» no es un invento del todo reciente. Ya en 1915, Lenin anticipaba el posicionamiento marxista sobre unos hipotéticos «Estados Unidos de Europa». En el texto en cuestión afirma que, «desde el punto de vista de las condiciones económicas del imperialismo, es decir, de la exportación de capitales y del reparto del mundo por las potencias coloniales “avanzadas” y “civilizadas”, los Estados Unidos de Europa, bajo el capitalismo, son imposibles o son reaccionarios», y que «desde luego, son posibles acuerdos temporales entre los capitalistas y entre las potencias. En este sentido son también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los capitalistas europeos».¹ Su pronóstico es hoy una realidad prácticamente consumada y con varias décadas de rodaje.

En cualquier caso, la situación analizada por Lenin hace más de un siglo guarda algunas diferencias con nuestro propio presente. Una segunda guerra imperialista, la presión

1 V. I. Lenin, «La consigna de los Estados Unidos de Europa», 1915.

impuesta por la existencia del llamado «bloque del Este» y la lucha de emancipación de los pueblos de las colonias determinaron —junto con otros tantos factores de importancia histórica— una reestructuración internacional del capitalismo y sus mecanismos globales de acumulación, ofreciendo una nueva coyuntura que, para bien o para mal, en la época de Lenin no podía siquiera entorsearse.

En esta línea, los actuales «Estados Unidos de Europa», como no imposibles, han resultado ser efectivamente *reaccionarios*; el problema es que su acuerdo parece algo más que simplemente «temporal». Por eso, aunque su legitimidad se halla hoy en tela de juicio —el Brexit y la efervescencia del euroescepticismo dan buena cuenta de ello—, el tejido imperialista europeo materializado en la Unión Europea dista mucho de ser un asunto puramente incidental o azaroso dentro del desarrollo histórico reciente. Y si bien es cierto que, como todo fenómeno real, atravesado por profundas contradicciones internas, la Unión Europea no puede ser sino un proyecto transitorio, pasajero, con una fecha de caducidad determinada, eso no significa que la unión de tan diversos Estados en su seno constituya una cuestión meramente circunstancial, sino que responde más bien a una serie de razones históricas muy delimitadas.²

III. El problema nacional

Nos basta por ahora con señalar que esta coyuntura internacional implica ineludiblemente toda una serie de contradicciones, entre cuyas muchas formas de manifestarse se encuentra el reciente auge de los nacionalismos y «regionalismos» que vienen sacudiendo a ciertos Estados europeos. Aquí no nos encargaremos de analizar tanto el chovinismo de gran nación (que abandonan partidos fascistas o protofascistas como el Frente Nacional francés, Liga Norte en Italia, AfD en Alemania...), sino que nos centraremos más bien en los movimientos independentistas de nación oprimida.

De entrada, se entiende que tanto las divergencias existentes entre todos estos movimientos como su propia heterogeneidad interna impiden asimilarlos a un mismo patrón de medida. Lo que sí podemos asegurar es que, hoy por hoy —y a pesar de lo que muchos chovinistas de gran nación se empeñan tramposamente en señalar—, la afirmación de las identidades nacionales

independentistas tiende a enfatizar mucho más el aspecto *cívico-cultural* de las mismas que cualquier supuesta consideración etnicista o romántica sobre el «espíritu de un pueblo» (idea propia del nacionalismo romántico del siglo XIX y prácticamente inexistente en casos como los de Catalunya o Escocia, por ejemplo). Este engaño es evidente cuando se comprueba que sectores muy amplios de algunos movimientos independentistas abandonan, de hecho, una política de carácter abiertamente no nacionalista.

En cualquier caso, también parece indudable que dichos proyectos de separación solo tienen su razón de ser —en un sentido histórico— sobre la base de una *realidad nacional* que existe al margen de lo que tal o cual sector reivindique concretamente. Ni siquiera un regionalismo que podría considerarse estrictamente «artificial», como el de la «Padania» italiana, por ejemplo, escapa a la necesidad de que bajo sus pies subsista algo así como una identidad «nacional» de fondo, una determinada subjetividad con cierta consistencia interna, independientemente de cuándo y a través de qué mecanismos haya llegado a constituirse como tal. Porque, por lo general, es ese mismo sustrato de fondo el que determina dónde y en qué momento se abre la posibilidad del surgimiento de un movimiento nacional; es decir, la base objetiva sobre la que emerge históricamente un movimiento por la independencia de cierta nacionalidad oprimida.

La tarea consiste justamente en esclarecer la relación que existe entre las manifestaciones concretas de un fenómeno nacional y las condiciones históricas que lo han producido. Para entender adecuadamente dicho nexo resulta imprescindible evitar dos interpretaciones erróneas que deforman gravemente la comprensión de este asunto.

Primero, la que concibe toda realidad nacional como algo *dato e inmutable, ahistórico e independiente de cualquier desarrollo en el tiempo*. Esta idea, además de antimarxista, es evidentemente falsa, puesto que un solo vistazo a la historia prueba la enorme mutabilidad y la contingencia de toda construcción nacional. Joan Comorera, quien fuese secretario general del PSUC, manejaba la idea de una «madurez nacional» que parece apuntar en esta misma dirección: la comunidad humana que hoy no se constituye como nación puede que mañana lo haga, y la que ayer existía como nación puede que hoy deje de serlo. No cabe hablar, por lo tanto, de ninguna «unidad de destino» prefijada para un pueblo o para una nación (como reza el infame lema falangista), sino de procesos dialécticos que se desenvuelven contradictoriamente, generando a través de este movimiento situaciones muy diversas y en continua transformación.

² Para un análisis en profundidad de estas cuestiones, véanse los artículos dedicados específicamente a la Unión Europea dentro de este mismo número.

La segunda desviación es aquella que reduce las naciones a entidades en última instancia «mitológicas», o incluso *imaginarias*. Esto abre la puerta a todo tipo de teorías conspirativas o, más sutilmente, a acusaciones de que tal o cual fracción de la burguesía ha «construido» meticulosamente un nacionalismo artificial para satisfacer sus intereses de clase. Esto significa ignorar por completo las *condiciones objetivas* y *subjetivas* que realmente permiten el surgimiento de un determinado movimiento nacional *de masas*, lo que imposibilita cualquier comprensión correcta del mismo. Porque, igual que no tiene sentido negar que la burguesía promueve e instrumentaliza todo fenómeno nacional que pueda jugar a su favor —en realidad, resulta obvio que siempre tratará de utilizarlo como un arma arrojada contra la clase obrera—, tampoco son aceptables las interpretaciones *voluntaristas* y *relativistas* que no estudian las contradicciones internas del proceso y que ignoran las condiciones sociales sobre las que se hace posible ese uso interesado de un movimiento nacional por parte de ciertos sectores de la burguesía. Es decir, que ni se puede instrumentalizar lo que sencillamente no existe, ni se puede crear desde la nada y por mero deseo consciente de la burguesía un verdadero movimiento nacional de masas.

Después de todo lo dicho, y para dejar de movernos sobre un terreno tan abstracto, la referencia a algunos casos concretos de especial importancia nos dará ciertas claves para avanzar en el análisis de esta cuestión. Nos centraremos, además, en los aspectos más directamente relacionados con el nacionalismo, porque su recrudescimiento reciente no tiene nada de casual. El ascenso electoral de la Nueva Alianza Flamenca (N-VA) en Bélgica desde 2009-2010, las mayorías obtenidas por el independentismo en el Parlament de Catalunya durante los últimos diez años y su reciente proceso de proclamación de la República catalana, el referéndum por la independencia de Escocia y otros ejemplos semejantes ponen de relieve la presencia de factores socio-históricos que han conducido a un cuestionamiento de las relaciones nacionales e internacionales vigentes dentro de algunos Estados europeos.

IV. El resurgir del nacionalismo en Europa

La pregunta que podemos plantearnos es: ¿por qué ahora? ¿Cuáles son los motivos de fondo que han provocado una especial intensificación de las reivindicaciones independentistas en lugares como Catalunya, Escocia o Flandes durante los últimos años, fundadas mayoritariamente sobre la base político-ideológica de un nacionalismo cívico?

Una primera razón se encuentra en las tensiones internas que necesariamente caracterizan a la Unión Europea. Aunque a veces se tiende a representar a *la* burguesía como si fuese una entidad monolítica y homogénea, la competencia interna que existe en su propio seno no es, en realidad, menos profunda que su completo acuerdo cuando se trata de explotar a la clase obrera. Por lo tanto, el interés de cada capital individual radicará siempre en elevarse por encima del resto. Esta exigencia del mercado capitalista se manifiesta igualmente en el hecho de que cada Estado burgués busca su propio espacio dentro de las cadenas internacionales de valor, ya sea mediante alianzas coyunturales o mediante una competencia feroz con los demás. Por consiguiente, desde el punto de vista de cierta burguesía «nacional», poder emanciparse de un poder estatal central para dirigir un nuevo Estado capitalista perfectamente funcional a sus intereses económicos supone un motivo más que suficiente para querer espolear cualquier posible proyecto de independencia. Pero esto, como decíamos, no es suficiente para explicar dichos proyectos. Esto puede explicar también el hecho de que los Estados «fuertes» dentro del marco imperialista de la Unión Europea (Alemania y Francia, pero también otros Estados más pequeños como Suiza, Holanda o Luxemburgo, muy favorecidos económicamente por su papel como resortes del capital financiero europeo) hayan preservado durante décadas una unidad político-administrativa casi incuestionada. Y es que su condición como países preponderantes en los mecanismos de circulación del capital monopolista parece haber favorecido, entre otras tantas cosas, un amortiguamiento de las contradicciones nacionales en su seno.

De ahí que la integridad territorial de Francia —a pesar del particular caso de Córcega y de la existencia de ciertos movimientos bastante dispersos y fragmentarios, como el bretón o el occitano— no haya padecido en los últimos cuarenta años ningún peligro inminente en este sentido, o que en Alemania sean absolutamente minoritarios los movimientos separatistas como, por ejemplo, el bávaro. Sin duda es posible que alguno de estos proyectos nacionalistas siembre las semillas de un futuro movimiento de masas en los actuales Estados dominantes de Europa, pero por ahora su papel ha sido mucho menor comparado con el que las luchas nacionales han tenido y tienen en otros países «periféricos» (ya sea económica o políticamente) de la Unión. En todo caso, debemos añadir otros factores de gran importancia que han confluído para dar lugar a este mismo escenario de inestabilidad nacional.

Entre ellos, por ejemplo, se cuenta el hecho de que tampoco existe ya una presión externa lo suficientemente intensa



Marine Le Pen en un mitin del Frente Nacional

como para cohesionar y cimentar ideológicamente el proyecto europeo. Ante la ausencia de la antigua «amenaza comunista» —cuyo papel en la configuración de la Europa posterior a la Segunda Guerra Mundial fue sin duda determinante— o de un movimiento revolucionario internacional lo suficientemente fuerte como para poner en jaque al capital europeo, se han querido imponer las pretensiones posmodernas de un supuesto «fin de la historia». Pero esta ilusión debía necesariamente durar poco y ya se resquebraja como resultado de unas contradicciones que nunca podrán desaparecer bajo el modo de producción capitalista. Por eso, ni los Estados ni

las naciones tienen visos de «extinguirse» por el momento y su importancia solo variará en función de las circunstancias materiales concretas. Hoy, como vemos, convertidas en un campo de batalla donde se enfrentan muchos intereses contrapuestos, estas construcciones históricas cobran una especial relevancia dentro de nuestro entorno político más inmediato.

Por lo tanto, dentro de este marco global, y en el contexto de la crisis económica que venimos arrastrando desde hace casi diez años, no sorprende que en los países que ocupan una posición secundaria con respecto a las grandes

potencias hegemónicas de la Unión Europea (es decir, sobre todo Alemania y Francia) se ponga en cuestión la necesidad de continuar perteneciendo a ella. Este clima de descontento popular ha sido instrumentalizado por formaciones como la Liga Norte y demás partidos euroescépticos de corte próximo al fascismo para crecer a pasos agigantados; pero ha sido precisamente este giro reaccionario el que también han utilizado —a modo de un espejo en el que *no* reflejarse— los representantes de la mediana y pequeña burguesía democrático-liberal como el PdeCat o el Partido Nacional Escocés.

En efecto, estos últimos reclaman como propios todo un conjunto de ideales democráticos y liberales que pretenden recoger lo «mejor» del proyecto europeísta, proponiendo una suerte de «capitalismo de rostro humano» donde no se buscaría en modo alguno romper con las estructuras de la Unión Europea o iniciar un proceso de balcanización de Europa, sino garantizar el autogobierno (siempre dentro de la Unión) de naciones que históricamente vienen careciendo de él, como pueden ser Catalunya, Escocia, Córcega, Flandes y otras. Esto parte de una concepción plenamente instrumentalista del Estado, que aparece aquí entendido como una herramienta que se puede modificar a placer en función de los

intereses generales de la ciudadanía. Por ejemplo, el propio Carles Puigdemont llegó a plantear que si dentro de treinta o cincuenta años la Unión Europea fuera el único Estado que debiese continuar existiendo, no encontraría ningún problema en ello.³

De dicha posición se desprende la siguiente idea: si la Unión Europea constituye una confederación puramente circunstancial, que depende por entero de los intereses concretos «de cada nación» —cabe decir, de sus élites dirigentes—, no hay ningún motivo por el cual deba ser preservada una estrecha Unión Europea centrada tan solo en el bienestar de los Estados que actualmente existen. Parece que por ello tendría sentido, en principio, abogar por una independencia enmarcada en la propia Unión, que respete efectivamente el derecho a la autodeterminación y garantice una autonomía política y económica real de una serie de nuevos Estados que contribuirían de buen gusto a la perpetuación de semejante panacea imperialista. Pero este feliz horizonte se desvanece cuanto más se aproxima su aparente realización, cuando los cimientos

3 Diego Torres, «The Puigdemont Factor», *Político*, 25 de julio de 2017 (<https://www.politico.eu/article/catalonia-independence-referendum-spain-the-carles-puigdemont-factor/>)



monolíticos de la Unión Europea (es decir, los cimientos del capital financiero imperialista) se tambalean por efecto de un intento de ruptura de sus grandes Estados.

En definitiva, las insuperables contradicciones internas que caracterizan el proyecto económico-político de la Unión han tendido a fraccionar el nacionalismo en dos grandes frentes, y la falta de un genuino referente revolucionario en Europa ha hecho que, por lo general, la agudización de estas contradicciones no haya logrado aún trascender el marco ideológico y político de la burguesía, limitándose a aglutinar a las masas en torno a una de las dos grandes opciones que hemos mencionado: o un chovinismo reaccionario de gran nación (sin ir más lejos, el español) que se alinea directamente con los intereses objetivos del imperialismo europeo, o una defensa reformista de la autodeterminación basada sobre todo en valores democrático-liberales. (Opciones entre las cuales, dicho sea de paso, no debería haber ninguna duda para cualquier comunista que honestamente defiende y se comprometa *en la práctica* con el derecho de autodeterminación de los pueblos).

Todo esto, en cualquier caso, no es más que una generalización muy amplia, pues a nadie se le escapa que, por más interclasista que pueda ser, la fuerza motriz de cualquier movimiento independentista reside de hecho en los sectores populares que mayoritariamente lo componen y no tanto en los endebles procedimientos legalistas que proponen sus cúpulas políticas. Así lo vino a demostrar, por ejemplo, el empuje que imprimieron durante algunos meses los Comités de Defensa de la República (CDR) a la movilización popular en favor de la independencia de Catalunya, que plantearon iniciativas prácticas concretas frente a la represión del Estado español y el consiguiente repliegue generalizado de la dirigencia más puramente institucional del *procés*. Al margen de su situación actual, si acaso hubiera una vía para alcanzar la secesión, esta sin duda debe partir de una continuidad, una profundización y un avance cualitativo de ese tipo de autoorganización popular con consignas cada vez más próximas a un objetivo transformador.

En este sentido, parece que el principal motivo por el que las proclamas independentistas han vuelto a calar en el seno de algunas nacionalidades históricamente oprimidas en Europa está muy relacionado con el agotamiento de las propias estructuras burguesas que las gobiernan. El caso catalán es paradigmático: teniendo como fermento objetivo la podredumbre —mostrada cada vez con menos tapujos— de un

aparato institucional heredado del franquismo, la rancia estrechez españolista del «nuevo» proyecto nacional inaugurado en 1978 y la incapacidad manifiesta del Estado español para resolver cualquier problema de índole económico-social, no sorprende que hayan germinado con tanta fuerza las semillas de un cambio que se busca ahora *fuera*, en ruptura con un Estado español inoperante, imposible de reformar y especialmente reaccionario cuando se lo compara con otras democracias europeas constituidas mediante procesos revolucionarios burgueses.

Por ello es que, a pesar de la naturaleza generalmente interclasista de estos movimientos nacionales, el amplio respaldo de las capas populares (sobre todo en Catalunya y Escocia) les ha conferido una orientación de signo claramente progresista. Sin duda forzados por las circunstancias, incluso los representantes políticos de la mediana y pequeña burguesía que encabezan las listas independentistas se han visto en la necesidad de introducir en su discurso ciertos elementos de reforma social. Y, aunque sería absurdo hacerse ilusiones sobre la posibilidad de una transformación real por su parte —que en el mejor de los casos no pasaría de un tibio reformismo—, debemos tener presente que detrás de esas proclamas progresistas está precisamente el empuje de sectores mucho más combativos, cuya acción es la que verdaderamente imprime un contenido progresivo a la reclamación de la independencia.

Ahora bien, ¿hasta dónde puede llegar este impulso? ¿Es realmente posible conquistar una independencia completa separándose de un Estado europeo ya «consolidado»? ¿Y, si es así, de qué manera?

V. Independencia en la UE

Parece que un escenario de separación pacífica mediante la legalidad burguesa existente solo es factible, por lo general, bajo dos condiciones dadas: primero, que ninguna de las dos partes en cuestión se beneficie de una manera determinante del sometimiento económico de la otra; y, segundo, que esta separación no atente contra la estrategia global del capital imperialista, o que incluso contribuya más o menos directamente a su consolidación (como ocurrió, por ejemplo, con la desarticulación de los antiguos Estados socialistas de Europa del Este en una serie de pequeñas unidades territoriales favorables a la Unión Europea). Esto no significa que el ejercicio de la autodeterminación resulte imposible bajo el capitalismo

—pues la experiencia histórica demuestra precisamente lo contrario—, sino que la secesión nunca podrá realizarse en «buenos términos» salvo que se den las condiciones generales ya mencionadas.

De aquí se sigue que las apelaciones democráticas a Europa constituyen un esfuerzo sin propósito ni resultado, porque implican ignorar el hecho de que la Unión Europea representa *exclusivamente* los intereses de «su» burguesía monopolista. Más aún: a sabiendas de que la opresión política del capital solo puede diluirse en la medida en que ello no atente contra su propia perpetuación, la democracia burguesa acaba revelándose como un puro formalismo cuando se le enfrenta una amenaza económica seria. Esto ha ocurrido con la proclamación de la independencia catalana, por ejemplo.

De la Unión Europea solo cabe esperar en este sentido que manifieste una tibia condena hacia la represión desatada por el Estado español, al mismo tiempo que le brinda un *completo apoyo material e ideológico al régimen que se ha encargado de ejercer esta misma violencia*. Por mucho que las cúpulas dirigentes del *procés* defiendan a nivel institucional la integración de una Catalunya independiente en la Unión Europea, resulta evidente que la secesión y sus consecuencias a corto y largo plazo supondrían un bache para la oligarquía europea, además de sentar un incómodo precedente que podría intensificar las aspiraciones independentistas de otros territorios como Flandes, Córcega, etcétera, cuya separación contribuiría a desmembrar algunas puntas de lanza de la economía imperialista europea.

Por todo ello es igualmente esperable que la gran burguesía de nación oprimida, monopolista o con aspiraciones inmediatas de serlo, tienda a alinearse con la continuidad en la Unión. Al fin y al cabo, esta representa para ella una provechosa herramienta económica. En este mismo sentido decía Manuel Sacristán que «la gran burguesía catalana no es sino un elemento más —casi tan importante como los grandes financieros vascos— en la *alianza oligárquica* que dirige igualmente este pueblo y a los otros pueblos de la península, incluido al castellano» y que, «igual que contribuyó a financiar el ejército de Franco durante la guerra civil, la gran burguesía catalana *se opondrá* mañana al principio de autodeterminación, al igual que a todo cambio democrático».⁴

De acuerdo con Sacristán, por lo tanto, nada hay que esperar con respecto a la lucha nacional catalana de esta burguesía nacida y crecida al cálido abrigo del franquismo. Y los acontecimientos recientes han demostrado la precisión de su análisis: los grandes poderes económicos catalanes se han posicionado, naturalmente, en defensa de sus intereses particulares de clase (en otras palabras: con el proyecto imperialista de la Unión Europea y con su fraternal compañera de viaje, la burguesía española) contra la autodeterminación del pueblo catalán. Resulta casi imposible siquiera imaginar un escenario en el que las contradicciones intercapitalistas se agudicen lo suficiente como para generar un viraje de la gran burguesía de nación oprimida hacia una defensa de la autodeterminación.

Por otro lado, probablemente la independencia tampoco sea nunca realizable en Estados cuya unidad resulte funcional a los mecanismos de acumulación del capital europeo —como el español o el italiano— si la iniciativa ideológico-política queda exclusivamente en manos de sectores de la pequeña o mediana burguesía. Estos estratos tienen una orientación política voluble y difícilmente podrán conducir hasta sus últimas consecuencias un auténtico proceso de ruptura estatal. Por el contrario, la dirección firme y consciente de la clase obrera resulta indispensable para llevar a término cualquier proceso de emancipación nacional. Sin la movilización activa de unas masas que empujen la transformación hasta sus últimas consecuencias, parece que ningún procedimiento jurídico o institucional podrá desembocar efectivamente en la *ruptura* de un Estado imperialista, porque, una vez desarticulado «legalmente» todo el aparato institucional de un movimiento secesionista —o a fuerza de pura represión y violencia, como en el Estado español—, el proceso correrá el peligro de caer en un punto muerto y de ver poco a poco diluido el torrente de las movilizaciones populares.

Se diría que el caso escocés representa la única excepción reciente a todas estas tendencias generales: allí, un referéndum acorde con la legalidad constitucional vigente fue negociado por los parlamentos británico y escocés, situación impensable en el Estado español, en parte por todos los resabios de una unidad territorial y una Constitución heredera del franquismo, en parte también por la enorme importancia de Catalunya para la economía estatal. No está claro si finalmente se hubiese formalizado la independencia de Escocia en caso de que la votación hubiese favorecido esta opción, pero tampoco tiene ningún sentido especular ahora sobre

⁴ Manuel Sacristán, «Sobre la cuestión nacional» (<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=117871>).

ello. Lo único que merece la pena señalar es que la situación escocesa es, como decíamos, *excepcional*, seguramente como consecuencia de que el poderío económico imperialista de Inglaterra le permitiría salir más o menos indemne de la pérdida de un territorio como Escocia.

Pero, suponiendo que se efectuase una secesión de este tipo, en la que una nación se independizase políticamente de un Estado imperialista perfectamente consolidado (Catalunya del español, Flandes del belga, Escocia de Reino Unido, etcétera), ¿qué posibilidades se le abrirían a este nuevo Estado?

VI. Independencia y soberanía nacional

A decir verdad, las perspectivas son difusas cuando se trata de la soberanía *material* que puede ser conquistada por un proceso independentista en Europa. El ejemplo de la emancipación de las colonias durante el siglo xx demuestra que se puede lograr una independencia *formal*, jurídica, meramente legal, sin que ello implique al mismo tiempo una liberación del dominio económico al que estos pueblos estaban y están aún hoy sometidos. Obviamente, la situación de los países europeos es diametralmente opuesta: en su caso, lo que está en juego es precisamente la posibilidad de continuar beneficiándose de los flujos del capital imperialista *incluso* siendo Estados independientes, no acabar con una opresión económica impuesta desde fuera.

Por lo pronto, aquí hay que distinguir varias posiciones diferentes que se entrelazan en la práctica real de los distintos movimientos independentistas.

Primero, el discurso propio de aquellos movimientos nacionales en los que predomina una orientación *euroescéptica*. La constitución de un nuevo Estado *fuera* de la Unión entró en el programa, por ejemplo, de la Liga Norte (hasta que el partido se convirtió en una opción política a nivel estatal y abandonó el independentismo «padano»). Nutriéndose de la mitología sobre un norte trabajador y un sur improductivo que vive a costa del norte, así como de una política migratoria racista, estas formaciones pretenden reinstaurar una suerte de capitalismo nacional autárquico. Pero estas posiciones independentistas y euroescépticas al estilo de las de la Liga Norte son excepcionales y habitualmente minoritarias, solo defendidas por organizaciones bastante pequeñas en lugares como Baviera

o Flandes.⁵ El resto de partidos euroescépticos, por el contrario, acostumbran a nacer directamente del chovinismo de *gran nación* y a alinearse con la defensa de unos intereses claramente reaccionarios. La única autonomía que persiguen es, en el fondo, con respecto a las políticas económicas y migratorias de la Unión Europea.

En segundo lugar, encontramos la postura explícitamente *proeuropea* de los líderes independentistas en lugares como Catalunya, Escocia o Flandes (compartida también por amplios sectores de la base popular de estos movimientos). Sabemos, por ejemplo, que en Bélgica la N-VA esgrime su posición favorable a Europa para contraponerse al reaccionario Vlaams Belang (Interés Flamenco); que el argumento según el cual una Catalunya independiente ingresaría en la Unión ha sido un punto de referencia central contra quienes auguraban un colapso económico tras la secesión; que, frente al habitual desinterés de Inglaterra por Europa, el Partido Nacional Escocés ha buscado en ella un apoyo externo desde los años ochenta. Todos estos casos ponen de manifiesto que integrarse en las estructuras del capital imperialista europeo les resulta imprescindible a estos dirigentes para asegurar cierto bienestar económico en un hipotético Estado independiente —en este punto, no son tan cortos de miras como los euroescépticos— y para garantizar con ello la estabilidad a largo plazo de su propio gobierno.

Lo que buscan es, en cierto modo, seguir el modelo de países como Dinamarca o tal vez Suiza, Estados de pequeñas dimensiones pero con una economía imperialista desarrollada. Y es que, dado que lograr una autosuficiencia económica (en el sentido de una producción inmediata de bienes básicos bajo un modelo capitalista) resultaría muy complicado en primera instancia para estas naciones, no hay nada más razonable que demandar la pertenencia directa a la Unión Europea como manera de salvaguardar los intereses de esta nueva clase dirigente.

Por último, tenemos la posición de los sectores más avanzados dentro de los movimientos independentistas, que no se pliegan a ninguno de los dos discursos previos, sino que toman una orientación marcadamente progresista al *desechar*

5 En Flandes, este nacionalismo euroescéptico representado por el Vlaams Belang (de orientación claramente reaccionaria, racista y homófila, entre otras cosas) coexiste con el separatismo proeuropeo de la Nueva Alianza Flamenca (N-VA). En todo caso, la posición hegemónica es, con mucha diferencia, esta última, mientras que la ultraderecha tiene por ahora un papel minoritario en el independentismo flamenco.

de su programa político la posibilidad de la permanencia en la Unión Europea. Al fin y al cabo, si uno de los argumentos más favorables a la secesión apela a conquistar una autonomía real con respecto a los dictados económico-políticos del gobierno central, ¿qué sentido tiene, entonces, defender a la vez un sometimiento a los todavía más intransigentes dictados de instituciones como el Banco Central Europeo o la Comisión Europea? Por desgracia, la salida por vía progresista de la Unión Europea es todavía una consigna tan minoritaria en los movimientos independentistas como lo es a nivel global en los grandes Estados imperialistas que pertenecen a ella.

Sintetizando, podemos extraer varias conclusiones. Por un lado, que la postura preponderante en los actuales movimientos de emancipación nacional es aquella que mira hacia Europa, es decir, la que reivindica la pertenencia del futuro Estado independiente a una Unión Europea que se presupone democrática y comprometida con unos valores liberales; este cosmopolitismo se opone a la estrechez racista y ultraconservadora del nacionalismo chovinista encarnado por partidos como el Frente Nacional de Francia, el FPÖ austriaco, el Partido Popular Danés, Jobbik en Hungría, AfD en Alemania y una desgraciadamente larga lista de etcéteras. Por otro lado, está también claro el carácter minoritario de la posición que se posiciona tanto frente a uno como frente al otro de estos discursos y que propugna la salida de la Unión por una vía progresista y no reaccionaria.

Parece que, en cualquier caso, todas estas posturas implicarían seguramente un periodo de transición bastante complicado. Y la orientación de dicho proceso dependería por completo del sentido global del cambio; es decir, de si se trata de una independencia enfocada a la permanencia en la Unión Europea y sus mecanismos de explotación imperialista o, por el contrario, de una independencia progresista centrada en la ruptura con las viejas estructuras políticas que constriñen cada vez más la soberanía de todas las naciones y los Estados «periféricos» sometidos al yugo de las instituciones europeas.

VII. Conclusiones

Si algo pone en claro la ebullición de todas estas reivindicaciones nacionales es que el proyecto de una Europa liberal y cosmopolita que se viene construyendo desde los años cincuenta tiene las horas contadas. Lamentablemente, parece que la reacción escala posiciones más rápidamente que nadie en esta carrera por desestabilizar el delicado *statu quo* de la

Unión. Incluso en el seno de sus propias potencias hegemónicas, Francia y Alemania, ganan peso opciones euroescépticas, racistas y de extrema derecha. Pero también encontramos el contrapeso a estas tendencias en la lucha emancipadora de algunas minorías nacionales, que logran resultados parlamentarios históricos y la movilización activa de millones de personas en favor de una independencia marcada por el signo de consignas democráticas.

En cualquier caso, el panorama que se abre ahora es complicado. Cuando son la extrema derecha y el chovinismo reaccionario de gran nación quienes se imponen, la clase obrera pierde. Por el contrario, la lucha por la autodeterminación de los pueblos contiene siempre un elemento democrático y progresista que favorece objetivamente al movimiento revolucionario. Está claro que en nuestra propia coyuntura concreta se juega mucho últimamente: o conquista de la independencia catalana o reafirmación de la unidad territorial legada por el franquismo; o victoria de las libertades democrático-burguesas o consolidación en el viraje fascitizante del Estado; o ruptura política con el régimen del 78 o repliegue reaccionario hacia el españolismo más deleznable. Y, como era de esperar, solo la clase obrera organizada y consciente puede dar una salida progresista a esta encrucijada, una vez que el Estado español —en su cruzada inquisitorial contra las libertades y los derechos democráticos más básicos— haya acabado por desmantelar a golpe de represión toda la cúpula política del *procés*.

En definitiva, las instituciones de la Unión Europea y su discurso europeísta están cada vez más desgastados, la crisis económica ha debilitado la legitimidad del orden vigente en muchos Estados europeos y el hastío ante el pozo sin fondo de contradicciones que constituye esta coyuntura nacional e internacional ha dado lugar a una proliferación de diferentes proyectos políticos. Entre ellos, el caso que aquí hemos analizado: la efervescencia de algunos movimientos independentistas que retoman mayoritariamente un nacionalismo cívico-cultural para dar una salida a esta encrucijada. Creemos que es un deber irrenunciable para las y los comunistas del Estado español *apoyar el contenido democrático y progresivo que representan estos movimientos* —especialmente desde nuestra posición en un Estado imperialista, que oprime también a varias naciones en su propio seno—, al mismo tiempo que trabajamos por la construcción de un referente revolucionario capaz de apoyar estas legítimas e imprescindibles luchas por la emancipación nacional hasta una ruptura definitiva con el orden burgués hoy imperante.



El fascismo y la crisis del imperialismo en la Unión Europea

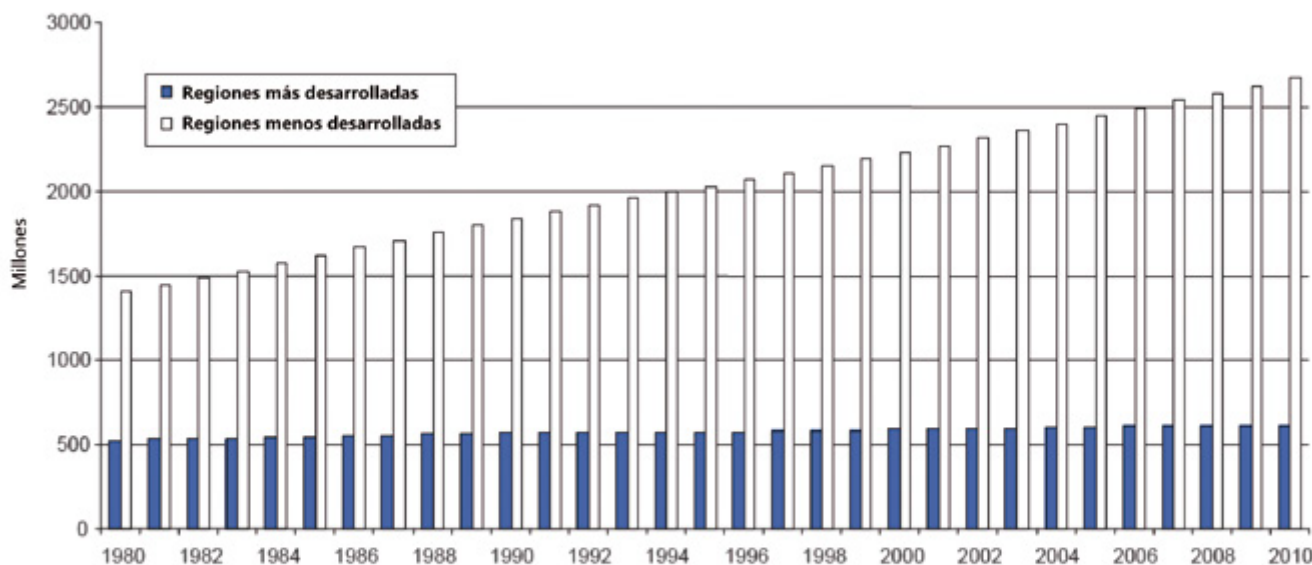
I. La base material del fascismo contemporáneo

Para entender el fascismo hoy, su ideología y su proyecto político tras más de un siglo de desarrollo imperialista, tenemos que comprender, al menos a grandes rasgos, cuales son las características del imperialismo actualmente. Debemos dar unas pinceladas acerca de cómo la división internacional del trabajo (DIT) se ha desplegado a nivel mundial y, después, acerca de cómo afecta esto en particular a los centros imperialistas, el foco de nuestro estudio.

Que la mayoría de partidos o movimientos populistas de derecha que están creciendo en Europa de nuevo tengan un marcado discurso racista, patriarcal y chovinista debería hacernos pensar acerca de cuál es el contexto material que abona dichas ideas.

Hoy en día es aún más evidente, aunque la economía burguesa se haya esforzado en ocultarlo, que la DIT producida por el imperialismo tiene marcados sesgos de raza y género.

Población Mundial Económicamente Activa



Fuente: ILO/Laborsta: EAPEP (Economically Active Population Estimates and Projections). «Regiones más desarrolladas» incluyen Norte América, Japón, Europa, Australia y Nueva Zelanda; y «Regiones menos desarrolladas» comprenden todas las regiones de África, Latinoamérica, y el Caribe, Asia (excluyendo Japón) Melanesia, Micronesia y Polinesia.

Fig. 1. Elaboración propia a partir de John Smith, *Imperialism in the Twenty-First Century*, p. 114.

Las características más ampliamente compartidas del empleo manufacturero de las mujeres en todos los países en desarrollo son más horas de trabajo y menores salarios que los hombres.¹

No es el tema central del texto pero necesitamos entender antes de todo que básicamente, la mayor parte de las superganancias que llegan a los países imperialistas como los europeos proviene de mujeres trabajadoras no blancas. La raza y el género tal y como los conocemos hoy en día, son especificaciones sociales redefinidas en la transición al capitalismo tras periodos sangrientos de disciplinamiento de la fuerza de trabajo.² La diversidad de la clase trabajadora no es una desviación posmoderna sino una realidad de hecho. A lo largo de la historia el sistema capitalista ha creado diferencias objetivas dentro de la clase trabajadora internacional. Estas diferencias no son puras construcciones sociales sino que fijan relaciones sociales que

cumplen roles concretos en el sistema de explotación del trabajo que afectan al desarrollo histórico de la lucha de clases. A su vez, este hecho también determina materialmente la vida en los países imperialistas y por tanto tiene consecuencias político-ideológicas claras, como bien apuntó Lenin cuando explico el oportunismo hace ya más de un siglo:

Los oportunistas son, objetivamente, una parte de la pequeña burguesía y de algunas capas de la clase obrera, parte sobornada con las superganancias imperialistas, convertida en perros guardianes del capitalismo, en elemento corruptor del movimiento obrero.³

Pero la socialdemocracia y el oportunismo modernos son solo una cara de esa moneda política que emana de la superplusvalía imperialista. Es la cara en la que se apoya políticamente el capital financiero en momentos de bonanza. En esta situación se da principalmente un régimen de extracción de plusvalía relativa mediante la inversión en productividad, entre otras cosas, que hace posible la concesión de ciertas ventajas laborales, como, por ejemplo,

1 Stephanie Barrientos, Naila Kabeer y Naomi Hossain, *The Gender Dimension of the Globalization of Production*, 17, Ginebra, Policy Integration Department (World Commission on the Social Dimension of Globalization, International Labour Office), mayo de 2004.

2 Silvia Federici, «La acumulación de trabajo y la degradación de las mujeres», *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2004, p. 85.

3 V. I. Lenin, *El imperialismo y la escisión del Socialismo*, Iniciativa Comunista, 2017.

el menor tiempo de trabajo socialmente necesario; todo ello cristaliza en ideas social-liberales y de «estabilidad» social que consiguen atenuar la contradicción de clase en los centros imperialistas. Por el contrario, en épocas de crisis estructural, de retracción de la acumulación capitalista, este régimen se tambalea y el capital sufre transformaciones de cara a pasar a toda costa a uno de acumulación, a un régimen de extracción de plusvalía absoluta, con la intención de sobrevivir. Aquí es donde el fascismo supone una opción clave para la salvación del capital financiero y del imperialismo. Aquí es donde puede actuar de mediador en esa transición y de ejecutor político infalible de ese régimen de extracción, con todas las consecuencias históricas que eso conlleva.⁴

«Los condenados de la Tierra» y la división mundial de la clase obrera

La reducción de tarifas arancelarias y remoción de barreras al flujo de capitales ha incentivado la migración de la producción a países de bajos salarios, mientras que la militarización de fronteras y el aumento de la xenofobia se han incrementado contra los trabajadores de estos países —lo que no implica su eliminación pero sí su reducción y creciente condición de vulnerabilidad como ciudadanos de segunda clase—. El resultado es que las mercancías, las fábricas y sus dueños cruzan libremente la frontera entre Estados Unidos y México o los muros de la fortaleza Europa; sin embargo, las personas que trabajan en ellas no tienen derecho a cruzar. Esta es la parodia de la globalización, un mundo sin fronteras para todo y todos menos para los trabajadores.

JOHN SMITH⁵

El racismo tal y como se manifiesta hoy en día no es algo que haya existido siempre en la historia de la sociedad de clases.⁶ La redefinición de la raza es una necesidad histórica del capitalismo cuya mediación son los procesos de disciplinamiento de la fuerza de trabajo en las colonias durante la

acumulación originaria, como también apunta Federici⁷. El sistema necesita de la creación de códigos reales para devaluar y explotar más de manera velada a determinados tipos de personas, en este caso bajo el criterio de diferencias de piel y otros rasgos físicos asociados. Como dice Sakai «la “raza” en el capitalismo moderno pasó de ser en sus orígenes una “diferencia indefinida” a ser una máscara con la que denominar a la “clase”. El capitalismo, a fin de cuentas, siempre prefiere enmascarar las diferencias de clase (así puede manipular más fácilmente)». ⁸ Por eso, esta explotación diferencial también ocurre en los mismos países imperialistas, donde los trabajos más precarios y peor remunerados son ejecutados por mano de obra migrante⁹ y, también por eso mismo, en Occidente ocurre que «cuando los trabajadores negros queman el centro de la ciudad, los ojos de la izquierda blanca ven la raza, no la clase». ¹⁰

Aun así, como hemos visto, el mejor ejemplo del papel de la raza en el imperialismo es la distribución de la producción mundial en nuestros días.

Una característica sorprendente de la globalización contemporánea es que una proporción muy grande y creciente de la fuerza de trabajo en muchas cadenas de valor mundiales se encuentra ahora en las economías en desarrollo. En pocas palabras, el centro de gravedad de gran parte de la producción industrial mundial ha cambiado del Norte al Sur de la economía global.¹¹

Esta superexplotación diferencial de la periferia mundial es la base de la creación de la aristocracia obrera en Occidente y del enriquecimiento relativo de la pequeña burguesía (PB) occidental, como ya hemos comentado, con respecto al proletariado y resto de clases populares de los países periféricos. Por tanto, este privilegio material colateral, que proviene de la

4 Iniciativa Comunista, *Análisis de la clase de la Alemania Nazi*, 2016 (<http://www.iniciativacomunista.org/documentos/975-analisis-de-clases-de-la-alemania-nazi>).

5 John Smith, «Imperialismo en el siglo XXI», en *Estudios Críticos del Desarrollo*, v. VI, n.º 10, primer semestre de 2016.

6 J. Sakai, *Cuando la raza marca a fuego a la clase*, Iniciativa Comunista, 2018.

7 Silvia Federici, «Colonización y cristianización. Calibán y las brujas en el Nuevo Mundo», en *óp. cit.*

8 Sakai, *óp. cit.*

9 FMC, «El racismo en los centros imperialistas: el Estado español», *La lucha de clases bajo el imperialismo*, 2017 (<https://formacionmujerescomunistas.wordpress.com/2017/12/30/la-lucha-de-clases-bajo-el-imperialismo-parte-i/>).

10 Selma James, *Sexo, raza y clase*, *Marxismo Crítico*, 3 de marzo de 2014 (<https://marxismocritico.com/2014/03/03/sexo-raza-y-clase-selma-james/>).

11 Gary Gereffi, *The New Offshoring of Jobs and Global Development*, Ginebra, International Labour Organization, 2006, p. 5.

DIT para el enriquecimiento de la burguesía monopolista, está mediado por la raza y otorga una serie de privilegios sociales a los redefinidos como «blancos» en el capitalismo. Ya que la *raza* es una diferenciación real creada para esa explotación, viene asociada al *racismo* como justificación superestructural a todos los niveles. El racismo oculta los fundamentos de clase del concepto de *raza* en el capitalismo, obviando la DIT y las diferencias estructurales que existen a nivel global entre los redefinidos como «blancos» y «no blancos». En su forma más explícita, el racismo justifica estas diferencias estructurales alegando una superioridad física y biológica innata de la raza blanca sobre otras. En última instancia, el racismo es la defensa de la división de clase a nivel internacional, la justificación de la explotación de unos pueblos sobre otros.

Y es que el racismo ha sido y sigue siendo un instrumento del capital para devaluar a población colonizada y trabajadores migrantes. El racismo, como apunta el militante comunista sudafricano Hosea Jaffe, es la ideología dominante del colonialismo capitalista en su lucha por esclavizar y explotar a los trabajadores coloniales, que sirve para legitimar la explotación sobre los pueblos no occidentales y separar a los trabajadores de los países metropolitanos de los de las colonias.¹²

Por último, debemos mencionar que existe un conflicto de intereses entre PB y burguesía monopolista en cuanto a la inmigración en los centros imperialistas. Mientras la primera está interesada en el comercio nacional y el desarrollo de un mercado local fuerte acorde a sus intereses innatos, la segunda está interesada de manera inmediata en una clase trabajadora a la que poder explotar más y mejor, como puede ocurrir con un trabajador racializado. Un pequeño comercio extranjero en el barrio puede suponer competencia para un pequeño burgués local, pero la familia que vive de ese pequeño comercio será carne de cañón para la explotación asalariada por parte del monopolismo.

«La Sagrada Familia», el patriarcado en el imperialismo

La necesidad del trabajo doméstico fuera del mercado para el capital fue fundamental en los inicios de la Revolución industrial. Sin embargo, a medida que el

imperialismo se consolida y las trabajadoras de los países imperialistas pasan una mayor cantidad de tiempo en su puesto de trabajo, se ve cada vez más necesario que el trabajo doméstico se mercantilice y surjan nuevos negocios. Así, surge un nicho de mercado para las empresas de todo el mundo, cuya venta de servicios se orienta siempre a los centros donde se pueden consumir.

INICIATIVA COMUNISTA¹³

Es innegable que desde la expansión del imperialismo a casi todos los lugares del planeta se ha ido percibiendo una serie de cambios en el papel de las mujeres en la sociedad y, también, que estos cambios se han dado de manera desigual en términos globales. La estructura familiar y la ideología patriarcal se han amoldado al capitalismo de manera orgánica y aunque cumplan, a grandes rasgos, la misma función en cualquier parte del mundo, notamos también contradicciones en ese amoldamiento, contradicciones que presionan constantemente al sistema a reajustar y pulir las piezas del engranaje para poder resistir el peso de la historia. Una de ellas es la que existe entre la necesidad del capitalismo de explotar a las mujeres en el ámbito de la producción, incorporándolas al trabajo asalariado, y el requisito de que continúen reproduciendo a la vez la fuerza de trabajo, en particular la suya propia, la de los hombres y la de la familia como unidad, con el parto y la crianza de los hijos.¹⁴

Ahora la pregunta es: ¿cómo se concreta esto en los países periféricos y en los centros imperialistas, si decimos que se manifiesta de manera desigual? Como ya hemos comentado, la periferia soporta más de la mitad de la producción mundial y la mayoría de esta mano de obra está compuesta por mujeres, así que ¿cómo es posible que sigan cumpliendo ese papel reproductivo en condiciones de explotación asalariada tan extremas, semejantes a las del siglo XIX en Inglaterra?¹⁵ ¿Cómo hace la familia para no tender a la desintegración como sí parece que ocurre en los centros imperialistas, tal y como indica Waters?¹⁶ John Smith, gracias a Rakhi Sehgal,

13 Iniciativa Comunista, «El trabajo doméstico», 2018 (<http://www.iniciativacomunista.org/documentos/1143-el-trabajo-domestico>).

14 Antoine Artous, *Los orígenes de la opresión de la mujer. Sistema capitalista y opresión de la mujer*, Ciudad de México, Fontamara, 1978, pp. 80-81.

15 Silvia Federici, *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012, p. 58.

16 Mary-Alice Waters, «The Capitalist Ideological Offensive Against Women Today», en Joseph Hansen, Evelyn Reed y Mary-Alice Waters (eds.), *Cosmetics, Fashions, and the Exploitation of Women*, Nueva York, Pathfinder Press, 1992.

12 FMC, óp. cit.

argumenta que «los costos de la reproducción social son asumidos por una familia más extensa y una economía informal más amplia», lo que hace posible esos salarios tan bajos propios de los países imperializados¹⁷.

En Occidente, parece patente en los últimos tiempos una tendencia a la «descomposición creciente de la familia como lugar de producción de bienes y servicios para el consumo individual y familiar», como ya apuntaba Artous hace algunas décadas.¹⁸ Los flujos de superplusvalía hacia los centros son muy probablemente los responsables de gran parte de los fenómenos de la llamada «Segunda Transición demográfica», como pueden ser el aumento de las relaciones sexo-afectivas fuera del matrimonio, el descenso de la natalidad y maternidad, la reducción del tamaño de la familia, etcétera,¹⁹ los cuales hacen que parezca que, aquí, el modelo de familia nuclear heterosexual en lo material «se mantiene más como un referente que como una realidad».²⁰ Se explicaría así la paradoja aparente de que los blancos, aun siendo más ricos, tienen menos hijos. Al final, la crisis de natalidad que tanto aterroriza a nuestros «defensores de Europa» también tiene que ver (curiosamente) con los cambios producidos por el imperialismo, con sus repercusiones en la familia y en la situación relativa de las mujeres en Occidente.

Al fin y al cabo ese miedo a la crisis de la familia occidental tiene un sentido material, ya que, en general, el pequeño burgués medio tiene interés en la explotación de las mujeres (y muchas veces de los hijos) como un pilar básico del negocio familiar. Por ello, tiende más a defender ciertos valores reaccionarios fruto de estas condiciones materiales. Para él, la mujer ideal realizaría tanto el trabajo reproductivo como uno productivo, pero siempre ligado a su familia como pequeña empresa, aparte de como institución patriarcal reproductora de esos valores. No es así en el caso de la gran burguesía monopolista, dirigente de una producción social inmensa y cuyo interés precisamente es el de aumentar a toda costa la fuerza de trabajo a explotar, aunque también se beneficie de la familia como reproductora de la fuerza de trabajo y de ideología. Además, se aprovecha del patriarcado para, entre otras cosas,

feminizar la producción y así aumentar la tasa de explotación, pero no está interesada en una reducción de la segunda jornada laboral (asalariada) de las mujeres. Al menos no mientras no peligren los fundamentos del sistema, en cuyo caso se verá forzada a apoyar proyectos que promuevan esta reclusión de las mujeres al trabajo reproductivo, como el fascismo, pues en ocasiones son la única esperanza del imperialismo para seguir con vida.

La crisis del imperialismo, de crisis económica a crisis política

Una vez desarrollados los puntos anteriores, podemos intentar sintetizar cuál es concretamente el caldo de cultivo que se ha generado en este periodo de crisis imperialista. Las contradicciones inherentes al sistema que hemos comentado han desembocado en algunas tendencias globales. En primer lugar, como ya dejamos caer líneas atrás, la explotación imperialista de la periferia y las guerras imperialistas asociadas generan éxodos masivos desde la periferia hacia los centros de población desesperada en búsqueda de una vida que les ha sido robada. Según Médicos Sin Fronteras (MSF), los tres grandes éxodos contemporáneos son el provocado por la guerra de Siria, la migración de Sudán del Sur —causada por el sangriento conflicto que ha atravesado ya varias etapas, largas décadas y que lleva miles de víctimas a sus espaldas— y el éxodo de México, que canaliza la migración masiva de latinoamericanos hacia Estados Unidos.²¹ La burguesía compradora latinoamericana, al servicio del imperialismo, es la administradora directa de los males que causan estos éxodos masivos, como la gran desigualdad económica y la consecuente falta de oportunidades, o la delincuencia organizada o desorganizada, en gran parte generada por el mercado de la droga, dominado casi en su totalidad por intereses norteamericanos.²²

En cualquiera de estas tres grandes migraciones (que solo son las mayores según MSF, no las únicas) se puede ver, más o menos a simple vista, el rastro imperialista. Quizás el caso latinoamericano o el de la Guerra de Siria son muy evidentes, pero el conflicto de Sudán del Sur es otra negra página en la

17 John Smith, *Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation, and Capitalism's Final Crisis*, Nueva York, Monthly Review Press, 2016, p. 131.

18 Artous, óp. cit., p. 79

19 Adela Garzón Pérez, «Cambios políticos y sociales de la familia», en *Psicología Política*, n.º 49, noviembre de 2014, pp. 44, 46 y 49.

20 Anastasia Téllez y Javier Eloy Martínez Guirao (coords.), *Sexualidad, género, cambio de roles y nuevos modelos de familia*, Elche, Universidad Miguel Hernández, p. 41.

21 MSF (Agus Morales, Anna Surinyach y Quim Zudaire), *Éxodos. Grandes movimientos de población del siglo XXI y sus protagonistas: el refugiado, el desplazado y el migrante* (<http://exodus.msf.org/es/index.html#home>).

22 Butch Lee y Red Rover, *Night-Vision: Illuminating War & Class on the Neo-Colonial Terrain*, Sidney y Tokio, Vagabond Press, 1998, pp. 95-96.

Migrantes en países imperialistas según países de origen (millones)

DESTINO	NACIONES DE ORIGEN											
	Mundo			Naciones imperialistas			Países pertenecientes al COMECON (Europa central Asia central)			Sur Global		
	1990	2000	2013	1990	2000	2013	1990	2000	2013	1990	2000	2013
Europa	24,5	32,6	50,1	10,2	11,2	13,5	3,2	7,3	13,5	11,1	14,0	23,2
E.E.U.U	23,3	34,8	45,8	5,0	4,7	4,4	1,8	2,2	2,5	16,5	27,9	38,8
Japón	1,1	1,7	2,4	0,1	0,1	0,2	0,0	0,0	0,0	1,0	1,6	2,3

Fuente: Naciones Unidas, Tendencias de la migración internacional: Migrantes según Destino y Origen, POP/DB/ MIG/Stock/Rev.2013.

Europa comprende Bélgica, Islas del Canal, Chipre, Dinamarca, Islas Feroe, Finlandia, Francia, Alemania, Gibraltar, Grecia, Islandia, Irlanda, Isla de Man, Italia, Liechtenstein, Luxemburgo, Malta, Mónaco, Países Bajos, Noruega, Portugal, San Marino, España, Suecia, Suiza, Reino Unido. La columna llamada «naciones imperialistas» incluye todos los anteriores más Australia, Canadá, Israel, Japón, Nueva Zelanda y Estados Unidos.

Fig. 2: Elaboración propia a partir de John Smith, *Imperialism in the Twenty-First Century*, p. 111.

historia de África y en la que tampoco se han podido ocultar del todo los intereses imperialistas por el petróleo.²³

Las cifras son desoladoras: MSF habla de tres millones de refugiados sirios a finales de 2014 y 1,7 millones de desplazados a raíz del conflicto de Sudán del Sur. De todos estos millones de personas desplazadas alrededor del mundo es comprensible que muchas elijan Europa como destino.

Según la IOM (International Organization for Migration), a finales de 2015, la Unión Europea recibió más de 1,2 millones de solicitudes de asilo, más del doble que en 2014 (563,000). Indican además que el aumento en 2015 se debió sobre todo a solicitudes de asilo de sirios, afganos e iraquíes.²⁴

Pero sobre las tendencias migratorias globales hay un debate intenso, como cabría esperar. Algunos autores, como Deepak Nayyar, hablan de una disminución de la migración de Sur a Norte desde los años setenta debido a las leyes antiinmigración de los países occidentales,²⁵ pero hay matices. En «el período 2000-2013 [...], los

migrantes europeos nacidos en el Sur global aumentaron un 65%».²⁶ Aun así, basta observar un poco el cuadro (fig. 2) para comprender que, aunque existan subidas y bajadas según las décadas y los países de destino, existe una presión general que obliga a la migración de Sur a Norte, como ya comentamos.

Aun con todo esto, las migraciones globales no son relativamente tan extremas y para nada unidireccionales de Sur a Norte como las pintan las teorías conspirativas neonazis, ya que, dependiendo del año, existen en la misma o en mayor medida migraciones Sur-Sur.²⁷ Sin embargo, las migraciones Sur-Norte constituyen una realidad y nuestra labor por tanto no es negarlas, si no conseguir explicarlas como fruto necesario del desarrollo del imperialismo. Este hecho es un pilar fundamental en el que se basan los proyectos de extrema derecha europeos para acumular votos y seguidores. La propaganda antiinmigración, centrada en el señalamiento de los migrantes pobres y relacionada o no con la denuncia, explícita o implícita, de una supuesta tendencia innata

23 Aníbal Garzón, «Referéndum en Sudán: el conflicto imperialista ocultado», *Kaos en la Red*, 2011.

24 IOM, *Global Migration Trends Factsheet*, 2015 (<http://gmdac.iom.int/global-migration-trends-factsheet>).

25 Smith, *óp. cit.*, p. 109.

26 *Ibíd.*, p. 110.

27 «Los flujos migratorios Sur-Sur (en los países en desarrollo) siguieron creciendo en comparación con los movimientos Sur-Norte (de países en desarrollo a desarrollados): en 2015, 90,2 millones de migrantes internacionales nacidos en países en desarrollo residían en otros países del Sur Global, mientras que 85,3 millones nacidos en el Sur residían en países del hemisferio Norte». IOM, *óp. cit.*

de algunas «razas» a la delincuencia o al terrorismo,²⁸ representa un elemento aglutinador en la mayoría de programas de extrema derecha europeos, y la pólvora de estas opciones políticas es la PB y gran parte de la aristocracia obrera blanca.

La recesión y los procesos de proletarización producen en esta PB blanca temor a perder sus privilegios económicos y su estatus social. Toma conciencia, falsa o no, de que ella es la única burguesía nacional, pues los monopolios originarios del país ya no son nacionales, el grueso de su producción se ha trasladado a la periferia y su patria es el dinero.²⁹ Por ello la PB rechaza al extranjero llamándolo «aliado» de la gran empresa en contra de la «identidad nacional», ya que a los monopolios sí que les interesa la mano de obra migrante, a la que puede explotar aún más por su «raza», categoría que el propio imperialismo ha redefinido previamente. El sentimiento nacional se ve exacerbado como defensa de la independencia nacional contra un «enemigo externo»³⁰ y oculta las diferencias de clase que se hallan en el origen de esas migraciones. La PB blanca ejerce de puente entre la clase obrera y el monopolio y en épocas de crisis «económica» cobra sentido como elemento reaccionario, cuando sus intereses son parcialmente contrapuestos a los de la gran empresa. Esa contraposición se torna en su contrario en los contextos de crisis revolucionaria, cuando estos dos grupos alinean sus intereses y los monopolios deben elegir entre fascismo y revolución.

Un segundo punto que ya comentamos previamente es el de las transformaciones de la familia. Veremos a continuación cómo la mayoría de proyectos de extrema derecha hacen especial hincapié en la conservación e importancia de la familia nuclear patriarcal para el sostenimiento de cualquier sociedad o nación. Desde los proyectos más nacional-católicos hasta los más cercanos a lo

nacional-revolucionario o nacional-socialista coinciden en la defensa de la familia nuclear y el papel maternal de las mujeres como algo natural e indispensable para conservar la identidad nacional.³¹

No debería impactarnos demasiado esta reacción cuando, como hemos comentado anteriormente, estos cambios de la familia en Occidente no benefician a la PB, que se ve una vez más entre la espada y la pared. Más importante que estos cambios son los movimientos feministas que esta contradicción de género provoca. Estos se han ido extendiendo de manera masiva en los últimos años, han enarbolado un discurso que va frontalmente en contra de esta forma tradicional de familia y han cuestionado los pilares que la sustentan, como la esclavitud de la maternidad, y que forman parte del papel reproductivo asignado a las mujeres históricamente dentro de la familia nuclear. Estos movimientos están objetivamente en el punto de mira, implícita o explícitamente, de todo el espectro ultraderechista.

II. Defend Europe. La extrema derecha tras la última crisis del capitalismo

Cada ascenso del fascismo da testimonio de una revolución fallida.

WALTER BENJAMIN³²

La caída del Muro de Berlín en 1989 supuso el inicio oficioso de lo que fue una barra libre en medio mundo para el proyecto neoliberal de la burguesía imperialista occidental. Las clases dominantes del «mundo libre» ya podían apropiarse económicamente del resto de pueblos de la periferia mundial en nombre de la «exportación de la democracia», no sin un buen derramamiento de sangre, para garantizar «la Libertad» y otro tipo de exportación paralela: la de capitales. El bloque socialista cayó y con él caería momentánea y paulatinamente la amenaza comunista, sepultada diligentemente en Europa por el eurocomunismo, representado por todos los partidos comunistas de Europa occidental y su reformismo, templado durante la

28 Liga Norte, *Programma di Governo*, 2018, pp. 6-7.

29 J. L. R. Jiménez, *La extrema derecha Europea*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 18 y 19. Aunque los cambios asociados a la transición del capitalismo premonopolista al imperialismo no sean extrapolables a la actualidad, sí lo son las consecuencias económicas para la PB, que hoy en día son prácticamente las mismas.

30 «Centrarse en el “frente oriental” es incorrecto: Rusia no es una amenaza militar creíble, sino un socio potencial para la OTAN y la Unión Europea. Hay más factores de inestabilidad en el Mediterráneo: extremismo islámico, flujos migratorios masivos, fallas del estado, tensiones entre los poderes regionales. [...] La contención de la amenaza yihadista debe considerarse un objetivo prioritario», Liga Norte, óp. cit., pp. 22-23.

31 «La familia, como una asociación entre un hombre y una mujer con hijos en común, es el núcleo natural que mantiene unida a una sociedad que funciona, y que, con la solidaridad de las generaciones, apuntala nuestra sostenibilidad», FPÖ, *Party Programme*, 2011, p. 3.

32 Walter Benjamin, *Sobre el concepto de Historia* (1940), en *Obras*, libro I, vol. 2, Madrid, Abada, 2008.

segunda mitad del siglo xx.

Tomando este contexto en consideración, ahora podemos comprender incluso mejor aquella frase de Benjamin que escribió en plena Segunda Guerra Mundial, con el matiz de que en los últimos tiempos no solo no ha habido una revolución fallida, sino que ni siquiera ha habido ningún intento considerable. El paraje desolador que ha dejado el revisionismo a nivel internacional ha desarmado ideológica y políticamente al proletariado,³³ lo que allana mucho más el camino a cualquier clase de idea reaccionaria, por pequeña que sea, que solo sentirá una oposición inmediata, mas no a largo plazo. Esto explica también por qué en la actualidad el anticomunismo no es uno de los puntos centrales de ningún programa populista de derechas, aunque se use de manera interesada y propagandística el cliché burgués de «comunismo = muerte» para descalificar a adversarios en los debates políticos. Esto sin embargo no es así en ciertos partidos neofascistas, que sí señalan de manera más explícita al marxismo desde teorías conspirativas elaboradas que hablan de un «marxismo cultural» y demás «contubernios judeomasónicos»; estos discursos no obstante no es que tengan mucho éxito por el momento, como se observa fácilmente.

A continuación analizaremos la nueva ola de extrema derecha que pasea por Europa a raíz de las condiciones materiales que hemos comentado.

«¿Europa despierta?». Las líneas generales de la nueva extrema derecha

Debemos aclarar cuanto antes que no consideramos que los populismos de derecha y el neofascismo sean lo mismo. Aunque exista un hilo ideológico conductor en su formación, existe también un salto cualitativo que es necesario tener en cuenta para distinguirlos. Consideramos el populismo de derechas como la parte más reformista del fascismo, la cual comparte a grandes rasgos los sueños nacionalistas y supremacistas del fascismo clásico (una nación identitaria conformada solo por nativos), pero rechaza su pseudoanticapitalismo, su legado histórico y la tendencia al expansionismo imperialista, al menos a nivel discursivo. Además,

el populismo de derechas es especialmente tajante con muchos de los clichés del fascismo aceptados socialmente como «malos» por la moral burguesa para lograr la aceptación dentro de los parlamentos europeos. En contraste, el neofascismo enarbola el legado histórico de los líderes fascistas clásicos y su práctica (ofensiva y expansionista), es explícito en su pseudoanticapitalismo racista y conspiranoico y, además, pregona abiertamente su rechazo a las instituciones burguesas como parte del sistema «antiblanco» o «antinacional».

Tratar estas dos manifestaciones (populismo de derechas y neofascismo) como idénticos puede suponer un lastre a la hora de entender la dialéctica de las contradicciones internas de esta nueva ola reaccionaria, las cuales tienen gran importancia a la hora de adaptarse al contexto político y económico de cada país. A su vez, dicho tratamiento puede generar dificultades para comprender las contradicciones externas de estos movimientos con el resto del espectro político. Para hablar de populismo de derechas y de neofascismo como conjunto, nos referiremos a ellos como *extrema derecha* o *ultraderecha* (en vez de *fascismo*), para que no haya confusiones entre fascismo (o extrema derecha) como conjunto y neofascismo como una parte de él.

¿Cómo pudo el FPÖ austriaco pactar con los socialdemócratas en algún momento de su historia? ¿Cómo explicamos que Liga Norte reserve un apartado de su despreciable programa a hablar de violencia de género y contemple el feminicidio mientras Casa Pound, que en su propio programa contiene un apartado denominado «Tiempo de ser madre», les ha apoyado públicamente?³⁴ Hablar metafísicamente e identificar populismos de derecha y neofascismos puede hacer que no comprendamos bien las tácticas y los enlaces contradictorios entre los sectores más fascistas del espectro europeo y los más liberales, los cuales funcionan como correa de transmisión para el despliegue real de las ideas más reaccionarias en el escenario político de la Europa del siglo XXI.

Mientras el partido populista estereotípico en Europa se declara abiertamente liberal y democrático, aunque conservador, el partido más abiertamente

33 Iniciativa Comunista, *Documentos del IV Congreso*, p. 4.

34 Lorena Pacho, «El nuevo fascismo italiano se queda fuera del Parlamento», *El País*, 5 de marzo de 2018 (https://elpais.com/internacional/2018/03/05/actualidad/1520204698_644618.html).

País	Partidos	Fundación	Posición en el Parlamento	Escaños/ total	% de Parlamento	Variación desde penúltimas elecciones (puntos % de voto)
Austria	Partido de la Libertad (FPÖ)	1956	Terceros; en el gobierno	51/183	27,9%	4,1 de 21,9% (2015) a 26% (2017)
Alemania	Alternativa para Alemania (AfD)	2015	Terceros	92/709	13%	De 0 (2016) a 15,72% (2017)
Reino Unido	UKIP	1993	-	1/650	0,15%	9,5 de 3,1% (2010) a 12,6 (2015)
Polonia	Ley y Justicia (PiS)	2001	Primeros; en el gobierno	235/460	51,1%	26 de 34,1% (2011) a 60,2% (2015)
	Kukiz15	2015	Terceros	42/460	9,1%	
Suecia	Demócratas de Suecia (SD)	1988	Terceros	62/349	17,7%	4,7 de 12,9% (2014) a 17,6% (2018)
Holanda	Partido por la Libertad (PVV)	2006	Segundos	20/150	13,3%	3 de 10,1% (2012) a 13,1% (2017)
Dinamarca	Partido Popular de Dinamarca (DF)	1995	Terceros	37/179	20,7%	8,4 de 12,3% (2011) a 20,7 (2015)
Finlandia	Verdaderos Finlandeses (PS)	1995	Terceros	38/200	19%	-0,5 de 19,5% (2011) a 19% (2015)
Francia	Frente Nacional (FN)	1972	-	8/557 P.E. 23/74	1,44%	1,04, de 0,35% (2012) a 1,39% (2017) E.P. 33,90% (2017)
Grecia	Amanecer Dorado (XA)	1985	Cuartos	16/300	5,33%	0,33 de 5,67% (2015) a 6,99% (2015)
Italia	Liga Norte (LN)	1991	Terceros	125/630	19,8%	13,32 de 4,08% (2013) a 17,4% (2018)
	Casa Pound (CP)	2003	-	0	0	0,8 de 0,14% (2013) a 0,94% (2018)
España	Falange Española de las JONS (FE-JONS)	1976 (refundación)	Sin repercusión	0	0	0,03 de 0,01% (2011) a 0,04% (2016)
	Ciudadanos (C's)	2006	Cuartos	32/350	9,14%	De 0 (2011) a 13,94% (2015) y 13,06% (2016)
	Partido Popular (PP)	1989	Primeros	134/350	38,3%	De 44,63% (2011) a 33,01% (2016)

Tabla 1. Fuentes: páginas oficiales de los Parlamentos de cada país, *El País*, *El Mundo* y *El Confidencial*. P.E. = Parlamento Europeo; E.P. = Elecciones presidenciales. En el caso de los sistemas bicamerales se indica solo la composición de la cámara baja.

fascista se adscribe a una llamada «tercera ideología» y ataca por igual, al menos discursivamente, el sistema parlamentario liberal y el «internacionalismo comunista» como enemigos de la nación. A su vez, los partidos neofascistas parecen mostrar una tendencia al alza en las regiones de Europa donde la crisis económica y la tasa de inmigración son más acusadas, como en Grecia o Italia.

Ambas tendencias, populismos y neofascismo, se condicionan y se complementan en un proceso dialéctico que se adecúa a las condiciones materiales de la crisis en la Europa actual y precisamente es ese devenir contradictorio lo que ha producido que se hayan adaptado bastante bien gracias unos discursos más o menos explícitos dependiendo del contexto regional. Ejemplo de esto es el hecho de que en algunos países se esté dando una filtración y asunción clara de determinadas ideas y líneas políticas —propias de los populismos de derechas— en los partidos conservadores tradicionales,

como está ocurriendo en Austria o Reino Unido,³⁵ lo que normaliza cada vez más ideas racistas y chovinistas y prepara el terreno para la organización de las formaciones neofascistas.

Además, debemos tener en cuenta que más de un siglo de imperialismo ha hecho que la extrema derecha como fenómeno se haya diversificado tanto en formas como en grados, cosa que se puede apreciar por todo lo comentado anteriormente y que hace todavía más difícil en la etapa actual una síntesis de características comunes, si bien no son imposibles de rastrear.

35 Manès Weisskircher y Matthew E. Bergman, «Austria's Election: Four Things to Know About the Result», LSE, 2017 (<http://blogs.lse.ac.uk/europpblog/2017/10/16/austrias-election-four-things-to-know-about-the-result/>), y Javier López Alós, «Más allá de UKIP: el populismo en el Reino Unido», *CTXT*, 14 de diciembre de 2016 (<https://cxtx.es/es/20161214/Politica/10015/Brexit-populismo-UKIP-Farage-Thatcher.htm>). Véase el grado de consenso entre el partido conservador ÖVP y el FPÖ en Austria en torno a las medidas antiinmigración o la concordancia de entre el Partido Conservador británico y el UKIP entorno a *brexit* y la inmigración, entre otros temas.

En las siguientes líneas intentaremos sintetizar los aspectos comunes de todos los proyectos de extrema derecha, pero siempre teniendo en cuenta que son esas contradicciones internas las que permiten la plasticidad necesaria para que los populistas de derecha y el neofascismo se puedan presentar como una alternativa política real en épocas de crisis.

* * *

Un primer vistazo al panorama parlamentario europeo nos hace darnos cuenta inmediatamente de que algo ha cambiado en el continente. En todas las cámaras de las «primeras democracias occidentales» vemos crecer «como setas» partidos con nombres que recuerdan al medioevo, como Ley y Justicia, y otros con nombres tan originales como alarmantes, como Amanecer Dorado. Independientemente de estas anécdotas, lo que predomina en estos partidos son los nombres demagógicos —Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), Demócratas de Suecia (SD), Alternativa para Alemania (AfD), etcétera—. ¿Pero qué es lo que causa que estos nombres hagan tanto daño a la vista a cualquier obrero u obrera mínimamente consciente? Exacto, su política.³⁶

Las ideas xenófobas, los discursos identitarios, las críticas a la llamada «ideología de género» y el resentimiento hacia las políticas de la Unión Europea de los últimos tiempos han crecido de manera efervescente en los últimos años. Ya no se puede esquivar el análisis diciendo que la razón de su crecimiento es que son «nuevos partidos» y que por ello atraen a un electorado desorientado, porque exceptuando a AfD y Kukiz15, la mayoría de los partidos existen desde antes de la actual crisis de 2008 y algunos incluso desde el siglo pasado.

¿Pero cuál es el secreto del éxito de estos proyectos?, ¿qué atrae tanto de su programa? En el auge de la extrema derecha intervienen varios factores internos.

Antes de pasar al desarrollo de estos factores hemos de mencionar que en este artículo no se trata específicamente el caso del Estado español, que creemos que merece un análisis monográfico y más detallado debido a sus particularidades. Aun así, debemos recalcar que, *grosso modo*, sí se puede decir que

³⁶ Hay que advertir que en la tabla y en el mapa se representa solo el grado de ocupación de los parlamentos de los partidos de ultraderecha, pero nada más. Amanecer Dorado o Casa Pound pueden tener poca o ninguna representación parlamentaria, pero sus líneas políticas son mucho más explícitamente fascistas y, aun así, están consiguiendo un apoyo bastante significativo a nivel extraparlamentario.

la mayor particularidad del Estado español viene dada por la cuestión nacional, problema derivado del periodo de la dictadura franquista y de la posterior *falsa* transición española. Este es el eje principal desde el que se articula el discurso efectivo y movilizador a nivel de masas de la extrema derecha española, el cual aglutina desde el populismo de derechas, como el que representan Ciudadanos y parte del Partido Popular, hasta ideologías nacional-socialistas o nacional-revolucionarias como las de Hogar Social y otras formaciones cercanas. Esto no quiere decir que no esté presente la cuestión migratoria en el Estado español ni tampoco que no exista el racismo a ella asociado; simplemente quiere decir que el discurso racista no se ha convertido aún en un discurso de masas efectivo para la extrema derecha como sí ha ocurrido en el resto de Europa porque su papel ha sido en parte sustituido por la cuestión nacional. El enemigo número uno de «España» son los separatismos antes que los extranjeros o el islam. Esto además trae un peligro asociado, ya que está ejerciendo de lanzadera para la extrema derecha española en su conjunto y para el neofascismo en particular (Democracia Nacional, Alianza Nacional u Hogar Social, entre otros), que es profundamente racista y que promociona su imagen a través de la cruzada por la unidad de España, una línea de masas muy efectiva.

«Europa primero». De la preferencia nacional a la islamofobia

El nacionalismo no es algo desconocido, y menos en Europa; de hecho, se podría decir que es una de las ideas más viejas del sistema actual, forjada en la transición del feudalismo al capitalismo por una PB incipiente que tomaba conciencia de su identidad a través de la internacionalización del comercio. Sí se puede considerar que el racismo y la xenofobia son ideas más recientes, o que han sido redefinidas en etapas posteriores del desarrollo del capitalismo, pero no dejan de ser algo de sobra conocido. Si bien estas ideas son tremendamente familiares, su manifestación concreta actual no lo es tanto. Si pudiéramos ver juntos todos los lemas o consignas que esgrimen estos partidos ultraderechistas y neofascistas, la palabra *primero* sería la más repetida: «Austria primero», «Francia primero», «Alemania primero»... Y es que estas consignas aglutinan a todos los movimientos y partidos, desde los más nacional-socialistas hasta los más liberales.

La idea de la «preferencia nacional» tiene origen en el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen, padre de Marine Le

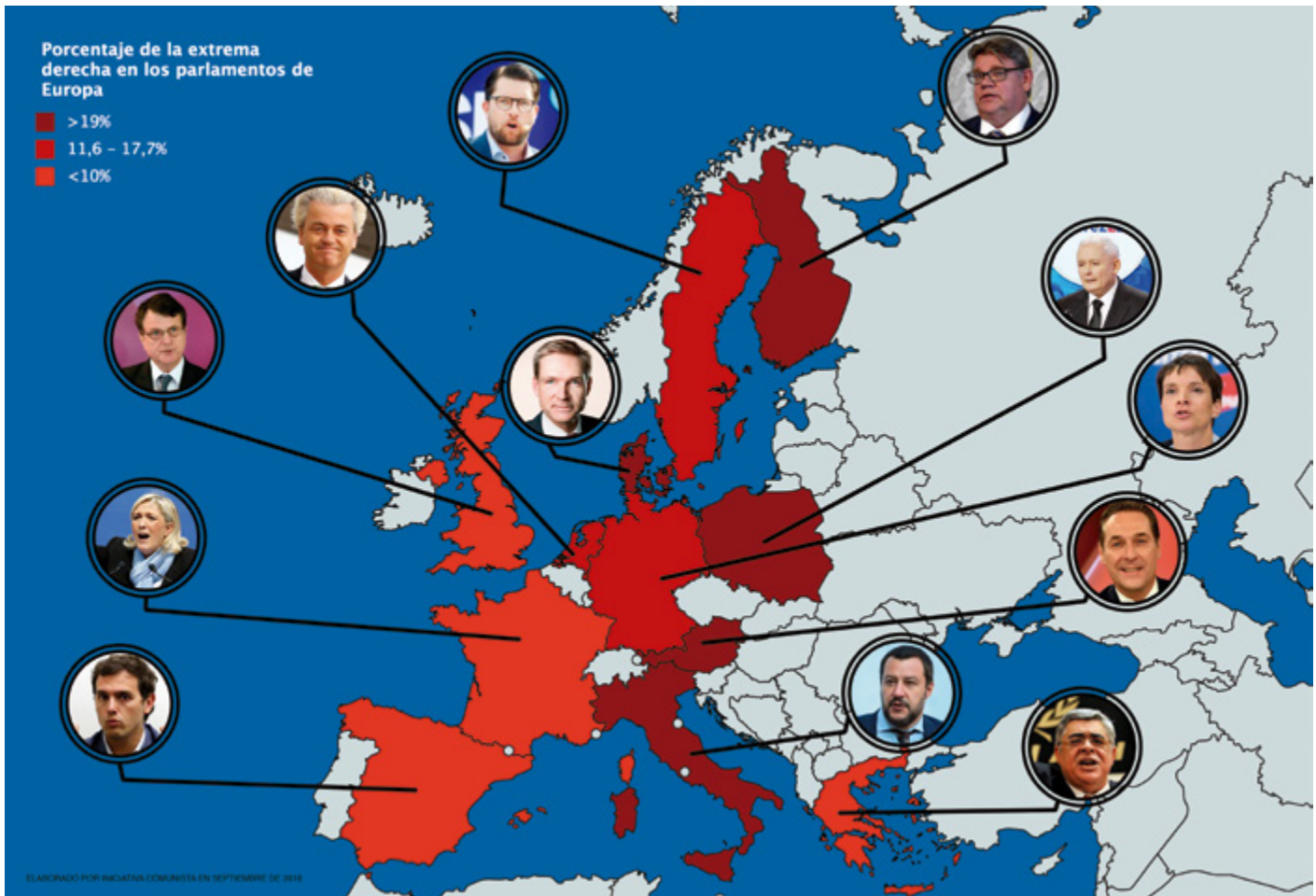


Fig. 3 : Elaboración propia a partir de Tabla 1. El color del Estado español puede variar dependiendo de la consideración que se dé al Partido Popular.

Pen, actual líder del partido,³⁷ y es un ejemplo claro de que toda afirmación es una negación. Aparte de las medidas populistas que apelan a la democracia directa, al fortalecimiento de la economía nacional, al apoyo a las familias nacionales y contra la crisis de natalidad,³⁸ todas las demás propuestas que se derivan de esta premisa de la preferencia nacional van encaminadas a la culpabilización y demonización de los inmigrantes trabajadores y a su negación como humanos; se les achaca el grueso de los problemas de la nación, como el paro de los nativos, la delincuencia organizada, el tráfico de drogas y el terrorismo,³⁹ algo que cobra especial importancia desde 2001, con el giro de la política exterior estadounidense tras el 11 de septiembre.

Este giro representa tan solo la formalización de una serie de políticas que ya se venían aplicando en el proceso de

37 Un ejemplo lo podemos encontrar en el programa electoral del Frente Nacional en 1997. Véase Jiménez, *óp. cit.*, p. 87.

38 Liga Norte, *óp. cit.*, p. 51, y AfD, *Programa en español*, 2016, p. 37.

39 Liga Norte, *óp. cit.*, pp. 7-8, y AfD, *óp. cit.*, 2016, p. 50.

sustitución del comunismo como enemigo del «mundo libre».⁴⁰ La irrupción del wahabismo moderno como arma estrella del imperialismo norteamericano es algo que abonó aún más el terreno para el resurgir de las ideas racistas y xenófobas en Europa y en general en todo Occidente. Esta especie de ideología sintética no es un arma nueva y hunde sus raíces en el imperialismo británico de principios del siglo XIX y sus escaramuzas con el Imperio Otomano.⁴¹ El momento culmen del wahabismo contemporáneo llegó recientemente, con la creación del Estado Islámico, fruto de la escisión y reorganización de distintas ramas de Al Qaeda en Oriente Medio y la financiación con algún que otro millón de origen occidental y saudita. El propósito no era nuevo: desestabilizar los gobiernos de la zona. Esta vez le tocó a Siria.

El Estado Islámico y sus diversos atentados han sido el foco alrededor del cual se han ido construyendo las cruzadas

40 Jiménez, *óp. cit.*, p.93.

41 Jean-Michel Vernochet, «¿Es musulmán el wahabismo?», 2015 (<http://www.voltairenet.org/article186380.html#nh2>).

nacionalistas de gran parte del espectro político de la derecha en Europa. La radicalización de los discursos en materia antiterrorista no es algo exclusivo de la extrema derecha, pues incluso se ha ido filtrando de forma exitosa en gran parte del resto de partidos parlamentarios de cualquier país europeo, siempre junto a la consiguiente necesidad de medidas antiinmigración.⁴²

Evidentemente el antijudaísmo aparece asociado al nazismo, lo que es una mala carta de presentación. En cambio el rechazo al mundo islámico calificado de atrasado y peligroso ofrece una mayor rentabilidad en una coyuntura de notable crecimiento de la inmigración conformada por personas de religión islámica en Europa occidental en donde mantienen sus prácticas religiosas.⁴³

El trinomio *inmigración-islam-terrorismo* es el fetiche de cualquier discurso electoral de esta nueva ola ultraderechista, salvando algunas excepciones. Si hace más de una década ya se utilizaba la bandera de la «preferencia nacional» para sugerir la segregación de los extranjeros y la creación de incentivos para que abandonaran los países europeos,⁴⁴ hoy en día ya no son sugerencias, si no medidas de choque, donde se recoge sin ningún recato la expulsión de los inmigrantes de forma masiva con lemas como «parar la invasión», de la Liga Norte. Además, en el caso concreto de los migrantes musulmanes, los programas también contemplan un amplio abanico de medidas represivas de su cultura y religión, como el control de la construcción y financiación de mezquitas, el registro de los imanes activos, la restricción del uso de velo y el burka, etcétera. Todo ello apelando siempre a la «modernidad Europea» y el respeto a las leyes nacionales.⁴⁵ Del poder de influencia y expansión que tiene la islamofobia en Europa son ejemplo países como Polonia, en el cual el número de inmigrantes musulmanes es ínfimo y, aun así, la escalada de estas ideas ha ido aumentando rápidamente en los últimos años.⁴⁶

42 Véase el Movimiento 5 Estrellas en Italia, el Partido Popular en España o incluso el Partido Comunista en Hungría. «Interview with Gyula Thürmer», <https://www.youtube.com/watch?v=LwsYSLSVF58>.

43 Jiménez, óp. cit., p.79.

44 *Ibíd.*, p. 81.

45 Véanse los apartados sobre inmigración y cultura de los programas de la Liga Norte, AfD y FPÖ. Es curioso el nivel de coincidencia al que llegan estas formaciones respecto a estos asuntos; como ejemplo véase también cómo la Liga Norte habla explícitamente en su programa del «modelo austriaco» (Liga Norte, óp. cit., p. 18).

46 «Understanding Poland's Rally of Hate», *New Socialist*, 29 de noviembre de 2017 (<https://newsocialist.org.uk/poland-2/>).

Una cuestión a destacar es que la mayoría de partidos u organizaciones declaradamente nacional-socialistas o nacional-revolucionarias ven de manera positiva todas estas medidas institucionales, aunque generalmente critiquen lo que según ellos es cierto legalismo o moderación en su aplicación. Se puede ver este punto de vista por ejemplo en los artículos del Movimiento de Resistencia Nórdico (MRN) sobre los Demócratas de Suecia (SD) y en las declaraciones del líder del Partido Nacionaldemócrata de Alemania (NPD) sobre la AfD.⁴⁷ Estas cuestiones nos hacen pensar efectivamente en las conexiones y enlaces que comentábamos anteriormente entre el neofascismo y los populismos. Esta es una muestra de que estos partidos populistas están desarrollando en la actualidad discursos neofascistas de manera exitosa y real. Por echar un breve vistazo a la posición actual de estas políticas, debemos decir que las recientes entradas del FPÖ y de la Liga Norte en los gobiernos de sus respectivos países no han sido precisamente anecdóticas. En el caso de Austria la extrema derecha se ha quedado con los ministerios de Defensa, Exteriores e Interior, básicamente los que pediría cualquier nazi; en el caso de Italia, la Liga Norte se ha llevado Economía, Interior, Educación, Justicia y Familia y Discapacidad, esta última una nueva cartera populista promocionada por ellos.

La xenofobia de estos partidos va estrechamente unida a un chovinismo radical y a una defensa de unos valores occidentales considerados en peligro de extinción por el llamado «multiculturalismo», al que señalan como una de las causas de la fragmentación de los estados. Llama la atención la acusación que hacen estas organizaciones (explicitada por algunas como AfD) cuando argumentan que el multiculturalismo disuelve la comunidad y favorece la aparición de «sociedades paralelas».⁴⁸ Este razonamiento, que es ampliamente compartido por el grueso de los partidos ultraderechistas, es interesante porque acusa a los inmigrantes de los efectos que la segregación capitalista europea provoca en sus propias ciudades, la cual implica la generación de guetos y la acumulación de los migrantes en otras áreas suburbanas marginales. Y llama *aún más* la atención cuando se tiene en cuenta que la teoría del «derecho a la diferencia» y demás variantes de la preferencia nacional en la que se basan estos partidos van en la misma línea segregacionista, pues rechazan la mezcla de culturas como si fuera aberración y como la causante de la degeneración de

47 Véase Simon Lindverg, «Kan Sverigedemokraterna rädda Sverige?», 1 de febrero de 2018 (<http://www.nordiska-motstandsrorelsen.se/?p=312>) y «NPD-Chef Frank Franz zur Alternative für Deutschland (AfD)», 22 de marzo de 2016 (<https://npd.de/nachgefragt-mpd-chef-frank-franz-zur-alternative-fuer-deutschland-afd/>). También véanse las declaraciones de Casa Pound sobre la Liga Norte en *El País*, óp. cit.

48 AfD, óp. cit., y SD, «Vår politik A till Ö», 2011.

unos determinados valores puros y naturales occidentales que se verían «contaminados». Queda reflejada de esta forma la contradicción racial en su estado puro: acusan a los extranjeros de la segregación que ellos mismos han provocado y que además pregonan. Asimismo, acompañan todo su discurso de un miedo al «deterioro» de las culturas occidentales por la mezcla con otras culturas, dando a entender implícita o explícitamente que estas están más atrasadas o son inferiores.⁴⁹ Sin embargo, una cuestión que repiten en la mayoría de los programas es la aclaración de que no están en contra de una «inmigración cualificada»⁵⁰ siempre y cuando sea controlada, lo que muestra la estrecha relación entre su clasismo y su xenofobia. Estas cuestiones son la columna vertebral de su línea política y es donde mejor se puede observar el núcleo racista de esta clase de proyectos que conecta con las capas más acomodadas de la sociedad blanca, como la aristocracia obrera y la PB. Por sus condiciones materiales, estas clases ven claramente al extranjero pobre como un enemigo inmediato luchando por sus mismas oportunidades, alguien más con quien compartir el plato que les está robando el imperialismo.

El Tratado de Maastricht y «la rebelión contra las élites»

Uno de los principales rasgos que más parece asustar a los medios masivos capitalistas cuando tratan el tema de los populismos de derecha en Europa es su euroescepticismo. Este calificativo, que bien podría ser un eufemismo para una clara «oposición a la Unión Europea», es repetido hasta la saciedad por multitud de medios con intenciones difamatorias. Más allá de las intenciones, la realidad es que diez años de crisis económica en Europa han socializado este adjetivo hasta el punto de que actualmente está muy presente en varios programas políticos, tanto de la ultraderecha como de la «izquierda», como se puede observar en los de la nueva socialdemocracia representada por Syriza y Podemos. El espectro de líneas políticas «anti-UE» es muy amplio, aunque siempre tenga un componente de reivindicación de independencia económica y soberanía nacional. La clave deberíamos buscarla en esta pregunta: ¿qué clase está defendiendo esa independencia y soberanía?; o sea, ¿para qué se quiere salir de la Unión Europea y, sobre todo, para quién? El antieuropeísmo de extrema derecha parte objetivamente de un enfoque singularmente

chovinista y vindicatorio del papel de la burguesía nacional del país, cosa que comparte casi al completo con la socialdemocracia, aunque su discurso se centra en avivar los sentimientos chovinistas, xenófobos y sobretodo racistas de la PB y la aristocracia obrera nativa y, según ellos, honesta (que es lo que le distingue de la izquierda occidental europea).⁵¹ Habitualmente, este discurso suele tener más fuerza en países cuya burguesía no ha sabido aprovechar las oportunidades para convertirse en burguesía monopolista de primer orden. En este sentido, también se ve claramente una continuidad con las líneas de masas fascistas clásicas,⁵² solo que aquí el capital extranjero *usurero* que menciona Zak Cope estaría representado por la Unión Europea.

Generalmente, este antieuropeísmo se define orgulloosamente como liberal-conservador, aunque algunas formaciones hagan hincapié en valores conservadores más específicos, como hace el partido polaco PiS con el catolicismo.⁵³ La idea implícita en el calificativo *conservador* va más allá de la defensa de los valores tradicionales clásicos, como la familia nuclear o la religión cristiana. También quiere dar a entender que ellos (los populismos derechistas) encarnan el auténtico liberalismo,⁵⁴ el liberalismo nacional e identitario y, por lo tanto, el verdaderamente democrático,⁵⁵ que se opone al juego sucio de las multinacionales y a su *globalismo*, como diría Le Pen, y que además defiende el Estado-nación y a su auténtico pueblo nativo frente a la inmigración y al capital extranjero, que ponen en peligro esos valores tradicionales.

Más allá de sus argumentos, es evidente que la Unión Europea es un proyecto edificado *por y para* el gran capital. La soberanía de los pueblos queda ampliamente reducida y sometida a las directrices de organismos supranacionales

51 «El socialismo del primer mundo se convierte en populismo de izquierda primermundista. Este último se distingue de su variante de derecha solo por su atractivo menos abiertamente racista y su mayor aprobación del gasto público», Zak Cope, *Divided World, Divided Class: Global Political Economy and the Stratification of Labour Under Capitalism*, Montreal, Kersplebedeb, 2012, p. 296.

52 «Como tales, las denuncias del capital “improductivo” y “usurero”, de las naciones “burguesas” (es decir, las naciones imperialistas dominantes) y de la traición de los trabajadores por el “socialismo” reformista son parte integrante del atractivo fascista», *ibíd.*, p. 294.

53 *New Socialist*, *óp. cit.*

54 López Alós, *óp. cit.*

55 AfD, *óp. cit.*, p. 7.

49 Jiménez, *óp. cit.*, p. 81. Véase también FPÖ, 2011, *óp. cit.*, pp. 5 y 16. También AfD, *óp. cit.*

50 Véase AfD, *óp. cit.*, y SD, *óp. cit.*

controlados por los monopolios financieros.⁵⁶ Esto constituye, evidentemente, un suelo fértil y apto para el crecimiento de este nacionalismo y chovinismo. Aun así, también debemos señalar que no es un signo específicamente moderno ni característico de esta nueva ola, pues en los primeros años del siglo XXI ya se explotaba este discurso de manera excelente.⁵⁷ Si bien no es nuevo, sigue siendo muy exitoso, está muy extendido en la actualidad y, desde luego, es compartido por los grupos neofascistas, aunque sea desde un enfoque conspirativo y mucho más beligerante. En las teorías neonazis se considera a las multinacionales y al marxismo cultural como armas del sionismo mundial dispuestas para eliminar a la raza blanca y sus naciones, y a la Unión Europea se la ve como una herramienta para el genocidio blanco.⁵⁸

Por tanto, uno de los grandes enemigos de la nación para la ultraderecha son las multinacionales y los organismos supranacionales y es la Unión Europea el foco de todos los ataques. Según ellos, la clase política conformada por los partidos tradicionales solo busca el interés personal y no el nacional y, por ello, vende el país a las élites políticas y económicas de Bruselas.⁵⁹ La consecuencia lógica e inmediata de este planteamiento es que se considere la salida de la Unión Europea como el primer paso hacia la independencia económica, lo que en abstracto promueve objetivamente los intereses de la burguesía nacional. Además, esto suele venir acompañado de una amalgama de medidas demagógicas y populistas agrupadas siempre en torno a la idea de «democracia directa», sin, por supuesto, ninguna referencia explícita a las clases sociales o a la contradicción capital-trabajo. La promesa de hacer referéndums al estilo Suizo⁶⁰ sobre los asuntos que según estos partidos son de importancia

capital para la nación es también una constante en los programas populistas, algo que, como ya mencionamos, no es ni mucho menos original, pues ya fue algo común en las anteriores olas.⁶¹

Por último, debemos mencionar aquí un caso excepcional de las relaciones de la extrema derecha con la Unión Europea, que es el caso de Ucrania. Este es un asunto complejo y no resulta sencillo hablar del fenómeno del Euromaidán debido a la clara injerencia de Estados Unidos por ser este un punto estratégico en la frontera con Rusia y en el acceso al Mediterráneo, lo que a su vez, como en parte sucede con Siria, está relacionado con el comercio del gas. Teniendo en cuenta esto, y si bien es cierto que ya existía un contexto adecuado culturalmente para el crecimiento de sentimientos nacionalistas ligados al colaboracionismo nazi, con figuras como la de Stepán Bandera, estos fueron avivados y organizados por esos intereses occidentales en un tiempo récord con una clara orientación antirrusa y proeuropea, algo que se sale de los esquemas euroescépticos que se manejan en la mayoría del resto de países de Europa.

La crisis de natalidad y «la ideología de género»

Si hay una última cuestión que une a todo el espectro ultraderechista es el miedo a la baja tasa de natalidad de los países europeos —siempre en referencia exclusivamente a los hijos de nativos, por supuesto—. Tanto es así que, según la Liga Norte y la AfD, son sus respectivos países quienes tienen la tasa de natalidad más baja de la Unión Europea.⁶² Si acudimos a los datos del Banco Mundial del año 2015, podemos ver que la Liga Norte es quien tiene la razón: Italia está a la cola, con unos 1,37 hijos por mujer, mientras que la media de Alemania es de 1,50. Así queda ejemplificada la fijación enfermiza que tienen estos partidos por la natalidad de las familias occidentales. Si echamos otro vistazo a los programas electorales, veremos que están repletos de medidas económicas de apoyo a las familias⁶³ y en muchos casos tienen claras especificaciones sobre el tiempo de estancia necesario en el país para que una familia sea beneficiaria de subsidios.⁶⁴

56 Véase, en este mismo número, «Una breve introducción a la Unión Europea».

57 «Así los Republicanos [...] han identificado el tratado de Maastricht con el *diktat* impuesto a Alemania por las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, un “Versalles sin armas”», Jiménez, óp. cit., p. 99.

58 Los grupos neonazis y fascistas añaden a toda esta teoría la parte más declaradamente racista y conspirativa. Véase el programa de Amanecer Dorado en su web oficial y Metapedía, «Marxismo cultural», «Unión Europea», «Plan Kalergi» y «Genocidio blanco».

59 AfD, óp. cit., p. 9. Véase también David Morales Urbaneja, «Geert Wilders: la extrema derecha sin complejos en Holanda», *CTXT*, 28 de diciembre de 2016. (<http://ctxt.es/es/20161228/Politica/10237/Geert-Wilders-extrema-derecha-Partido-de-la-Libertad-legislativas-Holanda.htm>).

60 AfD, óp. cit., p. 10.

61 Jiménez, óp. cit., p. 82.

62 Liga Norte, óp. cit., p. 51 y AfD, óp. cit., p. 37.

63 AfD, óp. cit., p. 42.

64 Liga Norte, óp. cit., pp. 51-52, y *New Socialist*, óp. cit.

Haciendo una retrospectiva rápida por la historia de los partidos populistas de derecha más antiguos, pronto hallaremos que la reacción en la cuestión de las mujeres y la familia no es algo nuevo en sus programas, aunque últimamente haya cobrado más importancia debido al problema de la crisis migratoria y del nuevo auge del feminismo. Si hace más de una década Jean-Marie Le Pen y Jörg Haider pudieron ser los más explícitos representantes en lo que a ideas reaccionarias sobre la familia y las mujeres se refiere,⁶⁵ hoy en día esto es algo más difundido entre estas formaciones. Lo que primero se deriva de este miedo extremo a la baja tasa de natalidad es una tendencia a las restricciones en el derecho de aborto o, directamente, su prohibición. Entre los más experimentados en este terreno podemos destacar a los nacional-católicos del PiS,⁶⁶ pero también se pueden observar estas intenciones en la AfD o incluso en el SD.⁶⁷ Es curioso como el FPÖ o la Liga Norte no mencionan el aborto en sus programas, aunque en el caso concreto de Matteo Salvini, el líder de la formación padana, sí que hay indicios de sus posiciones al respecto.⁶⁸

Lo más inquietante de esta reacción a la crisis de natalidad de los centros europeos imperialistas es su gran conexión con las teorías conspirativas neonazis acerca del genocidio blanco, que ya mencionamos líneas atrás. Como es de esperar, esta teoría no es más que un desarrollo y una adaptación moderna del nacional-socialismo y del fascismo clásicos y, en lo que respecta a la cuestión de la natalidad, las líneas son muy parecidas a lo que se venía diciendo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Hablemos claro: ¿qué son cuarenta millones de italianos frente a noventa millones de alemanes y doscientos millones de eslavos? Señores, si Italia quiere contar para algo, debe asomarse al umbral de la segunda mitad de este siglo con una población no inferior a los sesenta millones de habitantes. Si disminuimos, señores, no

65 Jiménez, óp. cit., p. 77.

66 *New Socialist*, óp. cit.

67 «La AfD se dirige contra cualquier tentativa de tratar el aborto como una bagatela, promocionarlo por organismos públicos o incluso declararlo un derecho humano», AfD, óp. cit., p. 45. «Estamos muy preocupados por las altas tasas de aborto», SD, óp. cit.

68 «Llegó incluso a posar desnudo para una revista italiana y puso a la venta sus fotos a través de internet para recaudar ingresos destinados a una ONG contra el aborto», Soraya Melguizo, «Matteo Salvini, el independentista padano que sueña con conquistar Roma», *El Mundo*, 6 de marzo de 2018 (<http://www.elmundo.es/internacional/2018/03/06/5a-9d9a0ae2704e0e7d8b45c7.html>).

haremos el imperio, nos convertiremos en una colonia.⁶⁹

Mientras que en la época de entreguerras era común un discurso más expansionista,⁷⁰ ahora son habituales los alegatos defensivos, muy acordes con la protección de «la identidad y la cultura europeas». ⁷¹ El objetivo de los populismos de derecha ya no es convertirse en un Reich (al menos discursivamente), si no prevenirse numéricamente de no sucumbir ante una supuesta invasión. No se trata de conquistar territorios, si no de mantener o «recuperar» un supuesto *espacio vital* que está siendo perdido. Ni que decir tiene que estas líneas aparentemente autodefensivas parecen fácilmente transformables de nuevo en líneas expansionistas e imperialistas, sobre todo porque ya parten de una concepción igualitarista que equipara la población del Norte y el Sur global y ocultan los privilegios asociados a los centros imperialistas, que provocan que los europeos en general no se vean forzados de igual manera a tener hijos o a emigrar, y mucho menos a hacerlo hacia la periferia mundial.

Pero en el desarrollo de una política de natalidad para los nacionales hay más obstáculos que las familias extranjeras «invasoras». Para empezar, se requiere que las mujeres asuman como una de las tareas fundamentales, si no la más importante, la función de reproducir a la nación y, por tanto, de tener como proyecto vital la formación de una familia heterosexual y monogámica, concebida como única base posible de cualquier Estado.⁷² El último y reciente repunte de los movimientos feministas y LGBTI ha puesto de manifiesto su contraste con estos discursos populistas de derechas, que han reaccionado velozmente, como era de esperar. El movimiento LGBTI o los movimientos feministas son calificados por estas formaciones implícita o explícitamente como antinacionales por ir contra la familia nuclear; un curioso parentesco con los grupos neonazis, los cuales califican a estos mismos movimientos de antiblancos por la misma razón. En este sentido, una de las semejanzas más notables entre los populistas y los neofascistas es la crítica que hacen estos primeros a la «perspectiva de

69 Benito Mussolini, «Discurso ante la Cámara del 26 de mayo de 1927».

70 Jiménez, óp. cit., p. 78.

71 El FN en su programa *Les 144 engagements présidentiels* (2017) solo menciona el problema de la mujer para decir que hay que «luchar contra el islamismo que está haciendo retroceder sus libertades fundamentales», como si el islamismo fuera la causa fundamental de la opresión de las mujeres.

72 AfD, óp. cit., p. 41, y FPÖ, óp. cit., p. 3.



Benito Mussolini

género»,⁷³ que a veces relacionan o utilizan como sinónimo de lo que ellos llaman «ideología de género», más famoso hasta ahora entre el espectro neofascista. Estas críticas pueden ser más o menos evidentes o veladas pero la dirección es clara y es la misma que la señalada por los discursos conspirativos neonazis en general, que acusan a estas perspectivas feministas de favorecer la esterilidad de las naciones blancas.⁷⁴

¿El proyecto de la pequeña burguesía?

Las bases electorales de los partidos [populistas de derechas] son la clase media baja y los trabajadores

73 AfD, óp. cit., pp. 53 y 56; FPÖ, óp. cit., p. 8; y PiS, *Program PiS*, 2014, p. 14.

74 Metapedia, «Genocidio blanco»; «Ideología de género»; «Feminismo».

de cuello azul. La agenda programática en algunos casos (como Dinamarca) es una protesta contra los impuestos, pero sobre todo y en general una fuerte oposición a la inmigración y la integración europea.

ANTON PELINKA⁷⁵

Ha llegado el momento de poner de nuevo el punto de mira explícitamente en las clases sociales. Algunas de las principales preguntas que nos surgen ahora son: ¿es esta nueva ola reaccionaria igual en términos sociales que las anteriores? ¿Implica a las mismas clases sociales? ¿Lo hace en la misma proporción? Estas cuestiones son demasiado amplias y complejas como para responderlas

75 Anton Pelinka, «Right Wing Populism, Concept and Typology», en Ruth Wodak, Majid Khosravi Nik y Brigitte Mral (eds.), *Right-Wing Populism in Europe: Politics and Discourse*, Londres y Oxford, Bloomsbury, 2013, p. 10.



Matteo Salvini

aquí, creemos que es un fenómeno demasiado reciente como para tener una buena perspectiva y, además, solo se podrían abordar correctamente tras un análisis de clase monográfico. Aun así, pensamos que existen bastantes datos y un recorrido histórico del imperialismo lo suficientemente largo como para rastrear las tendencias y contrastar mínimamente las hipótesis enunciadas al principio de este artículo.

Uno de los puntos principales que resumen la introducción es el que afirma que la plusvalía imperialista enriquece a las capas sociales de los países imperialistas que están por debajo de la burguesía monopolista, como la RB, y genera capas privilegiadas dentro de la clase obrera que ahora tienen algo más que perder además de sus cadenas, lo que hace que abracen ideologías racistas, entre otras. Esto se complementa con la migración

Sur-Norte fruto del expolio imperialista que nutre el sentimiento de miedo racista de los países blancos y engrosa las filas de la clase obrera de estos últimos, pero produciendo una división intracase que hace que los trabajos más precarios y con más explotación sean realizados por mano de obra migrante. Hasta aquí el análisis es más bien una panorámica de la DIT y no aporta nada concreto sobre la lucha de clases en Europa. Por esta regla de tres, en Estados Unidos debería haber existido un partido fascista de masas en alguna etapa de su historia y en Australia debería haber pasado algo similar. Pero la realidad nos dice que no, que en Estados Unidos no ha existido este fenómeno y que en Europa se está dando una explosión de movimientos que comparten gran parte de la esencia ideológica de lo que constituyó en el pasado el fascismo clásico. Y esto se debe a que la composición social de ambas regiones imperialistas ni

fue ni es la misma y a que su origen es muy diferente. Como dice Zak Cope citando a Sakai, «fue la presencia de enormes poblaciones superexplotadas en Estados Unidos lo que permitió a ese país resolver la crisis social de los años treinta sin el fascismo introducido en países capitalistas menores o no coloniales como Italia, Alemania, España, Finlandia y Rumanía».⁷⁶ Fueron fundamentalmente la nación negra y las migrantes las que proporcionaron a la burguesía monopolista estadounidense una salida diferente que no pasara por el apoyo al fascismo. Así es como se entiende que la sociedad *yankee* sea transversalmente racista y que la clase obrera blanca tenga íntegramente asumida la ideología colonial fruto del origen histórico del país. Mientras, en Europa tuvo que producirse una redefinición de según qué etnias de la clase obrera, las cuales pasaron a ser «razas inferiores» o lo que es lo mismo: potenciales esclavos listos para nutrir con plusvalía a las clases fascistas, sobre todo a la burguesía monopolista alemana e italiana.

Por tanto, la principal diferencia que existe entre la respuesta estadounidense, británica y francesa a la crisis económica de 1930 y la respuesta alemana o italiana radica en que mientras los primeros podían usar las superganancias obtenidas de sus esferas de influencia coloniales externas e internas (en el caso de Estados Unidos, de la población negra) para comprar la paz social de sus respectivos países, Alemania e Italia solo podían apuntar hacia la conquista de un nuevo imperio⁷⁷ y hacia la creación de ese ejército de esclavos en Europa. El socialista alemán Richard Lowenthal lo resume de forma magistral cuando dice que «el fascismo ejemplifica el imperialismo de aquellos que han llegado tarde a la partición del mundo. [...] Es una forma de imperialismo que no puede operar por medio de préstamos, ya que está muy endeudado, ni sobre la base de la superioridad técnica, ya que no es competitivo en tantas áreas. Es algo novedoso en la historia: un imperialismo de indigentes y en bancarota».⁷⁸ Este imperialismo en bancarota trajo la represión colonial —que se había ejercido durante siglos solo contra los pueblos de la periferia— al centro imperialista y contra los elementos que se habían clasificado como superexplotables (gentes de «razas inferiores», mujeres, etcétera) y, dadas las condiciones

de aquella época (crisis y proletarización), fueron los pequeños propietarios los que desempeñaron el papel ejecutor principal contra el régimen progresista anterior, en el que predominaba la socialdemocracia, contemporáneo a su vez de una coyuntura de avance del comunismo a nivel mundial.

Hoy en día, tras la caída del bloque socialista y el nuevo reparto del mundo, el contexto internacional es diferente. Las ganancias imperialistas son mayores proporcionalmente respecto a hace unos siglos aunque estemos en época de crisis económica global y, si bien la mayoría de los países europeos están en la OTAN, existen diferencias económicas entre un núcleo central económico y una periferia europea, tal y como se trata en otras secciones de este número. Además, no hay todavía grupos o bloques definidos de cara a un posible conflicto bélico interimperialista y las tensiones dentro de las potencias que conforman la OTAN son de momento bastante suaves. En resumen, estamos lejos de la formación de un posible eje como el que surgió antes de la Segunda Guerra Mundial, ya que la distribución imperialista es diferente a la de entonces y el desarrollo de la extrema derecha en Europa es aún primitivo a nivel organizativo. Más importante que esto es el hecho de que estos proyectos no tengan aún un apoyo real de sus grandes burguesías, pues el contexto general no las presiona suficientemente en esta dirección, como sí lo hicieron la URSS y el bloque socialista en la etapa de entreguerras.

Aun encontrándonos en este estado primigenio de desarrollo de estos partidos y movimientos de extrema derecha europeos, los datos de las últimas décadas muestran un cambio en la tendencia de clase que típicamente los acompañaba. Si bien la mayoría de los cuadros dirigentes y militantes de estos partidos han sido pequeños o incluso grandes propietarios y siempre han movilizado exitosamente a sectores amplios de la PB, como era esperable, últimamente se ha notado una incorporación masiva de la clase obrera blanca a estos proyectos, que se refleja sobre todo en apoyos electorales al populismo de derechas.⁷⁹ La panorámica de clase de los votantes de estos partidos no es homogénea y es difícil de rastrear con fiabilidad, pero podemos poner algunos ejemplos que indican que existe una tendencia firme de expansión rápida de estas ideas entre las clases más populares.

⁷⁹ Véase Jack Malone, «Examining the Rise of Right Wing Populist Parties in Western Europe», College of Saint Benedict/Saint John's University, 2014, y Daniel Oesch, «Explaining Workers' Support for Right-Wing Populist Parties in Western Europe: Evidence from Austria, Belgium, France, Norway, and Switzerland», en *International Political Science Review*, vol. 29, n.º 3, 2008.

⁷⁶ Cope, óp. cit., p. 266.

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 295.

⁷⁸ Citado por Cope, *ibíd.*, p. 295.

En las elecciones griegas de 2015, Amanecer Dorado se posicionó como primer y segundo partido en dos de los barrios más humildes y envejecidos de Atenas (el cuarto y el sexto distrito), aunque también recibió el 13,7% de los votos de Kolonaki, uno de los barrios más acomodados de la capital.⁸⁰ En Polonia, por ejemplo, el partido Ley y Justicia experimentó estos últimos años un auge importante relacionado también con una expansión entre las clases en cierto sentido menos acomodadas. Anteriormente, el PiS era mucho más cercano al conservadurismo clásico y estaba anclado en apoyos de clase burguesa, pero en los últimos años ha buscado activamente a los votantes rurales y «abandonados» históricamente por la política metropolitana, lo que se conoce popularmente como la «Polonia B». Esto ha producido que, en términos generales, las personas mayores de ese ámbito rural y con familias más numerosas hayan optado por votar al PiS, pues lo ven como a un salvador y como el primer partido de la capital que les escucha.⁸¹

Respecto al caso de Francia hay bastante literatura, pero no suele llegar más allá de las elecciones presidenciales de 2002 y, además, existen discrepancias entre las fuentes. Algunos estudios sostienen que en algunas zonas, sobre todo del sureste francés, fueron los barrios más acomodados los principales proveedores de los votos del Frente Nacional,⁸² mientras que otros sostienen la idea, más extendida socialmente, de que el electorado del FN es «mayoritariamente joven y varón, con muy poca formación académica, que padece desempleo o subempleo y que es víctima de una precariedad crónica»⁸³. Otros autores sostienen una posición menos unilateral argumentando que el electorado del FN se ha ido ampliando desde un origen compuesto por «exvotantes de la derecha y centro-derecha: pequeños comerciantes y propietarios industriales, funcionarios, cuadros superiores y profesionales liberales [...]». Pero desde

entonces el FN ha conseguido ampliar su electorado hacia las clases trabajadoras⁸⁴ y sitúan el cambio de tendencia en los años noventa del siglo pasado. Aunque es evidente la heterogeneidad entre las fuentes, lo que parece claro según algunos estudios más recientes, como el de Christèle Marchand-Lagier, es que el voto del FN no es un voto popular homogéneo, si no que su principal apoyo reside en «las clases medias, que viven en áreas urbanas y periurbanas y que una vez votaron por la derecha republicana».⁸⁵ Según este vistazo general, parece evidente que el FN es uno de los partidos pioneros de esa expansión del discurso ultraderechista entre la clase obrera en Europa.

Por último nos toca hablar de Alemania. Este país es importante, y no por motivos folclóricos, no por ser el que dio lugar al Tercer Reich, sino sobre todo por su papel clave en la construcción de la Unión Europea y en la crisis de la Comunidad Económica Europea. Alemania es el país pionero en las políticas «de austeridad» que gobiernan la Unión Europea desde que estalló la crisis y su burguesía es la principal beneficiaria de este cambio de política en la Unión. El desmantelamiento de los servicios sociales y el disciplinamiento de la clase obrera alemana a través de la reducción de los salarios, la libertad de despido, la contratación temporal o los recortes del gasto público son procesos que comenzaron en este país a finales de los años noventa.⁸⁶ Esto, unido a un gran nivel de exportación de capital hacia la Europa del antiguo bloque oriental, que tenía una clase obrera de bastante cualificación y de muy bajo costo, pudo situar al capital alemán como el más competitivo de la zona euro una vez estalló la crisis. Estas cuestiones situaron al país como el principal prestamista de la Unión Europea y le permitieron imponer unas condiciones severas a la hora de conceder créditos al resto de países europeos, sobre todo a la periferia del Sur, la cual ni siquiera formaba —ni forma— parte de su cadena productiva industrial. Por lo tanto, vemos que la burguesía alemana tiene una posición de control económico en el marco de la Unión Europea, pero la clase obrera del país lleva décadas sometida a una precarización sin precedentes y que ha sido exportada al resto de la Unión.

80 Óscar Valero, «Los 389.000 motivos de la clase obrera griega para votar a Amanecer Dorado», *El Confidencial*, 2 de febrero de 2015 (https://www.elconfidencial.com/mundo/2015-02-02/los-389-000-motivos-de-la-clase-obrera-griega-para-votar-a-aurora-dorada_653286/).

81 *New Socialist*, óp. cit.

82 «Lejos de deberse principalmente a los territorios más desfavorecidos de la región PACA, la progresión de la extrema derecha en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002 se debió más bien a los territorios en los que invierten con fines residenciales las poblaciones que tienen los medios», Christophe Traïni, «Vote en PACA. Les élections 2002 en Provence-Alpes-Côte d'Azur», Pôle Sud, 2005.

83 Salvador Martí Puig, «¿Quién vota al Frente Nacional?», *El Periódico*, 24 de abril de 2012 (<https://www.elperiodico.com/es/internacional/20120424/quien-vota-al-frente-nacional-1700341>).

84 Jiménez, óp. cit., p. 142.

85 Christèle Marchand-Lagier y Jessica Sainty «Sur le Front d'Avignon. Quelques leçons sur les élections régionales de 2015», *La Vie des idées*, 21 de marzo de 2017 (<http://www.laviedesidees.fr/Sur-le-Front-d-Avignon.html>). Véase también Christèle Marchand-Lagier, *Le vote FN. Pour une sociologie localisée des électors frontistes*, Lovaina la Nueva, De Boeck, 2017.

86 Véase, en este mismo número, Costas Lapavitsas, «Una estrategia socialista para Europa». Hemos de aclarar que decimos que Alemania es beneficiaria en un sentido general; como se puede leer en este artículo, existen varias periferias económicas y son varios los países que forman parte del núcleo de la Unión Europea.

En 2015, al calor de su progenitor, PEGIDA (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente), aparecía una formación alemana que iba a recoger su ideario y lo sumaría a una propuesta mucho más ambiciosa política y organizativamente, acorde a la de sus homólogos europeos: la conocida AfD.⁸⁷ Esta organización saltó a la escena como el partido por el que optaron un millón de exvotantes de la CDU, 400.000 exvotantes de la izquierda alemana y 1,5 millones de antiguos abstencionistas. En 2015, el 21% de su electorado lo conformaban trabajadores, nueve puntos por encima del número de autónomos que les había votado (12%) y once por encima del número de funcionarios (10%), pero es importante recalcar que la mayoría de trabajadores, que cobraban entre 1.500 y 2.500 euros mensuales no se solían considerar a sí mismos de tal manera, sino más bien como clase media.⁸⁸ Es evidente que si tomamos en consideración el coste de la vida en Alemania, esos sueldos distan mucho de ser de vidas acomodadas y que normalmente se compaginan varios *minijobs* para poder reunir un sueldo mínimo, lo que aumenta considerablemente las horas trabajadas y, por tanto, el grado de explotación. Aun así, no debemos olvidar dos cosas: la primera es que el factor subjetivo hegemónico —sustentado por ese factor objetivo que es la pequeña superplusvalía que le cede la burguesía— hace pensar a la clase obrera alemana que en una situación así tiene mucho que perder; la segunda, o un factor objetivo, es que en Alemania existía y existe (está llegando continuamente)⁸⁹ una población de origen extranjero que es usada como mano de obra fácilmente superexplotable (por ejemplo, la comunidad turco-musulmana que supera los dos millones de habitantes).⁹⁰ Estos dos factores hacen que los sectores más acomodados de la clase obrera alemana blanca, se hayan estado empaquando

de un miedo hacia los trabajadores extranjeros, con los que «compiten» por puestos de trabajo menos precarios. Además, la situación internacional hace de la islamofobia una cuestión clave en este proceso de fascistización de los trabajadores blancos, como ya se comentó anteriormente.

* * *

Por concluir, podemos decir que el desarrollo de este artículo busca mostrar cómo las condiciones materiales para la expansión de las ideas fascistas en Europa estaban presentes desde hace mucho tiempo, pero que esta dependía más bien del contexto general del capitalismo. En épocas de bonanza, el clima general no favorece el desarrollo de estas ideas, pues la socialdemocracia o el centro liberal copan las opciones políticas en un ambiente de paliación de las contradicciones gracias a la superplusvalía entrante. En cambio, en épocas de crisis en Europa emergen las ideas fascistas debido a su robusta raíz histórica y a la agudización de las contradicciones en el seno de la clase obrera. Estas contradicciones se han acentuado todavía más últimamente debido a la crisis migratoria actual, producida por más de diez años de crisis internacional.

Las «nuevas» características de la extrema derecha se sustentan sobre todo en esa antigüedad y en la profundización del imperialismo, que produce unas divisiones más marcadas dentro de la clase obrera y, por tanto, sirve de abono para la diversificación y posterior mezcla de las ideas fascistas entre las demás ideologías políticas del viejo continente. Además, el nuevo contexto generalizado de crisis migratoria y de islamofobia, producido tras la expansión occidental en Oriente Medio, favorece la aparición de una serie de rasgos que, aunque haya excepciones, son comunes a todos los proyectos analizados.

La única solución posible que queda ante este horizonte de reacción es la reconstitución de un proyecto comunista en Europa que pueda hacer frente al problema y a su raíz, basado en una clara comprensión de todos los elementos particulares que diferencian a estos centros imperialistas del resto del mundo. Esto permitiría desplegar una respuesta sin eurocentrismos, es decir, real e internacionalista, que reclutase a todos los sectores de la clase obrera que se ven oprimidos por el sistema lo que a su vez supondría dar un paso gigante hacia la reconstitución del movimiento comunista internacional.

87 La AfD tiene su origen en la reconversión de Wahlalternative 2013 (Alternativa Electoral 2013), una formación euroescéptica surgida en 2013.

88 Andreu Jerez, «¿Quién vota a Alternativa para Alemania?», *El Confidencial*, 29 de septiembre de 2017 (https://www.elconfidencial.com/mundo/2017-09-27/afd_1450364/).

89 Eurostat, *Estadísticas de migración y población migrante*, 2015.

90 «La migración turca a Europa comienza en la década de 1960 [...], el gobierno turco firmó acuerdos bilaterales con varios países europeos, dando lugar a lo que se llamó programas *Guestworker* (de trabajadores temporales). En 1972, el trabajador número 500.000 dejó Turquía para ir a su nuevo hogar y lugar de trabajo: Alemania [RFA]», Levent Soysal, «Un recuento de la migración turca en y hacia Europa: pasado, presente y futuro», en Carlos González Gutiérrez (coord.), *Relaciones Estado-díaspóra: aproximaciones desde cuatro continentes*, t. 1., México, D.F., SRE/UAZ/Porrúa, 2006.



Una estrategia socialista para Europa¹

Costas Lapavitsas

La crisis de la eurozona estalló en 2010, tras la Gran Recesión de 2007-2009. Arrancó con el colapso sistémico de las finanzas y la producción y expresó las contradicciones de la financiarización y las políticas económicas neoliberales que se habían manifestado en la Gran Recesión. Pero la crisis en Europa asumió una virulencia especial y se prolongó durante un periodo de tiempo excepcionalmente largo debido al marco único en el que se desarrolló, caracterizado por unos equilibrios internos específicos del poder de clase y por la rígida jerarquía de las naciones que definen la Unión Económica y Monetaria Europea (UEM). El factor más importante a este respecto ha sido el dominio del capital industrial alemán sobre la mano de obra alemana, lo que en última instancia allanó el camino a la hegemonía alemana en Europa.

¹ Artículo publicado originalmente en *Catalyst*, vol. 1, n.º 3, Nueva York, otoño de 2017.

A finales de los años noventa y principios de los 2000, el capital alemán dio un golpe a la mano de obra alemana que debilitó las antiguas estructuras corporativistas del país y relegó a la clase trabajadora a una posición claramente subordinada. Esto abrió el camino a un largo periodo de estancamiento salarial, así como a importantes recortes del gasto social en Alemania. En el marco de la UEM, el consiguiente cambio en el equilibrio de las fuerzas de clase internas permitió al capital alemán exportador de manufacturas afirmar su supremacía competitiva. Durante el mismo periodo, la realización de importantes inversiones extranjeras directas (IED) alemanas en relación con las extensas cadenas de suministro en los países vecinos, y especialmente en algunos que antes pertenecían al bloque oriental, aumentó aún más la competitividad y la supremacía comercial alemanas.

La subsiguiente afirmación de la supremacía competitiva de Alemania preparó el terreno para construir nuevas formas políticas y acuerdos institucionales en la Unión Europea que pudieran traducir la preeminencia de las exportaciones industriales alemanas en un dominio político. El momento decisivo de esta evolución llegó cuando Alemania asumió el liderazgo sobre sus socios europeos a la hora de determinar la respuesta de la UE a la crisis. Alemania logró esta hazaña aprovechando su posición como principal prestamista y acreedor europeo, construida a lo largo de años de excedentes de exportación alemanes. Obligó a los países deudores de la periferia de la UEM, especialmente a Grecia, a aceptar políticas de austeridad y liberalización asfixiantes como condición para su rescate y también impuso cambios en la UE que institucionalizaron la austeridad y el neoliberalismo a países del núcleo central, como Francia e Italia.

Para 2017, Alemania había conseguido que la crisis europea estuviera completamente bajo control, al tiempo que supeditaba las competencias básicas de Francia e Italia a su voluntad y consolidaba su posición dominante sobre la periferia de la UE. Lejos de la asociación y la convergencia, en lo que se basa el nuevo orden europeo es en la dominación y la divergencia. El núcleo central incluye a Alemania, Francia, Países Bajos, Italia y otros países, pero su eje económico es el complejo manufacturero-exportador alemán, sobre todo el de los automóviles, los productos químicos y la maquinaria. En relación con el núcleo central, hay al menos dos periferias distintas. En primer lugar, la periferia meridional, es decir, España, Portugal y Grecia, que sufrieron lo peor de la crisis y cuyas economías cuentan con una débil capacidad industrial y un desempleo elevado. En segundo lugar, la periferia centroeuropea, a la que pertenecen Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia y Eslovenia, que desempeñaron un papel importante en la creación del complejo manufacturero alemán y que han seguido una trayectoria diferente a la de la periferia meridional, tanto económica como políticamente.

Estos acontecimientos representan un enorme desafío histórico para la izquierda europea, que se halla profundamente dividida en torno a la cuestión de la UEM y la UE. La corriente dominante no está dispuesta a reconocer que el estallido de la crisis de la eurozona, así como el consiguiente régimen de austeridad y liberalización, se deban estructuralmente al funcionamiento mismo de la UEM dominada por Alemania. En su lugar, entiende que estos desarrollos son la expresión de la prevalencia del neoliberalismo, el cual conduce a una mala distribución de los ingresos y a una demanda

débil y que vienen seguidos unos previsibles intentos por parte de los gobiernos de abordar los problemas en interés del capital y a expensas del trabajo. La conclusión que extrae, por tanto, es que la izquierda debe hacer un contraataque total al neoliberalismo y luchar por políticas concretas que fortalezcan el trabajo contra el capital y a la vez fomenten la unidad transnacional.

Desde esta perspectiva, la UEM y la UE no son más que escenarios en los que llevar a cabo luchas políticas. Lejos de considerarlas inherentes a su funcionamiento institucional, se asume que las políticas neoliberales y antiobreras de estos vastos mecanismos transnacionales reflejan un equilibrio transitorio de las fuerzas de clase en países clave como Alemania y Francia. Desde esta perspectiva, los llamamientos a la salida o disolución de la UEM no solo serían inútiles, sino que podrían abrir un camino que conduzca a sectores de la clase obrera a los brazos de fuerzas de derechas nacionalistas y autoritarias. Su conclusión política es que la izquierda debería separar la UEM y la UE de su bagaje político neoliberal y hacer que promuevan la solidaridad nacional y de la clase trabajadora en toda Europa. Para la corriente dominante dentro de la izquierda europea es un dogma de fe que la UEM y la UE hayan de ser defendidas en nombre del internacionalismo, mientras que al mismo tiempo se las critica por sus políticas neoliberales.

Este enfoque interpreta erróneamente y de manera fundamental el papel de la UEM y de otras instituciones europeas asociadas en la configuración del capitalismo europeo contemporáneo. La UEM no constituye un conjunto neutral de órganos, instituciones y prácticas rectoras que puedan servir a cualquier fuerza sociopolítica, partido o gobierno, independientemente de su agenda política y en función de su fuerza relativa. Estas instituciones fueron estructuradas desde un principio en interés del capital y en contra del trabajo y han ido siendo ajustadas paulatinamente para servir cada vez más eficazmente a la agenda internacional de una clase dominante particular, la de los capitalistas alemanes, especialmente la de los capitalistas industriales-exportadores alemanes.

Más concretamente, la UEM ha venido a fomentar una jerarquía internacional de economías en la UE que está asociada al dominio alemán, tanto dentro de su núcleo central como entre ese núcleo y la periferia. En virtud de sus instituciones, normas y funcionamiento, la UEM ha permitido a Alemania adquirir una enorme preeminencia competitiva y un creciente superávit, así como asumir la posición de acreedor europeo por excelencia. Sobre esta base, Alemania se ha convertido

en la fuerza dominante de la UE y en el actor hegemónico de Europa.

Para elaborar una estrategia adecuada al estado actual de Europa, es crucial que la izquierda reconozca que el papel destructivo de la UEM no se deriva principalmente de que se le hayan impuesto un pensamiento y una política neoliberales, cuya eliminación permitiría que el euro funcionase en interés de los trabajadores. La UEM es un conjunto rígido de instituciones que se ha convertido en la columna vertebral de la UE. Su fracaso más profundo se haya en el papel que ha desempeñado en la construcción y reproducción de la preeminencia alemana, con lo que también en la práctica ha dado forma a la UE. Esta ha sido la función principal del euro en términos históricos, aunque no fuese prevista de manera intencionada por quienes crearon la unión monetaria en los años noventa.

Dada esta realidad primordial, esperar que los puntos de vista de la UEM y de la UE puedan ser alterados mediante la elección simultánea de gobiernos de izquierda en los países centrales, que apliquen políticas anticapitalistas comunes y sean apoyados por los movimientos obreros de base, lo que hace es añadir fantasía a la incompreensión. La vacuidad política de esta opción se ha puesto de manifiesto (de diferentes maneras) por el fracaso de Syriza en Grecia y el ascenso del Partido Laborista en Gran Bretaña tras el Brexit.

Europa necesita nuevas políticas económicas capaces de inclinar la balanza a favor del trabajo y en contra del capital. Estas políticas económicas y sociales también podrían proporcionar una perspectiva socialista viable para el continente. Sin embargo, para que esto se convierta en una realidad política, sería necesario que la izquierda recobrase su radicalismo histórico y rechazase los mecanismos de la UEM y de la UE en tanto que mecanismos transnacionales del capitalismo europeo. Intentar desarrollar un movimiento contra la austeridad, refutar el neoliberalismo y hacer una crítica de las políticas de la UE y la UEM no es suficiente. La izquierda debe enfrentarse directamente a la UE al tiempo que aboga por la salida de la UEM y la condonación de las enormes deudas acumuladas en el periodo anterior. Esto es tan cierto para la izquierda de los países del núcleo central como para la de los periféricos, y en ningún sitio más que en Alemania.

Es más, la hegemonía alemana y el apego de las élites europeas a la UE y a la UEM han debilitado la representación y la práctica democrática en toda Europa. La crisis de inmigrantes y refugiados que estalló en 2015 ha arrojado

luz directamente sobre el malestar xenófobo en los países de Europa. Lejos de abrir las puertas al nacionalismo y al autoritarismo, el rechazo de los mecanismos transnacionales del capitalismo europeo abriría el camino a la defensa de los derechos democráticos de los ciudadanos, de los inmigrantes y de los refugiados por igual, al tiempo que apaciguaría las fricciones y las tensiones entre las naciones europeas.

En resumen, la izquierda necesita una estrategia basada en su radicalismo histórico y en el internacionalismo. Es vital liberarse del falso internacionalismo de la UEM y la UE, que solo sirve a las grandes empresas y promueve la dominación alemana de Europa. Cuanto antes se dirija la izquierda en esa dirección, mejor para los trabajadores y las naciones de Europa.

I. De los desequilibrios de la eurozona al predominio alemán

Estrictamente en términos económicos, la crisis de la zona euro comenzó en 2010 como una crisis de la balanza de pagos que supuso una regresión repentina de los flujos de capital procedentes del extranjero, fenómeno que se ha producido con frecuencia en los países en desarrollo en desde los años ochenta, a menudo denominado crisis de «parada repentina».² No se puede negar que, ante esta crisis, la UEM ha sufrido deficiencias técnicas en su arquitectura. No menos importante es la ausencia, en primer lugar, de un gobierno unitario o federal con la capacidad de gravar, gastar, incurrir en déficit y realizar transferencias fiscales y, en segundo lugar, de un banco central que pueda comprar libremente deuda pública. Un Estado integral habría sido capaz de proporcionar a los países (y bancos y empresas) fondos generados a través de impuestos en toda la UEM. Un banco central que pudiera comprar valores gubernamentales en los mercados primarios habría podido ayudar a los países que no hubieran podido obtener préstamos en mercados abiertos. Estas habrían sido palancas

2 El análisis en esta sección se basa en Costas Lapavistas, «Political Economy of the Greek Crisis», en *Review of Radical Political Economy*, 2018. Existe una extensa literatura general sobre la crisis de la balanza de pagos de la variedad «repentina», véase Guillermo A. Calvo, Alejandro Izquierdo y Ernesto Talvi, «Phoenix Miracles in Emerging Markets: Recovering Without Credit from Systemic Financial Crisis» (informe técnico), National Bureau of Economic Research, 2006, y Guillermo A. Calvo, «Crises in Emerging Market Economies: A Global Perspective», National Bureau of Economic Research, n.º 11.305, abril de 2007. Véase también Richard Baldwin y Francesco Giavazzi (eds.), *The Eurozone Crisis: A Consensus View of the Causes and a Few Possible Solutions*, Londres, CEPR Press, 2015.

importantes para contener la crisis.

Sin embargo, incluso deficiencias para nada triviales como son estas nunca habrían podido explicar por sí solas el estallido de una crisis de la balanza de pagos de la magnitud y severidad de la que se ha visto en Grecia, Irlanda y Portugal, y de cuya peor parte España escapó por los pelos. Era necesario que existiese un mecanismo particular que generara enormes desequilibrios en las transacciones internacionales entre los países de la zona euro en los años 2000 y que, por tanto, actuara como motor subyacente de la crisis.

El punto de vista preferido por la Comisión Europea es el de que la tendencia a la crisis fue el resultado de la pérdida de competitividad en los países periféricos, debido a sus supuestas «ineficiencias» estructurales, la mayoría de las veces derivadas de la alta protección de los trabajadores y de la ciudadanía en general. Entre estas «ineficiencias» se cuentan, al parecer, controles inadecuados sobre el gasto gubernamental, sistemas impositivos débiles, mercados laborales inflexibles que son el resultado de unas instituciones de negociación colectiva y de protecciones para los trabajadores contra el despido sobredimensionadas, una amplia propiedad pública de recursos productivos y de otro tipo, generosos sistemas de pensiones, regulaciones de los mercados de bienes y servicios, préstamos bancarios avanzados en términos concesionarios e incluso corruptos, etcétera.

Partiendo de esta premisa, la comisión ha sido capaz de justificar una serie de políticas neoliberales que ha impuesto a la periferia afectada —al parecer para mejorar su eficiencia—, especialmente la austeridad y las reducciones salariales, además de la desregulación y la privatización. Se supone que estas medidas iban a lograr la estabilización al comprimir la demanda interna y, por lo tanto, reducirían las importaciones y el déficit por cuenta corriente. Al mismo tiempo, iban a mejorar ostensiblemente la competitividad y aumentarían las exportaciones, estimulando así el crecimiento económico.

El enfoque de la Comisión Europea hace aguas por todas partes y recuerda al punto de vista del FMI respecto a los países en vías de desarrollo que comenzó a principios de los años ochenta y que, gradualmente, llegó a vertebrar el «Consenso de Washington». La cantidad de literatura crítica que ha identificado las debilidades y errores de este tótem neoliberal

es enorme.³ Lo que llaman «ineficiencias» a menudo no son más que disparidades entre los modelos abstractos de la teoría económica neoclásica que despliega el FMI y las realidades institucionales y de clase concretas de países concretos. En general no hay ninguna razón para que tales disparidades obstaculicen la acumulación y el crecimiento capitalistas. Por otra parte, la llamada «cura» de la austeridad, que reduce la demanda agregada, a menudo tiene un efecto destructivo sobre la producción, el empleo y la capacidad productiva. En cuanto a la privatización y la desregulación, hay pocas pruebas de que den como resultado un crecimiento sostenido y rápido.

Sin embargo, el enfoque de la comisión albergaba un problema aún mayor, algo demasiado grande como para ser ignorado; a saber: el estancamiento de los salarios alemanes desde finales de los años noventa y la política de clases que había detrás de él. Desde el surgimiento de la UEM a finales de los años noventa, a los trabajadores alemanes se les impuso una extraordinaria restricción salarial, de modo que los salarios nominales quedaron prácticamente congelados desde finales de esa década hasta finales de los 2000 y aumentaron, si bien muy ligeramente, durante la década siguiente. La contrapartida de esta tendencia ha sido una tasa de inflación excepcionalmente baja en Alemania en comparación con la de otros países de la zona euro. La contención sistemática del crecimiento salarial alemán ha sido de suma importancia para explicar las enormes divergencias de competitividad dentro de la UEM y, por lo tanto, el aumento de los desequilibrios por cuenta corriente que abrieron el camino a la crisis. El informe de la comisión sobre la crisis ignora de manera sistemática este factor crucial.⁴

La prolongada supresión del crecimiento salarial alemán estuvo condicionada por una serie de desarrollos que tuvieron lugar a partir de los años noventa con los que se sometió a la

3 Para una descripción relativamente antigua pero útil, véase Ben Fine, Costas Lapavistas y Jonathan Pincus (eds.), *Development Policy in the Twenty-first Century: Beyond the Post-Washington Consensus*, Londres, Routledge, 2001.

4 Véase Costas Lapavistas, Anna Kaltenbrunner, Duncan Lindo, J. Michell, Juan Pablo Paineira, Eugenia Pires, Jeff Powell, Alexis Stenfors y Nuno Teles, «Eurozone Crisis: Beggar Thyself and Thy Neighbour», RMF Occasional Report, marzo de 2010; Heiner Flassbeck y Costas Lapavistas, «The Systemic Crisis of the Euro: True Causes and Effective Therapies», Rosa Luxemburg Stiftung Studien, 2013, y Heiner Flassbeck y Costas Lapavistas, *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone*, Londres y Nueva York, Verso, 2015.

clase obrera alemana a presiones competitivas cada vez más potentes y para las que aún no ha encontrado una respuesta.⁵ La unificación alemana devastó la economía de Alemania Oriental al exponer a las empresas de la región a los costes y precios de Alemania Occidental, un proceso que hizo aún más insoportable la decisión del gobierno de establecer el cambio del marco alemán oriental por el marco alemán occidental al tipo de uno a uno. De esta manera surgió en el Este una gran masa de desempleados y de gente *inempleable* que ejercía una continua presión a la baja sobre los salarios en el Oeste.

El derrumbe del bloque oriental en su conjunto hizo que estallara una transformación aún más profunda que hoy está lejos de haber llegado a su fin. La apertura de Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia y Eslovenia, países con una mano de obra de cualificación relativamente alta y de bajo costo, presentó al capital manufacturero alemán una oportunidad sin precedentes.⁶ Las cadenas de suministro internacionales se han convertido en una característica vital del capitalismo globalizado contemporáneo que ha permitido a los fabricantes desplazar parte de la producción a lugares más baratos en el extranjero y terminar el producto en su país. Desde principios de los años noventa, las empresas alemanas han construido cadenas de suministro manufactureras por toda Europa mediante la reubicación de su capacidad productiva no solo en los países del antiguo bloque oriental, sino también en países centrales, incluidos Países Bajos y Austria. Sin embargo, mediante el aprovechamiento de los bajos salarios, la mano de obra cualificada y las capacidades institucionales de los países del antiguo bloque oriental, los fabricantes alemanes han convertido a estos últimos en una periferia para el capital alemán, a la vez que han añadido

una mayor presión salarial a la baja sobre los trabajadores del mercado laboral alemán.

El periodo previo a la UEM se dio en este contexto de debilitamiento del movimiento obrero alemán. Los capitalistas alemanes ya habían comenzado un proceso de separación de sus contratos sindicales, la densidad sindical había caído significativamente y el trabajo no sindicalizado había aumentado.⁷ Mientras tanto, la economía neoliberal se había vuelto dominante en los círculos políticos alemanes y se daba crédito a la idea de que los salarios alemanes eran demasiado altos y de que la contención salarial era, por lo tanto, la clave para aumentar el empleo. El gobierno socialdemócrata de Gerhard Schroeder aprovechó la ya debilitada situación del trabajo y el dominio ideológico del neoliberalismo para consolidar la subordinación de la clase obrera respecto de los empleadores alemanes.

Propuesta por Schroeder y por el SPD, la denominada Agenda 2010 promovió la desregulación del mercado laboral y dio a las empresas más libertad para contratar y despedir. Al mismo tiempo, se flexibilizaron las normas para permitir el aumento de los empleos temporales y a tiempo parcial, lo que dio lugar a un aumento extraordinario del empleo precario. Más importante aún fue la introducción de las reformas Hartz IV, que dieron lugar a una reducción decisiva de las prestaciones por desempleo. Hartz IV introdujo un subsidio mínimo de subsistencia garantizado, pero también obligó a los desempleados a buscar y aceptar trabajos que hasta entonces no habían considerado. La protección del trabajador alemán en el mercado laboral se debilitó profundamente y en la negociación aumentaron las presiones salariales a la baja.

El resultado general de las políticas de Schroeder fue el debilitamiento de los trabajadores alemanes frente a las exigencias de los empleadores, lo que socavó su capacidad de resistencia. Pero la importancia de los cambios que ocurrieron a finales de los años noventa y principios del 2000 se encuentra no tanto en la relajación del mercado laboral alemán sino en la expulsión política sin tapujos del trabajo de su lugar tradicional en la estructura corporativista de la economía alemana. Esto no fue una reforma gradual que fuera mutuamente aceptada por el capital, el trabajo y el Estado. Representó una

5 Para un análisis más profundo de los desarrollos internos en Alemania y su importancia para la transformación neoliberal de la UE, véase Wolfgang Streeck, *How Will Capitalism End?*, Londres y Nueva York, Verso, 2016 [trad. cast.: ¿Cómo terminará el capitalismo? *Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017]; Fritz W. Scharpf, «Forced Structural Convergence in the Eurozone—Or a Differentiated European Monetary Community», MPIfG Discussion Paper, 16/15, 2015; Fritz W. Scharpf, *Community and Autonomy: Institutions, Policies and Legitimacy in Multilevel Europe*, vol. 68, Frankfurt y Nueva York, Campus Verlag, 2010, y Martin Hoepner, «Europe Would Be Better Off without the Euro», en *Labor History*, vol. 55, n.º 5, 2014, pp. 661-666. Véase también Flassbeck y Lapavistas, óp. cit., 2015.

6 Históricamente, la capital alemana ha estado estrechamente vinculada a Europa Central y Oriental y existen vínculos culturales y de otro tipo profundamente arraigados entre estos países que podrían haber facilitado los flujos de IED y la construcción de cadenas de suministro. Véase Stephen Gross, «The German Economy and East-Central Europe: The Development of Intra-industry Trade from Ostpolitik to the Present», en *German Politics and Society*, vol. 31, n.º 3, 2013, pp. 83-105.

7 Para el declive del poder sindical en Alemania, véase Alexandra Spitz-Oener, «The Real Reason the German Labor Market is Booming», en *Harvard Business Review*, 13 de marzo de 2017, y Kōzō Yamamura y Wolfgang Streeck, *The End of Diversity? Prospects for German and Japanese Capitalism*, Ithaca, Nueva York, Cornell Press, 2003.

conmoción venida desde arriba que tuvo el efecto explícito de degradar a la clase obrera alemana como actor político.

Las implicaciones de esta derrota de la clase obrera alemana han sido dramáticas para la evolución de la UEM. Desde finales de los años noventa hasta finales de la década de los 2000 prácticamente se impidió que los salarios nominales alemanes aumentaran, al igual que la inflación del país. Por tanto, la mayor parte de los rivales de Alemania dentro de la eurozona, en gran medida incapaces de igualar su moderación salarial y su baja inflación, no lograron evitar un declive en su competitividad. Concretamente, la pertenencia a la UEM significaba que los países no podían contrarrestar la pérdida de competitividad reduciendo su tipo de cambio, es decir, devaluar su moneda.

Dicho de otro modo, el tipo de cambio efectivo real de Alemania disminuyó sistemáticamente, lo que permitió a la industria alemana convertir de hecho la eurozona en su propio mercado interior.⁸ Francia e Italia vieron socavada su posición de liderazgo previa en la zona euro. La periferia meridional europea que conforman Portugal, Grecia y España registró grandes déficits por cuenta corriente. Por su parte, el superávit por cuenta corriente de Alemania aumentó de manera extraordinaria. Así pues, se establecieron las condiciones básicas para poner en marcha la crisis de la zona euro.

Sin embargo, antes de examinar la forma en que la represión salarial y el éxito de las exportaciones de Alemania condujeron a la crisis de la eurozona, es vital destacar sus implicaciones para el funcionamiento más amplio de la economía alemana y, en cierta medida, para la economía europea en su conjunto. El freno al crecimiento salarial que facilitó el éxito de las exportaciones alemanas también frenó el crecimiento del consumo interno y este aspecto del mercado nacional. Además, la debilidad del consumo ha estado lejos de ser contrarrestada con un aumento de la inversión. De hecho, quizás el aspecto más llamativo de la evolución de la economía alemana es el fracaso sostenido del capital alemán a la hora de aumentar de manera significativa la compra de nuevas fábricas y equipos, lo que va en paralelo a la debilidad del gasto público en infraestructura. El resultado general ha sido el freno del crecimiento de la demanda agregada en Alemania y, a través de las políticas de austeridad de inspiración alemana aplicadas desde el estallido de la crisis, también en el conjunto de Europa.

⁸ Sobre la importancia de los tipos de cambio efectivos reales, especialmente con respecto a la crisis griega, véase Michalis Nikiforos, Dimitri B. Papadimitriou y Gennaro Zezza, «The Greek Public Debt Problem», n.º 867, Levy Economics Institute of Bard College, mayo de 2016.

En este contexto de débil expansión dentro de los mercados europeos, el destino de la manufactura alemana también se ha basado en su capacidad para penetrar en los mercados de exportación más allá de Europa, especialmente para captar parte de la demanda mundial de maquinaria y de otras manufacturas especializadas ante la creciente competencia internacional. A este respecto, son factores de vital importancia la presión a la baja sobre los salarios alemanes, el mantenimiento de un tipo de cambio bajo para el euro y la construcción de cadenas de suministro en toda la UE, aprovechándose entre otras cosas de los menores costes en Europa Central. Solo si la industria manufacturera alemana se mantiene firme en los mercados mundiales podrá mantener su posición dominante, que es mucho menos segura de lo que podría parecer.

En resumen, el aumento de la competitividad y el crecimiento de las exportaciones de Alemania no se basan en su capacidad para aumentar la producción de cada individuo, sino en su capacidad para suprimir la compensación de esos mismos individuos. Resulta difícil que el desarrollo contradictorio del país dentro y fuera de la UEM y las presiones que ha ejercido sobre su propia clase obrera puedan ser más evidentes.

II. De la crisis de la balanza de pagos a la hegemonía alemana

La crisis de la balanza de pagos que estalló en la UEM en 2010 fue el resultado del importante aumento de los desequilibrios por cuenta corriente, que a su vez tuvieron su origen en las diferencias competitivas dentro de Europa, provocadas en gran medida por el freno al crecimiento salarial alemán. Los déficits por cuenta corriente anuales provocaron un aumento de la deuda de los países menos competitivos. Hubo un momento en que la deuda llegó a parecer insostenible para los acreedores internacionales y tuvo lugar una «parada repentina» cuando los bancos y otras grandes instituciones financieras dejaron de adelantar dinero a los gobiernos y a menudo también a los prestatarios privados.

En particular, los bancos empezaron a exigir el pago de los préstamos existentes para protegerse de una probable caída precipitada del valor de los préstamos. La liquidez se hizo escasa y los países deudores se vieron incapaces de adquirir préstamos con los que hacer frente a sus obligaciones a corto plazo, en particular para pagar la deuda externa acumulada. Así pues, se hicieron mayores tanto la

perspectiva de impago como, al mismo tiempo, la de un colapso de los mercados financieros europeos.

En situaciones de crisis de este tipo es imperativo asegurar liquidez para los mercados y fondos adicionales para los países que se hallan bajo presión. Este papel suelen desempeñarlo los bancos centrales, que proporcionan liquidez a quienes participan en el mercado, pero también los Estados con superávit, que prestan fondos a países que no pueden obtener préstamos en los mercados abiertos. Por otra parte, como ha demostrado la experiencia histórica desde los años ochenta, incluso si a los prestatarios se les garantizan nuevos fondos, la crisis financiera suele desembocar en una crisis económica, que incluye una disminución del PIB y el aumento del desempleo. Posteriormente, la crisis económica tiene un efecto adicional en la capacidad de la economía para pagar las obligaciones crediticias, lo que agrava aún más la recesión.

Todo esto quiere decir que en 2010 la UEM no contaba con mecanismos establecidos capaces de proporcionar fondos a los países en crisis. Esto provocó que fuera necesario crear mecanismos *ad hoc* realmente capaces de prestar fondos a los países, pero siempre acompañados de una «condicionalidad», esto es, de un conjunto de duras exigencias impuestas a los prestatarios como condición para recibir el préstamo. Esta eventualidad constituyó un vehículo político excelente para que Alemania impusiera su voluntad en toda Europa.

Durante la primera década del siglo XXI, los países periféricos de la eurozona habían contraído enormes deudas externas, en su mayoría con el núcleo central, como consecuencia de la financiación de sus crecientes déficits por cuenta corriente. Los fondos procedían inevitablemente de países excedentarios, principalmente de Alemania. Dicho de otro modo, el ahorro negativo de los países periféricos en la UEM, que era un reflejo de sus déficits externos, fue igualado por el ahorro positivo de los países centrales, que era un reflejo sus superávit externos.

Además, los países periféricos habían ido acumulando deuda interna a medida que los sistemas bancarios nacionales se aprovechaban de los bajos tipos de interés resultantes de la política monetaria flexible y común de la UEM del Banco Central Europeo (BCE). En España e Irlanda, en particular, el crédito bancario se expandió enormemente, dando lugar a históricas burbujas de

vivienda. Mientras que la gran expansión de la deuda interna en los países periféricos creaba la impresión de prosperidad económica —especialmente a medida que su deuda privada aumentaba proporcionalmente más que su deuda pública—, también enmascaraba el colapso de su competitividad y del ahorro nacional.⁹

En un momento determinado de 2010, y tras la Gran Recesión de 2007-2009, los acreedores internacionales llegaron a considerar insostenible la acumulación de deuda pública en Grecia. Los principales prestamistas, principalmente de Alemania y Francia, dejaron de prestar e intentaron que sus deudores griegos pagaran sus deudas. Esta fue la «parada repentina» que detonó la crisis de la eurozona, lo que rápidamente asoló Portugal e Irlanda, mientras que España evitó lo peor por muy poco.

Un rasgo característico de la crisis de la eurozona, especialmente bajo la presión política de los alemanes y sus socios acreedores, fue que, sobre todo en España e Irlanda, la deuda privada acumulada por los bancos se trasladó a las cuentas públicas. En lugar de hacer que los bancos españoles e irlandeses declararan el impago y asumieran pérdidas para sus accionistas y tenedores de bonos, los gobiernos cubrieron efectivamente las deudas de dichos bancos, lo que hizo que en última instancia fuera el pueblo el responsable de pagar esas deudas. Al principio el proceso fue diferente en Grecia, donde los bancos no estaban tan expuestos como en España e Irlanda, pero el Estado estaba endeudado de manera más profunda. Sin embargo, a medida que la crisis se desarrollaba y la recesión emergente debilitaba a los bancos griegos, el Estado se fue haciendo cargo de una gran parte de sus deudas y la responsabilidad se le asignaba a la ciudadanía griega.

Al soportar la peor parte de la crisis, lo que hacían los gobiernos de los países periféricos era proteger efectivamente a los bancos prestamistas del núcleo central, especialmente a los de Alemania y Francia. Si los bancos periféricos se hubiesen declarado en quiebra, los bancos centrales se habrían encontrado en serios problemas. El costo de la crisis se trasladó en gran medida a los países periféricos y las clases dominantes de los países periféricos se sometieron de manera voluntaria por temor a los disturbios internos y a las turbulencias internacionales que

⁹ Para la fundamentación empírica de estos puntos, véase Costas Lapavitsas et al., *Crisis in the Eurozone*, Londres y Nueva York, Verso, 2012.

su propio impago habría generado. Este primer paso fue vital; en efecto, fue el punto de inflexión que permitió a Alemania hacer de su posición deudora una hegemonía política dentro de la UEM, ya que permitió a Alemania comenzar a imponer una «condicionalidad» a los países periféricos: un programa de austeridad, privatización y liberalización.

Una vez superada la primera sacudida de la crisis, Alemania aprovechó su superioridad competitiva, su superávit por cuenta corriente y su posición de acreedor para dictar las políticas de la zona euro y, de manera más amplia, de la UE. Consiguió su dominio, en primer lugar, dictando los pasos inmediatos para hacer frente a la crisis en la periferia meridional; en segundo lugar, determinando las políticas que debían aplicarse en toda la zona euro, se supone que para restablecer la competitividad y evitar futuras crisis; y, en tercer lugar, avanzando en la integración de la periferia centroeuropea en su propio complejo manufacturero-exportador. Es revelador que a lo largo de la década del 2010 la UE haya evitado cualquier cambio institucional que pudiera haber puesto en peligro la posición dominante del capital exportador alemán.

Concretamente, la UE adoptó, a instancias de Alemania, cuatro medidas fundamentales para hacer frente a los efectos inmediatos de la crisis.¹⁰

En primer lugar, a lo largo del año 2010, el BCE proporcionó abundante liquidez a los bancos públicos y privados en dificultades con el objetivo primordial de rescatar a los bancos centrales que estaban expuestos a consecuencia de sus préstamos a la periferia, principalmente el alemán y el francés.

En segundo lugar, la UE rechazó sistemáticamente cualquier posibilidad de condonación o incluso de una quita sustancial de la deuda para los países muy endeudados a pesar de la defensa clara por parte del FMI de reducciones de la deuda.¹¹ Es un principio firme de la UEM el que ningún Estado miembro, y desde luego

10 Esta sección se basa en Costas Lapavistas, Theodore Mariolis y Constantinos Gavrielidis, «Eurozone Failure, German Policies, and A New Path for Greece: Policy Analysis and Proposals», Rosa Luxemburg Stiftung Publikationen, enero de 2017.

11 Véase Fondo Monetario Internacional (FMI), Oficina de Evaluación Independiente, «The IMF and the Crises in Greece, Ireland and Portugal: An Evaluation by the Independent Evaluation Office», julio de 2016.

nunca Alemania, se va a hacer responsable de la deuda de otro Estado. Por esa misma razón, Alemania se ha opuesto sistemáticamente a todas las propuestas de «mutualizar» la deuda, es decir, de compartir el riesgo de impago mediante la emisión de eurobonos o instrumentos similares.

En tercer lugar, la UEM se ocupó de la concesión de préstamos a los Estados deudores que ya no podían acceder a fondos para préstamos en los mercados financieros internacionales. Esto se logró mediante la creación de mecanismos especiales de préstamos interestatales bajo la dirección de Alemania. En 2012, la UEM se dotó de un marco institucional permanente que podría abordar esta tarea; sobre todo, el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE). Todo lo que se diga es poco a la hora de hacer hincapié en que el MEDE es un organismo irresponsable que carece por completo de credenciales democráticas. Pero en virtud de los importantes fondos que maneja, puede imponer de manera unilateral condiciones severas a los préstamos a los Estados en dificultades.

En cuarto lugar, al hacer uso de sus facultades de préstamo, la UE obligó a los países deudores a lograr estabilidad fiscal mediante la imposición de la austeridad, es decir, de la reducción del gasto público y del aumento de los impuestos. A lo largo de la crisis nunca se dio marcha atrás con esta regla, independientemente del daño que la austeridad causó al empleo, los ingresos y la producción.

En este contexto, y a instancias de Alemania, la UE y la UEM empezaron a imponer una transformación a más largo plazo de las economías de los países deudores con el fin de mejorar ostensiblemente su competitividad y evitar futuras turbulencias. Estos cambios ocurrieron bajo la apariencia de ser solo «reformas», cuyo modelo implícito era el de la transformación que se había producido en Alemania en los años noventa y los 2000.

El resultado fue el sometimiento de gran parte del resto de Europa, especialmente de la periferia meridional, a cada vez mayores presiones a la baja sobre los salarios y el nivel de vida. Alemania se aseguró su dominio competitivo apoyándose firmemente en el estancamiento de más de una década de duración de los salarios nacionales. Si los países del núcleo central, como Francia e Italia, y más aún los de la periferia sur, siguieran el mismo camino y al mismo tiempo compitieran con Alemania, tendrían que ejercer una presión aún mayor sobre los salarios. Esta

inaudita carrera hacia lo más hondo llevaría los niveles de vida a unos niveles hasta ahora nunca alcanzados en Europa. Esta es la lógica subyacente en el plan alemán de refundición de la economía europea para garantizar el dominio de Alemania en Europa y su presencia en el mercado mundial.

Así pues, en primer lugar, la UE ha endurecido la disciplina fiscal, haciendo de la austeridad su principio rector. Ha endurecido el actual Pacto de Estabilidad y Crecimiento bajo la forma del Pacto Fiscal adoptado en 2012. La UE opera ahora en un entorno de austeridad institucionalizada de forma permanente que le da derecho a imponer sanciones a los países que no pueden mantener los límites presupuestarios, o déficit máximo, lo que es clave para definir el principio de austeridad.

En segundo lugar, la UEM ha determinado que la competitividad debe aumentar principalmente mediante la contención salarial, la privatización de activos públicos y la desregulación de los mercados. Ahora se está imponiendo una agenda de crecimiento neoliberal en la UE que complementa el predominio de la austeridad en las políticas públicas.

En tercer lugar, el MEDE se ha ido convirtiendo gradualmente en un mecanismo capaz de hacer frente a futuras crisis de deuda pública. Se le ha dotado de una «reserva de guerra» para la región de 500.000 millones de euros que podría destinarse a préstamos, pero siempre sobre la base de una estricta condicionalidad. El MEDE se podría convertir en una versión del FMI para la UEM que impulsara y vigilase la austeridad y la liberalización. De hecho, es posible que se vuelva aún más intrusivo que el FMI, ya que podría adquirir la capacidad de reformar mecanismos administrativos así como otros mecanismos estatales de países enteros en el sentido elegido por Alemania. El ejemplo palmario es el de Grecia, como se verá.

En cuarto lugar, la UEM ha previsto hacer frente a la fragilidad de los bancos europeos mediante la creación de una unión bancaria bajo la dirección del BCE. Se han previsto créditos para la «garantía» de bonos bancarios privados e incluso depósitos bancarios en caso de quiebra bancaria.

El resultado ha sido un crecimiento débil y un desempleo persistentemente elevado en la UEM desde el estallido de la crisis, especialmente en la periferia meridional.

En realidad, las medidas han endurecido el régimen disfuncional de la moneda común y han consolidado en particular las ventajas del capital industrial exportador alemán, dado que Alemania se niega a considerar la posibilidad de modificar sus políticas internas.

En 2017 Alemania ha consolidado plenamente su posición como potencia dominante de la UEM y ha dado forma a las políticas y perspectivas de la UE en su conjunto. El capital exportador alemán ha utilizado la UEM como trampolín para obtener enormes superávits comerciales no solo dentro de la UE sino también más allá de sus fronteras. La austeridad y el neoliberalismo se han convertido en el credo de las instituciones de la UE, mientras que los derechos democráticos sufren a medida que se aplican estos principios. El afianzamiento de la austeridad en Alemania dentro del marco de la UEM ha distorsionado las estructuras económicas de Europa en un intento absurdo de emular a dicho país. El resultado es la dominación de Europa por el capital alemán, que ahora tiene una base más fuerte para competir en el mercado mundial. La idea de un proyecto europeo común de solidaridad y unidad entre los europeos, aparentemente encarnado en la UEM, ha funcionado excepcionalmente bien para facilitar la dominación económica y política alemana.

Un núcleo central inestable y dos periferias diferenciadas

A medida que el ascenso alemán se iba haciendo indiscutible, también quedaba claro que la UE está firmemente dividida entre núcleo y periferia. El núcleo central, que pertenece a la unión monetaria, ofrece signos de una debilidad interna considerable, ya que Francia e Italia han demostrado ser incapaces de enfrentarse a la dominación alemana.¹² Además, la periferia, de la cual hay partes que no pertenecen a la UEM, presenta una diferenciación considerable. Específicamente, la periferia meridional es muy distinta de la periferia centroeuropea.¹³ Estas divisiones son de una importancia

12 Según nuestra concepción, el núcleo de la UE está formado por Alemania, Francia e Italia. Es cierto que Países Bajos, Austria y otros países también podrían ser incluidos en el núcleo, pero eso solo complicaría el análisis y no reportaría grandes beneficios. También es de ayuda mantener a Alemania separada de Francia e Italia para mostrar las divisiones nacientes dentro del núcleo.

13 La periferia del sur la conforman España, Portugal y Grecia; la periferia centroeuropea, Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia y Eslovenia.

crítica y dejarán huella en el futuro desarrollo de Europa.¹⁴ Lo que es seguro es que no habrá convergencia de economías dentro de la UE. Este es el mundo al que ahora la izquierda europea debe enfrentarse.

La divergencia en el desempeño económico dentro del núcleo central, entre el núcleo y la periferia, y entre las dos periferias se muestra claramente por la trayectoria de la cuenta corriente en la fig. 1.

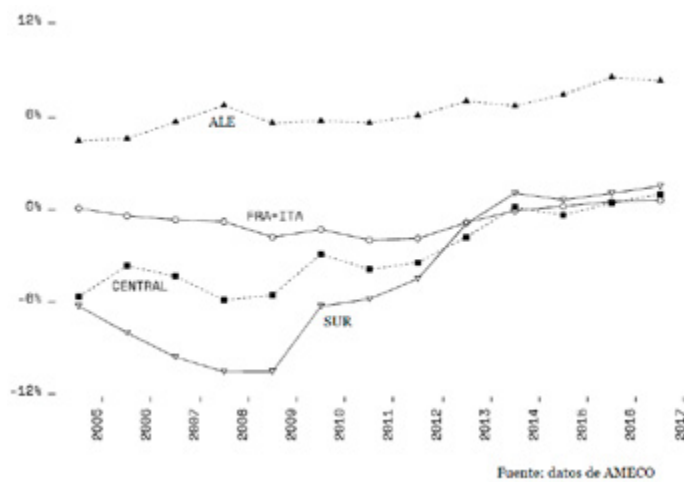


Fig. 1. Balance por cuenta corriente del núcleo y de las periferias (% del PIB).

Alemania registró un aumento histórico del superávit por cuenta corriente, debido principalmente a la exportación de productos industriales. Hasta 2007, el superávit alemán se generó principalmente en la UEM, pero con el inicio de la crisis, la industria alemana comenzó a obtener grandes superávits de fuera de la UEM. La causa del segundo aumento se halla en la contención de los salarios internos, así como en el bajo tipo de cambio del euro frente al dólar estadounidense y otras monedas clave debido a la crisis de la zona del euro. Por el contrario, Francia e Italia registraron más bien un déficit en los años 2000, aunque en los 2010 Italia comenzó a registrar

14 En el Instituto de Estudios Económicos Internacionales de Viena se ha emprendido una labor empírica y sistemática en este sentido que está avanzando por senderos inexplorados. Véase, por ejemplo, Michael Landesmann y Doris Hanzl-Weiss, «Structural Adjustment and Unit Labor Cost Developments in Europe's Periphery: Patterns Before and During the Crisis», en *Research Report 390*, The Vienna Institute for International Economic Studies, septiembre de 2013; Michael Landesmann y Sandra M. Leitner (en colaboración con Doris Hanzl-Weiss y Robert Stehrer), «Competitiveness of the European Economy», en *Research Report 401*, The Vienna Institute for International Economic Studies, mayo de 2015, y Doris Hanzl-Weiss y Michael Landesmann, «Correcting External Imbalances in the European Economy», en *Research Report 410*, The Vienna Institute for International Economic Studies, abril de 2016.

superávit al aplicar de manera sistemática medidas de austeridad que redujeron la demanda interna y, por lo tanto, las importaciones. Se hace evidente la incapacidad de ambos países para competir con Alemania en la UEM.

También el contraste entre las dos periferias es pronunciado. La periferia sur registró grandes déficits en los años 2000, que se tradujeron en pequeños superávits en 2010, cuando la UE impuso programas de austeridad y rescate. La periferia centroeuropea registró pequeños déficits en la década de los 2000 y pequeños superávits en 2010; sus relaciones comerciales exteriores son muy diferentes y mucho más dinámicas que las del sur.

Las diferencias subyacentes dentro del núcleo central y entre este núcleo y las periferias también son claramente visibles en la fig. 2, que presenta la trayectoria de la producción industrial. Es de señalar, sobre todo, el contraste entre las dos periferias. El sur tiene una base industrial débil: comprende economías con un gran sector de servicios, una competitividad débil y un sector público que históricamente ha sido relativamente grande y que solía actuar como empleador masivo. La periferia centroeuropea ha adquirido un carácter industrial mucho más fuerte y ha tenido más éxito en el apoyo a la competitividad.

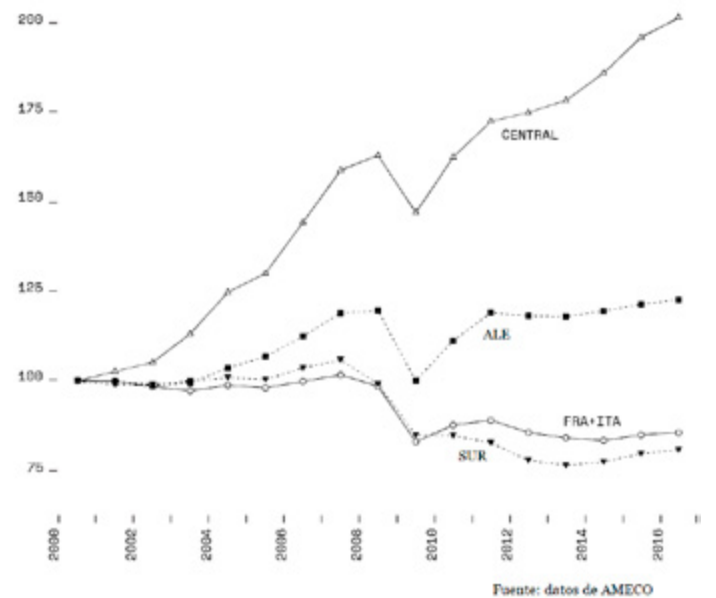


Fig. 2. Producción industrial, excluyendo la construcción (2000=100).

El continuo ascenso de la industria en la periferia centroeuropea frente al sur es el resultado de varios factores, pero destacan dos de ellos. En primer lugar, ha habido

un flujo sostenido de IED manufacturera alemana hacia Europa Central, especialmente en el sector automovilístico, lo que se traduce en una elevada proporción de «nuevas» inversiones. El resultado es un crecimiento considerable del comercio intraindustrial, que impulsa aún más la capacidad industrial en Europa Central al ofrecer oportunidades a un gran número de pequeños proveedores locales. En segundo lugar, Polonia, República Checa y Hungría, que son con mucho los países líderes en la periferia centroeuropea y los principales receptores de IED alemana en la región, no son miembros de la UEM. Evitaron la trampa de la competitividad y los estragos de la austeridad con los que la UEM ahogó al sur. Cuando ha sido necesario, también han podido apoyarse en la política cambiaria, especialmente en la devaluación de sus monedas.

Para llevar esta idea más allá, véase en la fig. 3 la distribución de la IED saliente alemana con mayor amplitud.

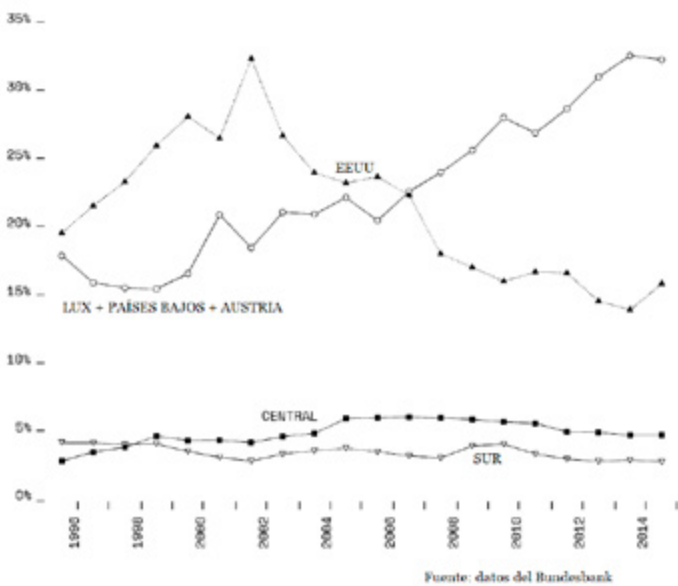


Fig. 3. IED alemana saliente, % del total.

La dirección de la IED alemana hacia el exterior ha cambiado drásticamente desde la época de la introducción del euro, con la caída precipitada de Estados Unidos y el aumento igualmente precipitado de tres países centrales de la UEM: Holanda, Luxemburgo y Austria. La IED que se dirige hacia las dos periferias es mucho más pequeña y el equilibrio ha cambiado a favor de Europa Central. La cifra muestra claramente que, a medida que se introdujo el euro, el capital manufacturero alemán comenzó a crear cadenas de suministro principalmente con otros países centrales, pero también con la periferia centroeuropea. La periferia sur quedó rezagada.

La diferencia entre ambas periferias se refleja aún más claramente en la fig. 4, que muestra el peso de la IED alemana en relación con el PIB de cada país.

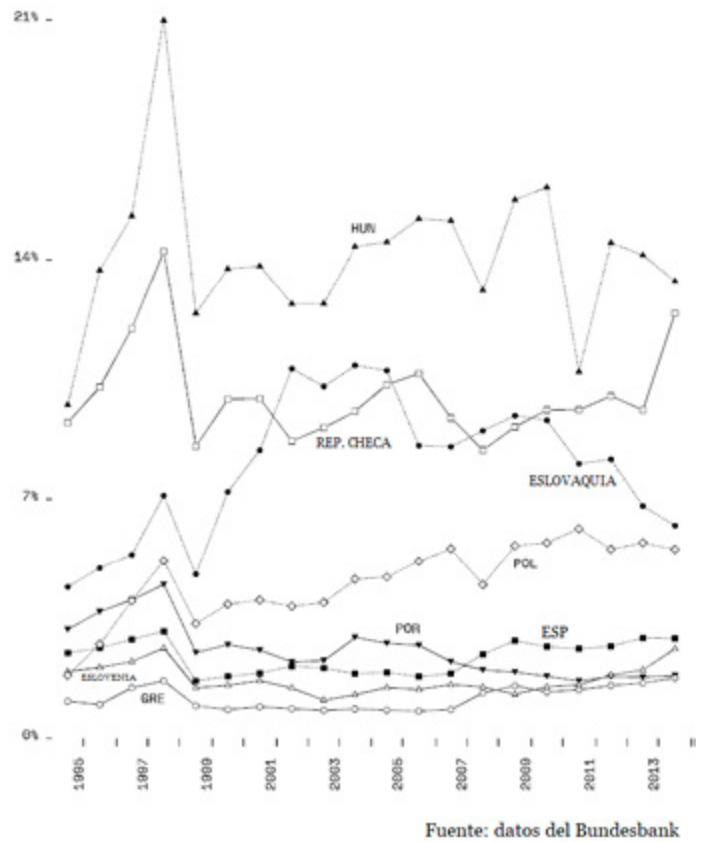


Fig. 4. IED alemana como % del PIB del receptor, Europa Central y del Sur.

Polonia, República Checa, Hungría y Eslovaquia se encuentran en una liga diferente a España, Portugal y Grecia como receptores de IED alemana. Eslovenia tiene similitudes con el sur, pero ha absorbido importantes volúmenes de IED en los últimos años. Esa es la base de las cadenas de suministro que han llevado a un comercio sustancial dentro de la industria y a una base industrial doméstica emergente en Europa Central.¹⁵ En contraste, son pocas las cadenas de suministro manufactureras importantes que unen la periferia sur con el núcleo industrial alemán de Europa.

La disponibilidad de mano de obra barata y bien capacitada en Europa Central atrajo al capital manufacturero alemán y Europa Central llegó a depender en gran medida de Alemania para la transferencia de tecnología, mientras que su economía va de la mano de la de Alemania. El desempleo está cayendo en la periferia centroeuropea y los salarios incluso han subido, pero el peligro de un vínculo tan estrecho con el

15 El FMI conoce desde hace algún tiempo algunos de estos acontecimientos. Véase su extenso informe en FMI (2013).

núcleo industrial alemán es evidente. En cambio, el Sur de Europa se encuentra en una senda industrial en declive, que depende en gran medida de los servicios, incluido el turismo, y su base tecnológica es generalmente débil. Ambas periferias también exportan mano de obra capacitada a Alemania, lo que debilita su capacidad para aumentar la productividad.

Por último, para que no se piense que el ascenso alemán en la UE ha provocado el resurgimiento del continente como una fuerza productiva en la economía mundial, observemos la fig. 5, que muestra las inversiones internas en proporción al PIB.

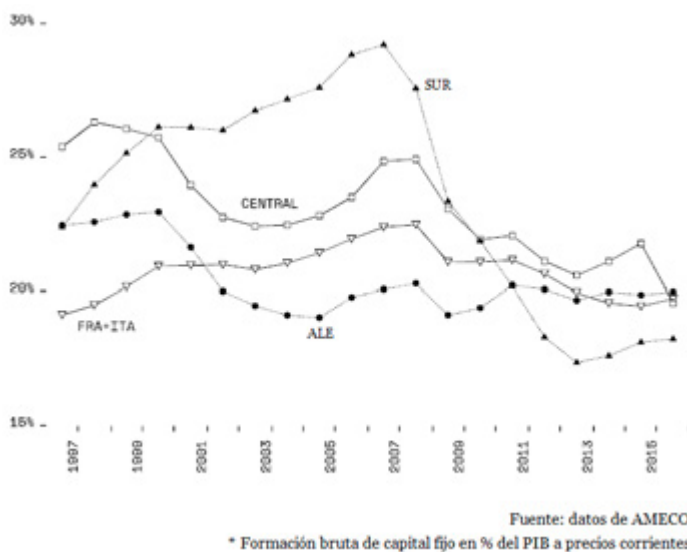


Fig. 5. Inversión en porcentaje del PIB.

Sencillamente el capital industrial alemán dominante no está llevando a cabo inversiones internas y sus enormes beneficios tienden a convertirse en superávits monetarios de las empresas. Dicho de otro modo: los salarios de los trabajadores alemanes, tras ser reducidos, han tendido a convertirse en capital monetario disponible para préstamos en el extranjero. Por tanto, el funcionamiento interno de la economía alemana ha sido discreto, con una austeridad interna sostenida que ha generado fragilidad en la infraestructura y en la dotación de bienestar. Como resultado, las tasas medias de crecimiento en Alemania desde la crisis han sido bajas, pues apenas han alcanzado un promedio del 2%, en su mayoría derivadas de las exportaciones. En Alemania no se está dando ningún «milagro» productivo. Su dominio se basa en una presión implacable sobre sus propios trabajadores.

La debilidad de la inversión también es evidente en Francia e Italia y ninguna de las dos periferias se encuentra mucho mejor. En el sur la inversión se ha desplomado

por completo, lo que ha provocado la contracción de la demanda agregada que en su momento agravó la crisis de la eurozona. La inversión interna agregada también ha seguido una trayectoria descendente en la periferia de Europa Central, a pesar del aumento de la producción industrial. La debilidad de la inversión se refleja en la debilidad del crecimiento. Bajo el liderazgo alemán, la UE y, de manera más general, el continente han carecido de vigor en la acumulación de capital.

En este sentido, no cabe duda de que la UEM es un fracaso histórico aunque haya ayudado al capital industrial alemán a consolidar su supremacía. Una estrategia de izquierdas para Europa basada en la clase debe tomar como punto de partida estas realidades materiales, en lugar de generalidades abstractas acerca del neoliberalismo, el nacionalismo o la unidad europea. También debe arrancar de la experiencia política y social concreta de los años que han seguido al estallido de la crisis. Dos acontecimientos históricos mundiales han dado forma a esa experiencia: primero, el ascenso y la humillante rendición de Syriza en Grecia y, segundo, el voto a favor del Brexit y el consiguiente crecimiento del Partido Laborista en Gran Bretaña.

III. El desastre de Syriza y la promesa del Brexit

Grecia padeció una enorme conmoción económica, política y social en el curso de la crisis de la eurozona. Su trayectoria ofrece una lección objetiva acerca del fracaso de la corriente dominante en la izquierda europea, la cual busca luchar contra la austeridad y el neoliberalismo mientras que al mismo tiempo acepta el marco de la UEM y la UE. La experiencia griega demuestra de manera concreta que si la izquierda pretende desafiar la austeridad y el dominio del capital en Europa debe romper necesariamente con la UEM y desafiar directamente los mecanismos de la UE.

El capitalismo griego presenta desde hace mucho tiempo unas manifiestas debilidades estructurales, especialmente notables desde que el país se adhirió a la UE en 1981. Grecia no ha logrado competir con éxito dentro de la UE y la economía griega se basa en gran medida en los bienes y servicios «no comercializables» en detrimento de

los bienes y servicios «comercializables».¹⁶ En general, la productividad ha sido baja y solo comparable a las medias europeas en el caso de algunos productos básicos no comercializables. El resultado de todo ello es que el país importa cada vez mayores proporciones de productos de alta tecnología. La debilidad de la economía a este respecto es particularmente notable en el sector industrial, que depende en gran medida de las importaciones. Desde principios de los años ochenta, siempre que la tasa de crecimiento ha aumentado significativamente Grecia se ha enfrentado a fuertes «fugas» al extranjero en forma de importaciones por parte del sector industrial, lo que ha contribuido a la debilidad de su balanza exterior.

Durante las últimas tres décadas Grecia ha estado en un callejón sin salida en lo que se refiere al desarrollo, pues se ha especializado en productos de baja y media tecnología y ha contado con una mano de obra no cualificada. Estos productos contribuyen relativamente poco a la productividad y limitan por tanto el potencial de crecimiento de la economía en su conjunto. El escaso potencial de crecimiento es aún peor dado el ahorro agregado neto negativo desde que el país se adhirió a la UEM. Durante este periodo, Grecia ha registrado un consumo relativamente alto, una inversión débil y déficit comerciales sostenidos. Pudo crecer relativamente rápido en los 2000 porque incrementó su endeudamiento con el extranjero.

Después de entrar en la eurozona, la competitividad griega se vino abajo ante la congelación de los salarios en Alemania. Ya no estaba al alcance la vía tradicional de impulsar la competitividad mediante la devaluación de la moneda. El país se hallaba en una trampa de la que sus dirigentes sociales y políticos no eran muy conscientes. Mientras que la competitividad se evaporaba, la deuda privada se expandió enormemente a medida que los bancos griegos aprovechaban la liquidez barata para ampliar sus préstamos. Sin embargo, Grecia no tenía una burbuja similar a la de España o Irlanda. El Estado griego también solicitó cuantiosos préstamos en el extranjero

y aprovechó que pertenecía a la UEM para cambiar la composición de su deuda y trasladarla de prestamistas nacionales a prestamistas extranjeros. Este fue un paso catastrófico que finalmente llevó a la pérdida de soberanía de Grecia.

Durante un breve periodo de tiempo durante los años 2000, la inversión se recuperó y se aceleró el crecimiento de la productividad. Sin embargo, la debilidad subyacente de la economía se manifestó en el déficit por cuenta corriente, que alcanzó el 15% del PIB entre 2008 y 2009. Cuando estalló la Gran Recesión de 2007-2009, las tasas de crecimiento griegas disminuyeron y en 2009 la posición desesperada del país era evidente. A principios de 2010, el Estado griego fue excluido de los mercados financieros internacionales. La presión ejercida sobre los bancos griegos, junto con la escasez de ahorro interno, condujo a un colapso sin precedentes de la inversión, lo que desencadenó una crisis de extraordinaria profundidad y persistencia.

Las políticas de rescate se adoptaron después de 2010, impuestas por los prestamistas (es decir, por Alemania) con la plena connivencia del «bloque histórico» que controla a Grecia, por utilizar a tal efecto el concepto de Gramsci. La pertenencia a la UEM significaba que Grecia no tenía ningún control sobre la política monetaria ni sobre la política cambiaria. Los prestamistas impusieron una rígida austeridad y obligaron a reducir drásticamente los salarios y las pensiones. El objetivo manifiesto era estabilizar la economía eliminando el déficit por cuenta corriente y fiscal. Los prestamistas también impusieron privatizaciones, así como la desregulación de los mercados con el objetivo de fomentar el crecimiento.

Dos factores hicieron que el rescate griego fuera desastroso, ambos relacionados con la pertenencia del país a la UEM y con el dominio alemán. El primero fue que el país no tenía una moneda que devaluar para canalizar parte de la presión de ajuste hacia el exterior. Por tanto, la economía interna fue la más afectada por la eliminación del déficit exterior. El segundo fue que Grecia se vio privada de una quita significativa de la deuda debido a los temores sobre el impacto en los bancos europeos y porque Alemania se niega de manera sistemática a asumir el coste de la deuda de otros Estados de dentro de la zona euro. No cabe duda de que negar una quita de la deuda a Grecia era una decisión que provenía de la UE, es decir, de Alemania; el FMI había abogado por una reestructuración de

16 Los siguientes párrafos se basan en Lapavitsas, Mariolis y Gavri-elidis, óp. cit.; Theodoros Mariolis, «Currency Devaluation, External Finance and Economic Growth: A Note on the Greek Case», en *Social Cohesion and Development*, vol. 8, 2013, pp. 59-64; Theodore Mariolis, «The Foreign-Trade Leakages in the Greek Economy», en *What is the future for Europe?*, Red Europea de Investigación sobre Políticas Sociales y Económicas, ATh, 26-27 de abril de 2016, y A. Katsinos y Theodore Mariolis, «Switch to Devalued Drachma and Costpush Inflation: A Simple Input-Output Approach to the Greek Case», en *Modern Economy*, vol. 3, 2016, pp. 164-170.

la deuda griega, pero la propuesta fue rechazada por la UE.¹⁷ La falta de devaluación y de una quita de la deuda, junto con las políticas de rescate, supusieron un fracaso para la economía griega.

La demanda agregada fue destruida por la austeridad, que incluía recortes en el gasto público, aumentos impositivos y la caída de los salarios. El resultado fue entre 2010 y 2013 una espiral descendente sin precedentes para la economía. El costo del ajuste recayó principalmente sobre la mano de obra asalariada, que hizo frente a un desempleo extraordinario, el cual llegó en 2013 y 2014 al 27% de la fuerza laboral. Las medidas de rescate también afectaron a los ingresos y las condiciones de vida de la clase media, haciendo que cientos de miles de personas se convirtieran en un nuevo proletariado, solo que sin puestos de trabajo disponibles para ellos. La pertenencia a la UEM y el acatamiento de las órdenes de la UE tuvieron un precio extremadamente alto.

Este fue el contexto en el que en 2012 despegó Syriza, que pasó de representar a una pequeña parte de la izquierda griega a ser un partido de gobierno que rechazaba las políticas de rescate y prometía un camino de esperanza a lo largo de Europa. Desafortunadamente, la promesa de Syriza demostró no tener ningún tipo de fundamento cuando se rindió de modo humillante y adoptó las políticas de los grandes prestamistas. La pregunta es: ¿por qué?

Para dar una respuesta hay que fijarse primero en las principales clases de la sociedad griega.¹⁸ El bloque histórico griego —esto es, una alianza de armadores, banqueros, industriales, comerciantes, profesionales de clase media-alta y capitalistas sin escrúpulos— nunca tuvo en cuenta la idea de negarse al programa de rescate y las demandas de los prestamistas. Permanecer en la UEM y evitar el conflicto con la UE es una posición innegociable para los estratos sociales al frente del capitalismo griego. La salida de la UEM y el conflicto abierto con la UE pondrían en tela de juicio de manera directa e inmediata el poder interno y las alianzas internacionales del bloque histórico griego. Estos fueron los asuntos cruciales en tornos a los cuales cristalizó el conflicto de clases en Grecia

a medida que las políticas de rescate iban causando estragos en la economía y la sociedad. El bloque histórico griego, que antepone sus intereses de clase, prefirió aceptar una severa pérdida de soberanía y someterse a los prestamistas, aunque eso significara aceptar la destrucción económica de la nación. En ningún caso iban a contemplar un incumplimiento de la deuda pública y la salida de la UEM.

El punto de vista de la clase obrera y de la clase media-baja, por el contrario, es mucho más flexible, pues están dispuestas a soportar incluso la opción del *default* y la salida, como indicaron repetidas encuestas de opinión durante la crisis. Hubo una campaña sostenida de temor —perpetrada por los medios de comunicación y apoyada en masa por las filas de intelectuales griegos— acerca del supuesto desastre que presuntamente seguiría al *default* y a la salida. No obstante, las encuestas de opinión mostraron sistemáticamente que entre una quinta y una cuarta parte de la población griega apoyaba esta opción, sobre todo entre los estratos más pobres. Las líneas de clase estaban claramente trazadas. El problema era la falta de liderazgo político, especialmente de la izquierda.

La mayor organización de la izquierda griega ha sido tradicionalmente el Partido Comunista (KKE). No es del todo correcto decir que el KKE ha sido irrelevante para el terremoto griego desde 2010. El partido no ha logrado proponer un programa político con el que hacer frente a las cuestiones claves de la crisis, es decir, la deuda y el euro. Desde luego falló a la hora de construir respuestas a estas preguntas que pudiesen convertirse en «políticas de masas», agudizar la lucha de clases y conducir a un cambio en el equilibrio de las fuerzas de clase. En su lugar, el KKE buscó refugio en el ultraizquierdismo, lo que en buena medida venía a significar que la crisis griega solo podía abordarse a través de la revolución socialista, la cual naturalmente sacaría al país de la UE y de la Unión Europea. Sin embargo, el partido siempre se ha apresurado a añadir que sin el «poder popular» sería desastroso que Grecia abandonara la UEM o incluso la UE. El KKE no ha planteado prácticamente ningún peligro al bloque histórico griego y así sigue siendo en la actualidad.

Ante la ausencia del KKE, Syriza se encontró con un terreno abonado. En 2012, y tras cierta confusión inicial, Syriza prometió al pueblo griego que podría revertir las políticas de rescate, deshacerse de la austeridad, aumentar los salarios y obtener una quita de la deuda, al tiempo que iba a mantener al país dentro de la UEM y evitar una ruptura con la UE. La

17 Véase Fondo Monetario Internacional (FMI), Oficina de Evaluación Independiente, «The IMF and the Crises in Greece, Ireland and Portugal: An Evaluation by the Independent Evaluation Office», julio de 2016.

18 Para más información sobre este tema, véase Costas Lapavistas, «Political Economy of the Greek Crisis», en *Review of Radical Political Economy*, 2018.

lógica que había tras este argumento (si es que dicha lógica existía) se basaba en que, al ganar legitimidad democrática a través de las elecciones, Syriza desafiaría directamente la autoridad de los prestamistas y ayudaría a cambiar la UE y revertir el neoliberalismo. En definitiva, la estrategia de Syriza era esencialmente la estrategia de la corriente dominante de la izquierda europea, que deseaba luchar contra la austeridad y el neoliberalismo sin salir de la UEM ni rechazar las instituciones de la UE.

Syriza puso a prueba este punto de vista después de su victoria del 25 de enero de 2015 y su fracaso fue total e irrevocable. Sorprendentemente, esta estrategia ni siquiera pudo sobrevivir al primer contacto con los prestamistas, que tuvo como resultado el infame acuerdo del 20 de febrero de 2015 firmado por el ministro de Finanzas, Yanis Varoufakis, apenas un mes después de la elección de Syriza. Los prestamistas fueron totalmente implacables y exigieron el pleno cumplimiento de las condiciones existentes del rescate. La parte griega fue completamente derrotada y aceptó hacer frente al total de sus obligaciones como deudora y desistir de acciones «unilaterales». En efecto, acordó dejar a un lado el programa con el que había sido elegido, estableciendo así los términos para la rendición final en agosto de 2015. El acuerdo del 20 de febrero causó la primera ruptura dentro de Syriza, ya que su propia izquierda se negó a aceptarlo. Pero Alexis Tsipras se aseguró de que Syriza en su conjunto cumpliera con él en lugar de movilizar al pueblo y a todas las fuerzas disponibles para un enfrentamiento real con los prestamistas. El resultado fue el triunfo final de estos últimos.

Hay dos razones fundamentales para el fracaso de Syriza y que revisten una importancia crucial para la izquierda europea.

La primera es la rígida estructura institucional de la UEM, que Alemania ha reforzado aún más desde 2010 y que no puede tolerar la divergencia de prácticas entre sus miembros. Además, las principales instituciones de la UEM poseen los medios para destruir cualquier oposición. El arma definitiva en manos de los prestamistas fue el poder que el BCE monopoliza en cuanto a los medios de pago finales. La unión monetaria ha arrebatado la soberanía monetaria a los Estados miembros y se la ha entregado al BCE. La fuente final de liquidez en la UEM, vital para los bancos y para todos los demás agentes de la economía, es el BCE. El BCE, enfrentado a Syriza, comenzó a restringir el suministro de liquidez a la economía griega hasta que el país acabó asfixiado.

Syriza no pudo encontrar una respuesta al problema porque dentro de la UEM no había respuesta alguna disponible. La única posible habría sido la creación de liquidez nacional; es decir, la salida de la UEM. Pero esto habría implicado una ruptura nacional e internacional radical que quienes lideran Syriza no estaban dispuestos a contemplar. Se quejaron, se demoraron, dieron marcha atrás e intentaron ganar tiempo, pero todo fue en vano. Al final, se rindieron.

La segunda razón fue la enorme hostilidad ideológica de los mecanismos de la UE y la UEM, dominados por el neoliberalismo, frente a la estrategia de Syriza. Era impensable que la maquinaria neoliberal del núcleo de Europa fuera a ceder algún margen de maniobra a un gobierno radicalmente optimista. Esta hostilidad no disminuyó hasta que Syriza cayó derrotada. Este hecho es crucial para aquellos que todavía albergan alguna idea de llevar a cabo un cambio radical únicamente a través de medios electorales. El núcleo de la UE demostró un desprecio absoluto por los deseos del pueblo griego y no prestó atención alguna a la democracia.

El desprecio de la UE por la democracia se manifestó de manera clara tras el referéndum griego de julio de 2015, tras el cual Syriza se rindió de una manera vergonzosa. La gran mayoría del pueblo griego votó «No» y mostró que, a pesar de todo, estaba dispuesta a luchar contra los prestamistas para rechazar la austeridad y recuperar la soberanía. Pero los dirigentes de Syriza no tenían ni la altura histórica ni la estrategia necesaria para hacerse cargo de la voluntad popular. No estaban dispuestos a llevar a cabo una ruptura radical con las instituciones de la UEM y la UE ni tampoco con el bloque histórico nacional, el cual se mostraba fervorosamente a favor del «Sí». La dirección transformó el «No» popular en un «Sí» y se convirtió en una herramienta obediente de los prestamistas en el momento en que adoptó las políticas de rescate.

En resumen, la rendición de Alexis Tsipras y su partido, aparte de ser uno de los puntos más oscuros de la historia de la izquierda, pone de manifiesto precisamente la estrategia que la izquierda europea *no* debe adoptar. De manera concreta, lo que no debe hacer es intentar aplicar políticas contra la austeridad y a favor de los trabajadores pero respetando las instituciones de la UEM y sin cuestionar o incluso rechazar la UE. Esta estrategia, compartida por la corriente dominante dentro la izquierda europea, es inútil.

En este sentido, el Brexit ofrece unas perspectivas muy diferentes para la izquierda europea. Reino Unido es, por

supuesto, un centro histórico de acumulación capitalista y una potencia que es líder mundial, lo que la diferencia de Grecia. Más concretamente, Reino Unido nunca ha pertenecido a la UEM y, por ello, no puede ser considerado un país central de la UE en sí mismo, a pesar de su peso evidente en la economía y la política europeas. La decisión de abandonar la UE, que fue tomada a través de un referéndum popular en el verano de 2016, pone al desnudo la evolución de la UE.

El bloque histórico británico, una alianza de financieros, comerciantes, industriales y la clase media-alta profesional, ha estado durante décadas profundamente dividido en torno a la cuestión europea. Los grupos más importantes y, sin duda, el grueso del bloque histórico han apoyado sin vacilaciones la adhesión a la UE e incluso algunos de ellos han apoyado la adhesión a la UEM. Pero hay una parte importante a favor de salir de la UE y, por supuesto, de mantenerse alejados de la UEM. Los intereses detrás de estos elementos del bloque histórico británico no están claramente definidos y es un error tratar de identificarlos en términos puramente económicos. El concepto de *soberanía* y la ideología a ella asociada son también importantes a la hora de explicar esta división.

No es fácil escapar a la mano negra de la historia en cuestiones de soberanía y solo por esta razón el dominio de Alemania ha tenido un impacto muy diferente en Reino Unido en comparación al que ha tenido en otros países europeos. La división del bloque histórico británico respecto a la UE se ha visto refractada por la pérdida de soberanía, lo que ha generado una división en el Partido Conservador, que era la voz histórica de este bloque. Los focos del conflicto no son directamente económicos, sino que más bien giran en torno a quién hace y aplica las leyes y quién toma las decisiones acerca de la inmigración y del movimiento de personas. El punto crucial en términos políticos, sin embargo, es que la división dentro del bloque histórico ha permitido que el descontento popular con las políticas neoliberales, que había sido silenciado, encontrara su voz, de modo que el voto en el referéndum británico de 2016 se desplazó a favor de la salida.

No hay duda de que la clase obrera y los estratos plebeyos de la sociedad británica han tendido a apoyar el Brexit.¹⁹ En esencia, el voto a favor de la salida fue un voto en contra de la corriente dominante dentro del bloque histórico británico,

19 Para un trabajo empírico detallado que confirma ampliamente este punto de vista, véase Harold D. Clarke, Matthew Goodwin y Paul Whiteley, *Brexit: Why Britain Voting to Leave the European Union*, Cambridge, Cambridge University, 2017.

que ha dictado la dirección del país durante décadas a través de duras políticas neoliberales y que ha expresado claramente su preferencia por la permanencia en la UE. Así pues, el voto de salida fue un voto con el que ejercer su poder contra la austeridad, los empleos precarios y el declive de las políticas sociales, sobre todo desde la gran crisis de 2007-2009.

El referéndum británico fue uno de esos raros momentos históricos en los que una fisura en el bloque histórico crea espacio para que una ruptura aún más profunda en el conjunto de la sociedad se sitúe en el primer plano de la política. En el caso de Reino Unido, la división más profunda se produjo entre la minoría que se ha beneficiado de las políticas neoliberales y la mayoría que ha soportado la peor parte de la transformación del capitalismo británico en las últimas décadas.

El voto democrático por el Brexit sirvió de vehículo para que las capas plebeyas de la sociedad británica se situaran temporalmente en el centro del escenario en detrimento de aquellos sectores de la sociedad que están firmemente a favor de permanecer en la UE.

Hay que dejar claro que el voto a favor del dejar la UE asumió una perspectiva de derechas con evidentes tintes contra la inmigración. Sin embargo, las fuerzas intelectuales de la sociedad británica que están manifiestamente a favor de la UE tergiversan el Brexit de manera sistemática y a menudo presentan la salida como una entrega al racismo, al nacionalismo furibundo y prácticamente al fascismo. Esta tergiversación ha sido excepcionalmente potente dentro del Partido Laborista y durante un tiempo se convirtió incluso en una herramienta con la que atacar a Jeremy Corbyn, líder del partido, por no ser lo suficientemente severo a este respecto y por lo tanto, al parecer, por no ser merecedor de estar en el cargo. Sin embargo, el peso de unas características tan problemáticas como las descritas en el voto a favor del Brexit tiene mucho que ver con la incapacidad de la izquierda británica para desarrollar un programa radical para salir de la UE. En las opciones del referéndum había poco que fuera inherentemente conservador, autoritario o de derechas, como quedó claro durante la etapa posterior.

La realidad política del Brexit se hizo evidente en las elecciones generales que el gobierno conservador de Theresa May convocó en 2017 tras calcular, erróneamente, que tenía garantizada una victoria fácil y contundente. Ganaron los tories, pero el verdadero vencedor de las elecciones fue el Partido Laborista, que basó su campaña en un programa socialdemócrata potente que se oponía a la austeridad e incluso

reclamaba la nacionalización del sistema de ferrocarriles y de otros recursos. Corbyn fue visto como un primer ministro a la espera de ser nombrado como tal.

En resumen, las fuerzas políticas organizadas que lideraron la campaña a favor de Brexit eran derechistas y destacaban por su racismo, su nacionalismo y su aislacionismo. Sin embargo, la votación del referéndum hizo posible un gran giro electoral a la izquierda, lo que podría desembocar en un gobierno realmente radical para el país. El programa socialdemócrata del Partido Laborista, con un fuerte apoyo de los trabajadores y de otras capas plebeyas, habría sido imposible de implementar dentro de la UEM y también habría llevado a un conflicto directo con la UE, por ejemplo, con respecto a la nacionalización del sistema de ferrocarriles, una demanda ampliamente apoyada por el electorado de Reino Unido. El Partido Laborista fue capaz de presentar un programa realista y radical que resultó ser un éxito electoral gracias a que el país nunca ha sido presa de la UEM y porque ha votado a favor de una salida de la máquina neoliberal que es la UE. En la práctica, el referéndum ha supuesto un empujón para la izquierda de Reino Unido y plantea un gran desafío al neoliberalismo dominante en el continente.

IV. El diseño de una estrategia basada en la clase para la izquierda

La estrategia de la izquierda europea debe partir hoy en día, en primer lugar, del fracaso histórico de la UEM y de la consiguiente evolución de la UE. Lejos de lograr una mayor unidad y prosperidad entre los ciudadanos europeos, la unión monetaria promueve en la práctica los intereses del capital industrial alemán, el dominio de Alemania y la división del continente entre un núcleo central inestable y distintas periferias. Con la UEM como motor, la UE se manifestó como un conjunto de rígidas instituciones neoliberales que promueven los intereses del capital, que eluden la democracia y que fomentan las jerarquías nacionales sin tener en cuenta su soberanía. No existe ninguna perspectiva de poder alcanzar políticas socialistas en el marco de la UEM y la UE.²⁰ Tampoco existe ninguna perspectiva de transformación institucional con la que promover la democracia, garantizar las relaciones de solidaridad en Europa y servir a la voluntad popular.

La izquierda europea, tanto en los países del núcleo central como en los periféricos, pero sobre todo en Alemania, el verdadero actor hegemónico dentro de la UE, debería desarrollar una estrategia radical que estuviese de acuerdo con estos planteamientos y al mismo tiempo aprender de las experiencias de Grecia y Gran Bretaña. No basta con oponerse a la austeridad y al neoliberalismo en interés de los trabajadores. Por otra parte, la noción de que se puede construir un frente antineoliberal y tomar el poder electoral en los países del núcleo central para transformar las instituciones de la UEM y de la UE en favor de los trabajadores es un deseo ilusorio.

Dada la evolución de la UEM y de la UE, la izquierda debería situar en primer plano, junto a la cuestión de la soberanía nacional, las cuestiones democráticas y de soberanía popular. No cabe duda de que el equilibrio entre las relaciones nacionales e internacionales en Europa debe ser alterado en interés del trabajo, ayudando a garantizar los derechos democráticos de todos los ciudadanos y la igualdad de las naciones. A tal fin, la izquierda debe rechazar las instituciones de la UEM y de la UE y al mismo tiempo proponer políticas económicas que refuercen la posición de la mano de obra frente al capital, sobre todo mediante el aumento de los ingresos y del empleo. Esa es la base de un auténtico internacionalismo en Europa que se distancie de las instituciones neoliberales de la UE.

El primer paso a este respecto consiste en librar a Europa de la camisa de fuerza de la UEM. Sin la moneda común, se podría levantar la restricción de austeridad impuesta por el Pacto Fiscal, se podría desechar el plan para unificar la banca bajo la tutela del BCE y sería atenuado el estímulo a la imposición de «reformas» neoliberales tanto en el núcleo central como en la periferia. Sin embargo, el desmantelamiento de la UEM es solo un primer paso. Europa, incluida Alemania, necesita una estrategia coordinada y a largo plazo de redistribución de la renta y una inversión sostenida para reforzar el crecimiento de la productividad, el empleo y los ingresos. Esta reconstrucción radical de la política inevitablemente generará un conflicto más amplio con las instituciones de la UE. Después del Brexit, está claro que la izquierda debería considerar abiertamente la opción de salir de la UE. Pero hay diferencias vitales entre tratar con la UEM y enfrentarse a la UE, lo cual debería estar en primera línea de una estrategia de izquierda.

Para los países de la periferia sur, como Grecia, el problema inmediato sería la salida de la eurozona, una tarea compleja

20 Ni siquiera simples políticas socialdemócratas, como ha argumentado Wolfgang Streeck (óp. cit.).



y con necesidades apremiantes. El país saliente necesitaría reconstruir urgentemente su capacidad interna para generar liquidez, recuperando así la soberanía monetaria. Los pasos necesarios para este propósito son de sobra conocidos.²¹ Incluyen una ley del parlamento para cambiar la unidad monetaria de cuenta y convertir así inmediatamente el grueso de los contratos monetarios a la nueva moneda. También se cuentan entre ellos la recuperación del control sobre el banco central, la nacionalización los bancos privados y la imposición de controles bancarios y de capital. Yendo un paso más allá, se deben asegurar el suministro a corto plazo de medicamentos, alimentos y energía. Sobre todo, también se han de abordar la inevitable devaluación de la nueva moneda y el apoyo a las empresas que dependan en gran medida de las importaciones. Ninguno de estos pasos será efectivo si no se lleva a cabo inmediatamente un impago de la deuda nacional y si no se hace una llamada a la negociación para lograr una quita considerable.

Una vez haya recuperado la soberanía monetaria y se haya liberado la política fiscal de las limitaciones de la UEM, un país periférico tendría que adoptar una política de fortalecimiento de la demanda interna, impulsando inicialmente el consumo público y la inversión, pero también reduciendo los

impuestos. Inicialmente, la financiación podría provenir de la emisión de dinero, ya que el riesgo de inflación sería reducido, particularmente dado el estado depresivo de la demanda agregada. A continuación, el país adoptaría una estrategia a medio plazo para modificar la estructura de su economía mediante el fortalecimiento de la industria y la agricultura. Esto permitiría una mejora del ahorro neto, entrando así en un círculo virtuoso de crecimiento y empleo. La estrategia de desarrollo necesaria, basada en una nueva relación entre el sector público y el privado, y centrada en la inversión pública, entraría inevitablemente en conflicto con las políticas neoliberales de la UE.

La mera enumeración de estos pasos es suficiente para mostrar el cambio radical que esta estrategia implicaría para los países periféricos del sur: en efecto, conllevaría un reequilibrio general de la economía y la sociedad en interés del trabajo asalariado, las pequeñas y medianas empresas y los agricultores. Sobre esta base, un gobierno de izquierdas podría desafiar directamente el poder del capital y potencialmente abrir un camino hacia la transformación socialista.

Además, aceleraría aún más el movimiento en esa dirección al restablecer los derechos laborales, adoptar medidas para redistribuir los ingresos y la riqueza, modernizar la administración pública para que se ocupe de la corrupción y llevar a cabo profundas reformas en materia de justicia y educación.

21 Para un plan desarrollado para salir de la UEM y reestructurar la economía griega en este sentido, véase Lapavitsas, Mariolis y Gavrielidis, óp. cit.



Las consecuencias para el sistema de gobierno serían profundas, ya que se fortalecería la participación popular en la vida política y se garantizaría el restablecimiento de los derechos democráticos. Al recuperar la soberanía popular, el país podría avanzar hacia la recuperación de la soberanía nacional y liberarse de la dominación del capital alemán.

Los países del núcleo central que abandonasen la UEM tendrían amplias similitudes a nivel técnico con los países periféricos del sur; por ejemplo, a la hora de reconstruir la capacidad interna para generar liquidez, hacer frente a la redenominación de los contratos y a la deuda nacional e imponer controles bancarios y de capital. Pero también habría diferencias vitales con respecto al tipo de cambio de la nueva moneda, que en el caso de Alemania, por ejemplo, tendería a apreciarse en lugar de depreciarse.

Esto por sí solo indica la naturaleza cualitativamente diferente de la tarea en cuestión para los países del núcleo central. La pérdida de soberanía nacional y el sometimiento a la supremacía alemana, aunque presente en los países centrales, no es cualitativamente del mismo orden. Puesto que existe una jerarquía de poderes en la UE, para los países del núcleo central el problema no sería simplemente la salida de la UEM, sino el desmantelamiento y la sustitución de sus mecanismos. Estos países tendrían que tomar la iniciativa y crear un nuevo sistema para gestionar las transacciones internacionales en

Europa sin permitir que los mercados de divisas determinen libremente los tipos de cambio.

La izquierda en Alemania y Francia debería llevar la batuta a la hora de proponer acuerdos para controlar los intercambios internacionales en Europa y al mismo tiempo renegar de la UEM. No faltan opciones, como la reactivación de algunos de los mecanismos del antiguo sistema monetario europeo y la introducción de una nueva moneda destinada exclusivamente a las transacciones exteriores entre los países europeos. Los principios vitales serían el ejercicio de controles sobre los flujos bancarios y de capital y la prestación de un apoyo solidario en caso de escasez, sin rescates marcados por la condicionalidad neoliberal. El internacionalismo genuino en la esfera económica, tal y como la izquierda ha entendido durante tanto tiempo este término, es muy diferente del disfuncional desarrollo de la UEM.

Aparte de las dificultades que implican la salida y el desmantelamiento de la UEM, es evidente que el choque con la UE, incluso hasta el punto de tener que abandonarla, sería un proceso aún más complejo tanto para los países del núcleo central como para los de la periferia. Dado que la UEM se ha convertido en una parte fundamental de la UE, el abandono de la unión monetaria sin duda supondría un duro golpe para la UE en su estado actual; le daría la vuelta al «proyecto» europeo y daría espacio para defender los intereses del trabajo contra el capital.

Sin embargo, enfrentarse a la UE implicaría por definición renegociar una serie de tratados y acuerdos interestatales relativos a la circulación de personas, el comercio de productos básicos, los flujos financieros, los marcos de inversión, etcétera. Supondría, además, reequilibrar la relación entre la legislación nacional y la europea. No menos importante, también requeriría una amplia intervención en el ámbito nacional, incluida una nueva legislación, con respecto al mercado laboral, a los derechos del trabajo y a la protección social. Cada país y los ciudadanos de ese país conservarían el derecho a desarrollar este proceso aunque para ello haga falta abandonar la UE.

Básicamente, estos complejos procesos internacionales y nacionales restablecerían elementos de soberanía nacional y redefinirían la soberanía popular. Es inevitable que se conviertan en terreno de disputa, tanto a nivel internacional como nacional, como ya ha ocurrido en Reino Unido. En el ámbito internacional, pondrían en primer plano las cuestiones del dominio alemán y la división de Europa entre el núcleo central y la periferia. En el ámbito interno, plantearían la cuestión del control popular y la democracia frente a la oposición del capital nacional.

Los programas económicos necesarios para alterar el equilibrio de poder en favor del trabajo, además, requerirían de su adaptación a las condiciones específicas de cada país, teniendo en cuenta las diferencias entre el núcleo central y la periferia. El establecimiento de la soberanía popular y nacional y el fortalecimiento de la democracia serían procesos intrínsecamente diferentes entre los países periféricos y los del núcleo.

Correspondería a la izquierda de la periferia liderar la lucha por el restablecimiento de la soberanía nacional frente al dominio alemán. Para la izquierda de los países del núcleo central, la cuestión de la soberanía nacional no se plantea del mismo modo, aunque la recuperación de la soberanía popular sería de suma importancia. Por otra parte, el marco jurídico nacional de los derechos laborales y la protección social podría ser peor en los países centrales y periféricos en comparación con el del conjunto de la UE. La izquierda, tanto la del núcleo central como la de la periferia, debe tomar la iniciativa a la hora de proponer mecanismos e instituciones que defiendan los derechos individuales y de los trabajadores en determinados países para que fomenten al mismo tiempo la solidaridad entre los pueblos de Europa.

Durante la última década, el populismo de derechas y el autoritarismo, a menudo bajo una forma fascista, han arraigado en varias partes de Europa, también en la periferia. Esta evolución está directamente relacionada con el dominio alemán y la

consiguiente estratificación de Europa. También está directamente ligada al retroceso democrático, ya que la UE ha abordado su crisis bajo el liderazgo de Alemania. La democracia parlamentaria se ha vuelto ineficaz en toda Europa, algo que se manifestó claramente en Grecia, mientras los sistemas políticos, al servicio de los intereses del capital, se han desvinculado de las preocupaciones de los trabajadores.

La aceleración de los flujos migratorios y de refugiados durante el mismo periodo, en parte dentro de la UE y en parte a través de su frontera meridional (a menudo acompañada de un fracaso catastrófico de la UE al hacer frente a estos flujos de una manera humana y racional), ha exacerbado la percepción de inestabilidad y de pérdida de control. La reacción popular se ha configurado mediante la exigencia de más soberanía sobre las condiciones de vida y trabajo, también sobre quién decide y quién hace cumplir las leyes y sobre quién es responsable ante quién y cómo. En el pasado, las fuerzas de la izquierda en Europa habrían estado formulando estas demandas para expresar las necesidades y aspiraciones de los trabajadores y para oponerse a las grandes empresas y al dominio alemán en toda Europa. Desafortunadamente, hace años que la izquierda europea no ha desempeñado este papel y el resultado es que ha sido la derecha la que ha intervenido, apropiándose incluso de los modos de expresión de la izquierda y dando un giro autoritario a las demandas populares.

Este desarrollo no tiene nada de inevitable ni existe una afinidad sólida entre los trabajadores y los pobres y la extrema derecha. La cuestión real es si la izquierda podría empezar a intervenir en la línea de clases y recuperar así su papel histórico en Europa. El principio rector en este sentido (a menudo desgraciadamente olvidado) es que el internacionalismo de la izquierda no tiene nada que ver con el internacionalismo de la UE. La UE se basa en el poder del capital, que reconoce siempre nuevas fronteras y conduce a una jerarquía de naciones en todo el continente mientras busca garantizar el flujo ininterrumpido de mano de obra barata, mercancías y dinero. Europa necesita un nuevo internacionalismo basado en el dominio del trabajo frente al capital.

Un internacionalismo radical crearía una verdadera base para la solidaridad en Europa a través de políticas económicas cooperativas nacionales e internacionales. Ese también sería un punto de partida adecuado para un concepto amplio e inclusivo de *ciudadanía*, que a la vez dotaría de un nuevo contenido a los de *soberanía popular* y *derechos democráticos*. Cuanto antes empiece la izquierda europea a entablar un debate abierto en este sentido, mejor para los pueblos del continente.



«En este sentido son también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los capitalistas europeos... ¿Sobre qué? Solo sobre el modo de aplastar en común el socialismo en Europa, de defender juntos las colonias robadas contra el Japón y Norteamérica, cuyos intereses están muy lesionados por el actual reparto de las colonias, y que durante los últimos cincuenta años se han fortalecido de un modo inconmensurablemente más rápido que la Europa atrasada, monárquica, que ha empezado a pudrirse de vieja».

V. I. LENIN, «La consigna de los Estados Unidos de Europa», 1915